

LA ORACIÓN

POR 18

AUTORIDADES

GENERALES

PROLOGO .

Presidente S. Eldon Tanner.

Siendo jovencito en edad escolar me sentí muy impresionado por estas clásicas palabras escritas por un gran poeta norteamericano, que casi cada niño debía aprender de memoria en aquella época:

Con la oración se forja
Más de lo que el mundo cree.
Deja entonces que tu voz a los cielos,
Noche y día, su ruego por mí eleve.
Pues, ¿en que sería el hombre
Mejor que una bestia.
Cuyo escaso cerebro oscura vida alberga,
Si conociendo a Dios sus manos no elevara
En oración, tanto por sí mismo,
Como por aquél a quien "amigo" llama?
Alfredo Tennyson.

La impresión que me causó esta poesía tal vez se debiera al hecho de que yo formaba parte de un hogar donde diariamente orábamos individual y colectivamente tanto por la noche como por la mañana, y a que en diferentes oportunidades y momentos de mi vida había visto contestadas mis oraciones. ¡Qué maravilloso sentimiento de seguridad constituía para mí el saber que podía recurrir al Señor, que El era en realidad mi Padre Celestial, que se interesaba en mí, y que podía oír mis oraciones! Este conocimiento ha representado siempre una gran fuente de consuelo para mí. Me ha dado confianza y fortaleza cuando más las necesitaba, y asimismo la capacidad para elegir y tomar con confianza decisiones que de otra forma no podría haber tomado. Por tener estas experiencias y sentir la necesidad de la guía divina, siempre he deseado y practicado el pedir sabiduría a mi Padre Celestial en todas mis empresas.

Durante mi niñez creía, como es muy natural, que porque orábamos en nuestro hogar, la gente de todo el mundo tenía la misma creencia y oraba al Padre Celestial. Pero con el transcurso de los años llegué a saber que hay muchos que nunca oran por dirección, que no expresan su gratitud por las bendiciones que reciben ni por los alimentos durante las comidas. Más chocante aún para mí fue el llegar a saber que hay personas que ni siquiera creen en Dios, y que por lo tanto no tienen fe en El y no comprenden el hecho de que El es un Dios personal, que es literalmente nuestro Padre que está en los cielos: que nosotros somos sus hijos y que El en verdad puede oír y contestar nuestras oraciones.

Jamás podré agradecerles lo suficiente a mis padres por haberme enseñado este importante principio. Mi padre realmente sabía hablar con el Señor y hacerlo parecer para nosotros real e íntimo. Durante las mañanas pedía en sus oraciones: "Bendícenos al cumplir con nuestras responsabilidades para que podamos hacer lo justo ante tus ojos, que podamos regresar esta noche y darte cuenta de nuestros hechos. Muy a menudo pienso en esas palabras, y es maravilloso cuánto me ayudan. Si todos pudiéramos tener presente este pensamiento durante cada día, en el curso de todas nuestras actividades, sabiendo y comprendiendo que llegada la noche tendríamos que darle cuenta al Señor de nuestros hechos, indudablemente eso se convertiría en un poderoso elemento disuasivo para todo lo malo que pudiéramos hacer y una gran ayuda para poder llevar a cabo obras justas. Es mi deseo que en este libro podáis encontrar el mismo espíritu y que podáis aprender algunos de los valiosos principios que le ayudaron a mi padre a enseñar a sus hijos la forma de comunicarse con el Señor.

El Señor ha amonestado a los padres que enseñen a sus hijos a orar y a caminar rectamente delante de El. Este es nuestro deber más importante para con nuestros hijos, enseñarles que ellos son los hijos espirituales de su Padre Celestial, que El es real, que los ama y desea que triunfen en la esta vida Este; que

desea que ellos le expresen mediante la oración su gratitud y pidan la guía que necesitan, comprendiendo que la fe en El les proveerá mayor fortaleza, éxito y felicidad de los que pueden recibir por cualquier otro medio.

Como padres, nosotros debemos enseñar mediante el ejemplo y permitir que la eficacia de la oración en nuestra propia vida les manifieste a nuestros hijos el valor de la fe en Dios. ¡Qué triste es privarles la gran bendición de aprender a conocer a Dios y de saber depender de El para el consuelo y fuerza y guía que necesitan para poder enfrentar con éxito los problemas diarios y poder triunfar en esta vida!. Es igualmente triste cuando a los hijos no se les enseña que todo lo que poseen proviene de Dios y que deberían expresarle su gratitud y esforzarse por ser dignos de las bendiciones que reciben.

Vosotros recordáis la historia de los diez leprosos que fueron sanados por Jesús. Cuando uno de ellos volvió para agradecerle, el Salvador dijo: "¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?" (Lucas 17:17-18). Grave es el pecado de la ingratitud!.

A medida que damos gracias por nuestras bendiciones y oramos por nuestras propias necesidades, debemos ser conscientes de otras personas que necesitan nuestra fe y oraciones. Cuando rogamos que el Padre Celestial bendiga a los pobres, los enfermos y los desamparados, y que consuele a los que padecen dolor, debemos acompañar nuestras palabras con hechos y dedicarnos áctivamente al servicio de nuestro prójimo, tratando en lo posible de ayudarlo en sus necesidades. Es mediante nosotros que el Señor logra sus propósitos, y cuando somos bendecidos deberíamos, por nuestra parte, bendecir a otras personas.

Tuvimos en nuestra familia una experiencia muy especial. Una noche, al finalizar nuestra oración familiar, una de mis hijas me dijo: "Papá, nosotros recibimos tantas bendiciones, tenemos tanto por lo que agradecer que me pregunto si deberíamos pedirle al Señor más bendiciones, o si deberíamos agradecerle por las que tenemos y pedirle que nos ayude a ser dignos de ellas." Quiero dar énfasis a la importancia de hacernos dignos de aceptar todo lo que nuestro Padre Celestial constantemente nos otorga.

Es muy fácil orar y agradecer a Dios cuando todo marcha bien y nos sentimos favorecidos y prósperos. La verdadera medida de nuestra gratitud y amor por el Señor reside en nuestra capacidad de emular a Job en sus aflicciones y tribulaciones, casi imposibles de sobrellevar. Aun así, agradeció al Señor y dijo con toda humildad y sinceridad: "Yo sé que mi Redentor vive" (véase Job 19:25).

Nuestro Padre Celestial conoce mejor que nosotros nuestras propias necesidades. El sabe lo que nos beneficiará y lo que necesitamos superar para nutrir nuestro desarrollo y progreso. Debemos aprender a aceptar su voluntad en todas las cosas, con la fe y la seguridad de que al fin todo lo que El hace por nosotros resultará en nuestro propio bien.

Es sumamente importante que los padres junten a sus hijos por la noche y por la mañana, cada día, y que le den a cada miembro de la familia, uno a uno, el privilegio de dirigirse al Señor en nombre de toda la familia, expresando la gratitud por todas las bendiciones que haya recibido la familia, al igual que solicitud por los problemas, tanto personales como familiares. Es también importante que cada persona pida dirección por la mañana, sabiendo que tendrá que dar cuentas por la noche. Una de las primeras cosas que los niños deben aprender es, que pueden comunicarse con el Padre Celestial.

Deberíamos estar siempre dispuestos a recurrir a nuestro Padre Celestial. En este volumen hombres elegidos por nuestro Padre Celestial para servirle en este mundo dan consejos a aquellos que procuran saber más acerca de la oración. Ellos comparten un mensaje de gran importancia, el mensaje de que esta experiencia conocida como oración es la más importante y vital de todas las vías de comunicación.

Que todos descubramos, si es que todavía no lo hemos hecho, que la oración es un vínculo vibrante y vital con nuestro Padre Celestial que brinda significado y propósito a nuestra vida, y que la felicidad y el progreso eternos los pueden recibir sólo aquellos cuyo Dios es el Señor.

POR QUE EL SEÑOR INSTITUYO LA ORACIÓN.

Elder Bruce R. McConkie.

En la pared occidental del cuarto del Consejo de los Doce Apóstoles, en el Templo de Salt Lake City, cuelga una pintura del Señor Jesucristo orando a su Padre en el Jardín de Getsemaní. Sumido en una incomparable agonía, padeciendo un profundo sufrimiento tanto físico como espiritual, más allá de la comprensión humana —haciendo parecer insignificante la inminente tortura de la cruz— aquí se encuentra nuestro Señor suplicándole a su Padre la fortaleza para llevar a cabo la infinita y eterna expiación.

De todas las oraciones pronunciadas, tanto en el tiempo como en la eternidad, por dioses, ángeles u hombres mortales, ésta se destaca en forma suprema, por encima y en forma preeminente, sobre todas las demás.

En este jardín llamado Getsemaní, fuera del muro de Jerusalén, el supremo miembro de la raza de Adán. Aquel cuyos pensamientos y palabras eran perfectos, le imploró a su Padre que le ayudara a salir triunfante en la más atormentadora prueba que se ha impuesto sobre el hombre o Dios.

Allí, entre los olivos, sumido en el puro espíritu de adoración y perfecta oración, el Hijo de María se debatió bajo el peso más abrumador que haya soportado el hombre mortal. Allí, en la quietud de la noche de Judea. mientras Pedro, Santiago y Juan dormían, el Hijo mismo de Dios, con una oración en los labios, tomó sobre sí los pecados de todos los hombres, hecho condicionado al arrepentimiento.

Sobre su sufriente Siervo el gran Elohim colocó en aquel momento el peso de todos los pecados de todos los hombres de todos los siglos que creyeran en Cristo y buscaran su presencia, Y el Hijo, quien era a la imagen del Padre, imploró a su divino Progenitor el poder necesario para cumplir con el principal propósito por el cual había venido a la tierra.

Ese fue el momento en el que toda la eternidad estuvo en juego. A Aquel que no conocía el pecado se le sometió tan grande agonía—creada por el pecado— que transpiró grandes gotas de sangre de cada poro y hubiera deseado "... no tener que beber la amarga copa..." (D. y C. 19:18).

Desde la aurora de la creación hasta este momento supremo, y desde esta noche expiatoria a través de los interminables siglos de la eternidad, no hubo ni habrá lucha tal como ésta.

"...El Señor Omnipotente, que reina, que era y que es desde todas las eternidades hasta todas las eternidades", que descendió "del cielo entre los hijos de los hombres..." (Mosiah 3:5): el Creador, el Protector y Preservador de todas las cosas desde el comienzo, quien hizo del barro su tabernáculo: la única persona nacida en este mundo que tuvo a Dios como su Padre; el Hijo mismo de Dios —hasta cierto punto más allá de la comprensión mortal— cumplió en aquella hora la expiación infinita y eterna que eleva a la humanidad a la inmortalidad, a la vez que eleva a quienes crean y obedezcan hasta alcanzar la herencia de la vida eterna. Dios el Redentor rescató al hombre de la muerte temporal y espiritual que había provocado la caída de Adán; fue en ese momento que El, quien nos rescató o compró con su propia sangre, ofreció la más suplicante de las oraciones personales jamás emitidas por labios mortales. Dios el Hijo oró a Dios el Padre, para que la voluntad del Primero se viera incorporada en la voluntad del Segundo, y para que El pudiera cumplir con la promesa que hizo cuando fue elegido para ser el Redentor: "Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre" (Moisés 4:2).

Como el obediente Hijo que era. cuyo sólo deseo fue el de llevar a cabo la voluntad del Padre que le envió, nuestro Señor oró siempre y a menudo durante su probación mortal. Como Dios era su Padre, por herencia natural Jesús fue investido con poderes intelectuales y una visión espiritual superiores a los de cualquier otra persona. A pesar de sus superlativos poderes e investiduras naturales, o podríamos decir, como consecuencia de ellos (porque en verdad, cuanto más espiritualmente perfeccionada e intelectualmente dotada es una persona, tanto más reconoce su lugar en el esquema infinito de las cosas y reconoce así sus necesidades de ayuda y guía de quien en verdad es infinito), por lo tanto, en virtud de esos poderes e investiduras superlativas, Jesús sintió más que ningún otro hombre la necesidad de la constante comunicación con la Fuente de todo poder, toda inteligencia y toda bondad.

Cuando llegó el momento de elegir a los doce testigos especiales que habrían de testificar de El y de su ley hasta los confines del mundo, y quienes habrían de sentarse con El sobre doce tronos para juzgar a

toda la Casa de Israel, ¿cómo fue que hizo El la elección? La historia inspirada dice lo siguiente: "...El fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios." Así llegando a saber la voluntad de su Padre, "...cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles..." (Lucas 6:12-13).

Cuando se aproximó la hora de su arresto y pasión; cuando quedaba una gran verdad más que debía ser inculcada a los Doce —que si habrían de tener éxito en la obra asignada y merecer el galardón eterno con El y su Padre, debían ser uno tal como El y el Padre eran uno— en ese momento de importancia suprema El enseñó la verdad como parte integral de su gran oración intercesora, algunos de cuyos fragmentos nos han sido preservados en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Cuando aún después de su resurrección se encontraba orando al Padre, cuando El, glorificado y perfeccionado, trató de dar a los neritas la más trascendental de las experiencias espirituales que podrían soportar, no lo hizo mediante un sermón, sino mediante una oración.

"...y las cosas que dijo en su oración no se pueden escribir, y los de la multitud que lo oyeron dieron testimonio... Jamás el ojo ha visto o el oído ha escuchado, hasta ahora, cosas tan grandes y maravillosas como las que vimos y oímos que Jesús habló al Padre;

"Y no hay lengua que pueda hablar, ni hombre que pueda escribirlo, ni corazón de hombre que pueda concebir tan grandes y maravillosas cosas como las que vimos y oímos que habló Jesús: y nadie se puede imaginar el gozo que llenó nuestras almas cuando lo oímos rogar por nosotros al Padre." (3 Nefi 17:15-17.)

Pero en Getsemaní, como ejemplo para todos los hombres sufrientes, apesadumbrados y atormentados, El volcó su alma a su Padre con súplicas jamás igualadas. No sabemos cuáles fueron las peticiones que hizo, cuáles las expresiones de doctrina que emitió, qué palabras de gloria y adoración habló. Tal vez, al igual que sucedió más tarde con su oración entre los nefitas, las palabras no pudieron ser escritas, sino sólo comprendidas por el poder del Espíritu. Sabemos, no obstante, que en tres distintas ocasiones de esta oración El dijo en substancia y contenido de pensamiento: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mateo 26:39). Al decirle al Padre en Getsemaní: "Pero no sea como yo quiero, sino como tú. . ." la historia inspirada dice: "Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lucas 22:42-44).

Aquí se destaca un aspecto verdaderamente maravilloso. El Hijo de Dios oró "más intensamente". El quien todo lo había hecho bien, cuyas palabras eran todas justas, el Ser perfecto sobre quien el Padre derramó su Espíritu sin medida, el único Ser perfecto que habría de caminar por los polvorientos caminos de nuestro planeta, el Hijo de Dios, oró "más intensamente", enseñándonos a sus hermanos que todas las oraciones, incluyendo la suya, no son iguales, que cuanto mayor sea la necesidad tanto más intensas y llenas de te deberían ser las súplicas que se eleven ante el trono de Aquel para quien las oraciones son de dulce sabor.

En estas circunstancias, entonces, buscando la forma de aprender y vivir la ley de la oración, para que al igual que El, nosotros podamos ir al lugar en que El y su Padre moran, hagamos un resumen de lo que en verdad constituye el glorioso privilegio de presentarnos ante el trono de la gracia. Aprendamos la forma de hacerlo intrépida y eficazmente, no solamente mediante la palabra sino también en forma espiritual, para que podamos atraer sobre nosotros, al igual que lo hizo nuestro Señor, los poderes mismos del cielo. Quizás los siguientes diez puntos nos permitan cristalizar nuestro pensamiento y nos guíen en el perfeccionamiento de nuestras oraciones personales.

1. LO QUE ES LA ORACIÓN.

En un tiempo morábamos en la presencia de nuestro Padre, veíamos su faz y conocíamos su voluntad; hablábamos con El, escuchábamos su voz, recibíamos de El consejo y dirección. Tal era nuestra condición como hijos espirituales en la vida preterrenal. Entonces actuábamos a base del conocimiento.

Ahora nos encontramos alejados de la presencia divina. Ya no vemos su faz ni escuchamos su voz como sucedió en aquel entonces. Ahora actuamos a base de la fe. Pero aun así necesitamos consejo y

dirección igual o más aún de lo que los necesitábamos cuando convivíamos con las huestes angelicales de los cielos antes de que el mundo existiese. En su sabiduría infinita, conociendo de nuestras necesidades, el bondadoso Padre Celestial nos provevó la oración como medio por el cual continuáramos comunicándonos con El.

Tal como lo describí en otra ocasión: "Orar es hablar con Dios, ya sea en forma oral o mediante los pensamientos emitidos por la mente. Las oraciones pueden incluir expresiones de alabanza, de agradecimiento y adoración; son las solemnes ocasiones en las que los hijos de Dios solicitan al Eterno Padre aquellas cosas, tanto temporales como espirituales, que consideran que necesitan para sostenerles en sus muchas tribulaciones mortales. Las oraciones son oportunidades para la confesión: oportunidades en que, con profunda humildad de corazón y contrición de espíritu, los santos confiesan sus pecados a Dios y le imploran su perdón purificador." (Mormon Doctrine, 2nd ed. tóok-craft, pag. 581.)

2. LA RAZÓN POR LA CUAL ORAMOS.

Hay tres motivos básicos y fundamentales por los que oramos:

a. Se nos ha mandado hacerlo. La oración no es algo de relativo significado a lo que podemos echar mano sólo si se nos ocurre, sino que se trata de un decreto eterno de Dios. "...y te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás". Esto fue su palabra en la primera dispensación. "Y Adán y Eva, su esposa, no cesaron de invocar a Dios" (Moisés 5:3, 16). En los tiempos modernos recibimos la siguiente instrucción: "Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá" (D. y C. 4:7). Los maestros orientadores son llamados en la Iglesia para "...visitar las casas de todos los miembros, exhortándolos a orar vocalmente y en secreto..." (D. y C. 20:47). A su pueblo de los últimos días, el Señor le dijo en forma de mandamiento: "Y un mandamiento les doy: Quien no cumpla con sus oraciones ante el Señor, cuando sea tiempo, será tenido en cuenta ante el juez de mi pueblo" (D. y C. 68:33).

b. Las bendiciones temporales y espirituales son la consecuencia de la oración. Tal como todas las revelaciones lo indican, los portales de los cielos se abren de par en par para quienes oran con fe. el Señor derrama sobre ellos su justicia, son preservados en circunstancias peligrosas, la tierra les brinda sus mejores frutos y en su corazón mora el gozo del evangelio.

c. La oración es fundamental para la salvación. Ninguna persona responsable jamás ha logrado o llegará a lograr el descanso celestial, a menos que aprenda a comunicarse con el Señor de ese reino. "Porque ¿cómo conocerá un hombre al amo a quien no ha servido, que es un extraño para él, y se halla lejos de los pensamientos e intenciones de su corazón?" (Mosíah 5:13).

3. ORAR AL PADRE.

El mandamiento dice que debemos orar al Padre (Elohím) en el nombre del Hijo (Jenová). Las revelaciones son perfectamente claras al respecto. "Por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre", dijo el Señor Jesús a los nefitas (3 Nefi 18:19). Aun así, hay una cantidad asombrosa de falsas doctrinas y prácticas en las iglesias cristianas, lo que ocasionalmente se ve aun entre los verdaderos santos.

No faltan aquellos quienes oran a los llamados "santos" y les ruegan que intercedan por ellos ante Cristo. Los libros de oración oficiales de las varias sectas contienen algunas oraciones dirigidas al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo, constituyendo en algunos casos la excepción en lugar de la regla que las oraciones sean ofrecidas en el nombre de Cristo. Muchas personas consideran que logran una relación especial con nuestro Señor cuando dirigen sus peticiones directamente a El.

Es verdad que cuando oramos al Padre la respuesta viene de parte del Hijo. "Porque hay... un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (I Timoteo 2:5). José Smith, por ejemplo, le pidió al Padre en el nombre del Hijo, e hizo preguntas cuyas respuestas no fueron pronunciadas por la voz del Padre sino por la del Hijo, porque Cristo es nuestro abogado, nuestro intercesor, el Dios que rige y regula esta tierra (bajo el Padre). También es verdad el hecho de que en algunas oportunidades, Cristo asume en sus respuestas la prerrogativa de hablar mediante la divina investidura de la autoridad como si fuera el

Padre, lo que significa que habla en la primera persona y utiliza el nombre del Padre porque el Padre puso sobre el Hijo su propio nombre.

También es verdad que nosotros y todos los profetas podemos expresar adecuadamente nuestras alabanzas al Señor Jehová (Cristo). Podemos cantar adecuadamente alabanzas a su sagrado nombre, tal como sucede en la expresión "Aleluya", la cual significa alabado seas, o alabado sea Jehová: pero lo que debemos comprender perfectamente bien es el hecho de que siempre oramos al Padre, no al Hijo, y siempre oramos en el nombre del Hijo.

4. PEDIR BENDICIONES TEMPORALES Y ESPIRITUALES.

Nos corresponde el derecho de orar y se espera que lo hagamos por todas las cosas que realmente necesitamos, ya sea que se trate de elementos temporales o espirituales. No poseemos, sin embargo, el derecho a peticiones ilimitadas; nuestros pedidos deben basarse en la equidad. "Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Santiago 4:3).

Amulek habla de cosechas y rebaños, de campos y manadas, del mismo modo que de la misericordia y la salvación, al tratar de las cosas a las que debemos referirnos cuando oramos. (Véase Alma 34:17-29.) La oración del Señor habla del "pan nuestro de cada día" (véase Mateo 6:11). y Santiago nos insta a que pidamos sabiduría (véase Santiago 1:5), lo que en principio significa que deberíamos buscar y pedir todos los atributos característicos de Dios. Nuestras revelaciones dicen: "Mas en todo se os manda pedir a Dios. . ." (D. y C. 46:7). Nefi dice: "Mas he aquí, os digo que debéis orar siempre, y no desmavar: que nada debéis hacer en el Señor, sin antes orar al Padre en el nombre de Cristo, a fin de que él os consagre vuestra acción y vuestra obra sea para el beneficio de vuestras almas" (2 Nefi 32:9). La promesa del Señor a todos los fieles es: "Si preguntares, recibirás revelación tras revelación, conocimiento sobre conocimiento, a fin de que llegues a conocer los misterios y las cosas pacíficas, aquello que trae gozo, aquello que trae la vida eterna" (D. y C. 42:61).

Es evidente que tenemos que orar por todo lo que debemos tener en justicia y en sabiduría. Ciertamente debemos procurar un testimonio, revelaciones y todos los dones del Espíritu incluyendo el cumplimiento de la promesa que se encuentra en Doctrinas y Convenios, sección 93:1, de buscar la presencia del Señor. Pero por encima de todas las demás peticiones que podamos hacer, debernos rogar por la compañía del Espíritu Santo en esta vida, y por la vida eterna en el mundo venidero. Cuando los Doce entre los neritas "...le pidieron lo que más deseaban..." de acuerdo con lo registrado en el Libro de Mormón. "...su deseo era que les fuese dado el Espíritu Santo" (3 Nefi 19:9). El don más grande que puede recibir el hombre en esta vida es el don del Espíritu Santo, del mismo modo que el don mayor que puede recibir en la eternidad es la vida eterna.

5. ORAR POR LOS DEMÁS.

Nuestras oraciones no deben ser egoístas ni centradas en nosotros mismos, sino que debemos buscar el bienestar espiritual de todos los hombres. Algunas de nuestras oraciones son sólo para el provecho y la bendición de los santos; otras son para la iluminación y el beneficio de todos los hijos de nuestro Padre Celestial. Jesús dijo en su gran oración intercesora: "Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son" (Juan 17:9). Pero también mandó: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44). Así entonces, como Cristo "es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen" (1 Timoteo 4:10), también nosotros oramos por todos los hombres, pero especialmente por nosotros mismos, nuestras familias, los santos en general, y por aquellos que se esfuerzan por creer y conocer la verdad. Especialmente nos preocupan los enfermos que pertenecen a la casa de fe y aquellos que se encuentran investigando el evangelio restaurado. Refiriéndose a los miembros de la Iglesia, Santiago dice: "...orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho" (Santiago 5:16). A quienes asisten a las reuniones de la Iglesia y tratan de aprender acerca de la verdad, el Señor Jesucristo les dice: "...rogaréis al Padre por ellos en mi nombre, con la esperanza de que se

arrepientan y se bauticen (3 Nefi 18:23; véase" también el versículo 30).

6. CUÁNDO Y DÓNDE ORAR.

"Orad siempre" (véase 2 Nefi 32:9). Así está escrito, significando que debemos orar regularmente, permanentemente, todos los días; y también, que debemos vivir con un espíritu de oración siempre en nuestro corazón, para que de esa forma nuestros pensamientos, palabras y acciones sean siempre de tal, calidad que agraden o estén en armonía con el Padre Eterno. Amulek nos había de orar "...en la mañana, al medio día y en la tarde..." y dice que deberíamos derramar nuestra alma delante del Señor, en nuestros aposentos y en nuestros sitios secretos y en nuestros yermos (véase Alma 34:17-29). Jesús enseñó la oración, tanto personal como familiar: "...debéis velar y orar siempre..." dijo; y también, "Orad al Padre, con vuestras familias, siempre en mi nombre, para que sean bendecidas vuestras esposas e hijos" (3 Nefi 18:15, 21).

La práctica actual de la Iglesia es la de tener oraciones familiares dos veces al día, nuestras oraciones personales diarias y la bendición de los alimentos a las horas correspondientes (excepto en lugares públicos u otras circunstancias, donde tal bendición podría parecer ostentosa e inapropiada), además de las oraciones adecuadas en nuestras reuniones.

7. CÓMO ORAR.

Debéis siempre dirigiros al Padre, dar gracias por sus bendiciones, pedir conforme a vuestras justas, necesidades, y hacerlo en el nombre de Jesucristo. Tal como las circunstancias lo permitan y requieran debéis confesar vuestros pecados, pedir la inspiración del Señor con respecto a vuestros problemas personales, agradecerle por sus bondades, y articular tales expresiones de adoración y doctrina que os acerquen cada vez más a un estado de unidad con Aquel a quien oráis. Dos de las normas más descuidadas y al mismo tiempo más necesarias para la oración son:

a. Orar intensamente, sinceramente y con todas las energías y la fuerza de vuestra alma.

Las meras palabras y las repeticiones vanas de excelencia literaria no son suficientes, y son en realidad de poco valor. La verdadera elocuencia no se encuentra en la excelencia del idioma (aun cuando esto debería tratar de lograrse), sino en el sentimiento que acompaña a las palabras, sin importar lo pobremente que sean elegidas o pronunciadas. Mormón dijo: "...pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones..." (Moroni 7:48). También dijo: "Igualmente le es imputado a mal si un hombre ora y no lo hace con verdadera intención de corazón; sí, y nada le aprovecha, porque Dios no recibe a ninguno de éstos" (Moroni 7:9).

b. Orar mediante el poder del Espíritu Santo.

Este es el logro supremo en la oración. La promesa dice: "Y se os dará el Espíritu por la oración de fe..." (D. y C 42:14). "Y si sois purificados y limpiados de todo pecado, pediréis lo que quisieréis en el nombre de Jesús y se hará" (D. y C. 50:29). Las Escrituras dicen con respecto a la futura era del Milenio, cuando todas las oraciones sean perfeccionadas: "Entonces se le concederá a cualquier hombre cuanto pidiere..." (D. y C. 101:27).

8. UTILIZACIÓN DEL ALBEDRÍO Y LA ORACIÓN.

Nunca ha sido, ni es, ni jamás será el designio ni el propósito del Señor, no obstante cuánto se lo roguemos en oración, el resolver todos nuestros problemas sin luchas y esfuerzos de nuestra parte. Este es un estado probatorio, y en él disponemos de nuestro albedrío. Somos probados para comprobar la forma en que habremos de definirnos al confrontarnos con diversos problemas: cual ha de ser el curso que sigamos mientras nos encontremos en esta vida transitando sus caminos, no por el conocimiento sino por la fe. Es decir que nos encontramos aquí para resolver nuestros propios problemas, para luego pedir consejo al Señor en oración y recibir la confirmación espiritual de que nuestras decisiones son correctas. Al disponerse para su trabajo de traducción del Libro de Mormón, José Smith no se concretó a pedirle al

Señor que le explicara el significado de los caracteres que se encontraban escritos sobre las planchas, sino que más bien El le requirió que estudiara en su mente el tema al que se hallaba confrontado para que pudiera así tomar decisiones propias, y que después le preguntara al Señor si sus conclusiones eran correctas. (D. y C. 8 y 9) Lo mismo sucede con nosotros en todo lo que se nos requiere que hagamos. La oración y las obras van de las manos. Una vez que hayamos hecho todo lo posible por nosotros mismos, podemos consultar al Señor mediante la oración poderosa y eficaz, lo que nos dará el poder para llegar a las conclusiones correctas.

9. SEGUIR LAS FORMALIDADES DE LA ORACIÓN.

Aunque muchas, estas formalidades son simples y fáciles y contribuyen así al espíritu de reverencia que caracteriza a las oraciones sinceras y productivas.

Nuestro Padre es glorificado y exaltado; es un Ser Omnipotente. Comparados con El nosotros somos como el polvo de la tierra: aun así somos sus hijos y mediante la oración podemos acercarnos a El. Cualquier acto de reverencia que nos condicione a lograr el perfecto estado mental necesario para orar tiene sus repercusiones positivas. En nuestras oraciones buscamos la guía del Espíritu Santo, en lo profundo de nuestros sentimientos meditamos sobre las solemnidades de la eternidad; nos allegamos a Dios con un espíritu de humilde respeto con reverencia y adoración; nos expresamos con palabras solemnes y reverentes; escuchamos esperando oír su respuesta. Durante la oración nos presentamos de la mejor forma posible, pues estamos en su divina presencia.

Casi por instinto, por lo tanto, hacemos cosas como inclinar la cabeza y cerrar los ojos, cruzar los brazos, arrodillarnos, o incluso postrarnos delante del Señor. Utilizamos para dirigirnos a Dios el idioma sagrado de la oración, que es el idioma bíblico, y que, a pesar de ser el tuteo, jamás es irreverente; y cuando decimos "Amén" a otras oraciones nos hacemos partícipes de lo expresado por otras personas.

10. VIVIR CONFORME A LA FORMA QUE ORAMOS.

Hay un antiguo adagio que expresa una idea muy correcta, y dice: "No lo hagas si no puedes orar al respecto", lo que significa que si somos incapaces de orar y actuar sobre lo orado, o hacer algo que complementa a la oración que expresamos, es mejor no hacerlo; y es verdad que nuestros hechos en gran manera son engendrados por nuestras oraciones. Habiendo orado, actuamos de acuerdo con esa oración; nuestros justos pedidos surten el efecto de marcar un derrotero justo para nuestra conducta. El joven que sincera y honestamente, ejerciendo toda fe posible, ora para salir en una misión, tendrá que hacer todo lo necesario a fin de prepararse para cumplir con ésta. Los jóvenes que oran con fe para poder casarse en el templo y luego actúan de acuerdo con esas oraciones, jamás estarán satisfechos con un matrimonio mundano. La oración y los hechos están tan íntimamente ligados que, tras haber recitado la ley de la oración en forma detallada, Amulek llega a la siguiente conclusión:

"...porque si después de haber hecho todas estas cosas, despreciáis al indigente y al desnudo y no visitáis al enfermo y afligido, si no dais de vuestros bienes, si los tenéis, a los necesitados, os digo que si no hacéis ninguna de estas cosas, he aquí, vuestra oración será en vano y no os valdrá nada, mas seréis como los hipócritas que niegan la fe." (Alma 34:28)

Hemos hablado brevemente e imperfectamente de la oración y de algunos de los grandes y eternos principios que son una parte de ella. Queda tan sólo algo más: testificar del hecho de que esta doctrina es verdadera y de que la oración es una realidad viviente que nos guía a la vida eterna.

La oración puede ser una conversación incoherente o confusa para la mente carnal, pero para los santos de Dios es el medio de comunicación con lo divino. Para quien no ora y es rebelde, parecería como un acto de piedad sin sentido, originado en la inestabilidad mental; pero para aquellos que hayan saboreado sus frutos, se convierte en ancla a la que recurre el alma cuando se ve sometida a las tormentas de la vida.

La oración proviene de Dios: no las vanas repeticiones de los paganos, ni la retórica de los libros de oraciones, ni el tributo labial falto de sinceridad de los hombres lujuriosos, sino la oración nacida del

conocimiento y nutrida por la fe que se ofrece en el espíritu y en la verdad.

La oración abre las puertas hacia la paz en esta vida y a la vida eterna en el mundo venidero. Es esencial para la salvación, y a menos que hagamos de ella una parte integral de nuestra vida y podamos así hablar con el Padre y obtener sus respuestas por el poder de su Espíritu, permaneceremos en nuestros pecados.

O tú, por quien tenemos paz
Tuviste que andar;
La senda de la oración
Enseñanos a orar.
(Himnos de Sión, Núm. 129.)

De todas estas cosas doy testimonio, y ruego al Padre en el nombre del Hijo que todos los Santos de los Últimos Días, del mismo modo que todas las personas en el mundo que se unirán a ellos, puedan lograr la paz y el gozo en esta vida y la plenitud eterna, en la vida venidera, mediante la oración y una vida justa.

¿POR QUE DEBEMOS ORAR?

Presidente Marion G. Romney.

Alguien preguntó recientemente ¿por qué debemos orar? Debemos orar porque la oración es indispensable para el logro de los verdaderos propósitos de nuestra vida. Somos hijos de Dios y como tales tenemos el potencial de elevarnos hasta alcanzar su perfección. El Salvador mismo nos inspiró para que alcanzáramos esa meta cuando dijo: "Por tanto, quisiera que fuiseis perfectos como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (3 Nefi 12:48).

Nadie podrá jamás alcanzar tai perfección a menos que sea guiado hacia ella por Aquel que es perfecto. Esa guía proveniente de Dios podrá lograrse exclusivamente mediante la oración. Esta experiencia mortal por la que pasamos en la actualidad es un escalón necesario en nuestro ascenso. Para lograr la perfección tuvimos que dejar nuestro hogar preterrenal y venir a este mundo. Durante ese traslado nos fue colocado un velo sobre los ojos espirituales, suspendiendo así la memoria de nuestras experiencias preterrenales. En el Jardín del Edén, Dios nos invistió con albedrío moral, y aquí nos dejó por.nuestra propia cuenta para enfrentarnos con las fuerzas del bien y del mal para probar si, viviendo guiados por la fe, podríamos elevarnos hasta alcanzar nuestro alto potencial haciendo "...todas las cosas que el Señor su Dios nos mandare" (Abraham 3:25). El primer mandamiento que el Señor les dio a Adán y Eva después de su expulsión del Edén fue el de orar (véase Moisés 5:5). Durante su ministerio mortal Jesús enseñó "...la necesidad de orar siempre..." (Lucas 18:1).

A la multitud nefita El les dijo: "Por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre" (3 Nefi 18:19).

En esta última dispensación, dos años antes de que la Iglesia fuera organizada, el Señor le dijo al proteta José Smith en una revelación: "Ora siempre para que salgas vencedor; sí, para que venzas a Satanás..." (D. y C. 10:5). Y más tarde agregó: "Lo que digo a uno, lo digo a todos; orad a todo tiempo, no sea que aquel inicuo tenga poder en vosotros y os quite de vuestra posición" (D. y C. 93:49).

La experiencia vivida por el hermano de Jared dramatiza la seriedad de la desobediencia al mandamiento de orar. El Señor guió a la colonia Jaredita desde la torre de Babel hasta las playas donde ellos habitaron en tiendas por el espacio de cuatro años.

"Y aconteció que a la conclusión de los cuatro años, el Señor vino otra vez al hermano de Jared, y habló con desde una nube. Y por el espacio de tres horas habló el Señor con el hermano de Jared, y lo reprendió porque no se había acordado de invocar el nombre del Señor.

"Y el hermano de Jared se arrepintió del mal que había cometido, e invocó el nombre del Señor a favor de sus hermanos que estaban con él. Y el Señor le contestó: Os perdonaré vuestros pecados a ti y a tus hermanos; pero no habéis de pecar más. porque debéis recordar que mi Espíritu no siempre contendrá con el hombre; por tanto, si pecáis hasta llegar al colmo, seréis desechados de la presencia del Señor. " (Eter 2: 14-15.)

El hermano de Jared había sido culpable de ser negligente en cuanto a sus oraciones. Las siguientes escrituras nos brindan motivos adecuados por los que debernos orar. Parecería no haber limitaciones con respecto a cuándo, dónde y de qué debemos orar.

"Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Filipenses 4:6).

"Sí, implorad su misericordia, porque es poderoso para salvar.

"Orad a El cuando estéis en vuestros campos, sí, por todos vuestros rebaños.

"Rogadle en vuestros hogares, sí, por todos ios de vuestra casa, en la mañana, ai mediodía y en la tarde.

"Sí, imploradle contra el poder de vuestros enemigos;

"Sí, contra el diablo, que es el enemigo de toda justicia.

"Rogadle por las cosechas de vuestros campos, a fin de que prosperen.

"Mas esto no es todo; es menester que derramáis vuestra alma en vuestros aposentos, en vuestros sitios secretos y en vuestros yermos.

"Sí. y cuando no estéis invocando al Señor, dejad que reboen vuestros corazones, orando

constantemente por vuestro propio bienestar así como por el bienestar de ios que os rodean." (Alma 34:18, 20-24, 26, 27.)

El Señor dijo: "Orad al Padre con vuestras esposas e hijos" (3 Nefi 18:21).

"Y además, te mando que ores, tanto vocalmente como en tu corazón; sí, ante el mundo así como en secreto; en público así como en privado" (D. y C. 19:28).

"Implorad al Señor, a fin de que se extienda su reino sobre la faz de la tierra, para que los habitantes de ella lo reciban y estén preparados para los días que han de venir, en los cuales el Hijo del Hombre descenderá del cielo, envuelto en el resplandor de su gloria, para recibir el reino de Dios establecido sobre la tierra.

"Por tanto, extiéndase el reino de Dios, para que venga el reino del cielo, a fin de que tú, oh Dios, seas glorificado en los cielos así como en la tierra, para que tus enemigos sean vencidos; porque tuya es la honra, y el poder, y la gloria, para siempre jamás. Amén." (D. y C. 65:5-6.)

La oración es la llave que abre las puertas para la comunión con la Deidad. El Señor dijo: "He aquí, yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él. y él conmigo" (Apocalipsis 3:20).

Jesús hizo una promesa similar a ios nefitas cuando dijo: "Y cuanto le pidáis al Padre en mi nombre, creyendo que recibiréis, si es justo, he aquí, os será concedido" (3 Nefi 18:20).

A nosotros, los de la última dispensación, la promesa nos fue declarada de la siguiente forma:

"Cualquiera cosa que le pidieréis al Padre en mi nombre os será dada, si fuere para vuestro bien" (D. y G. 88:64; cursiva agregada).

Los registros sagrados se encuentran repletos con pruebas de que tales promesas son cumplidas.

Enós logró que mediante la oración sus pecados le fueran perdonados (véase Enós 4-5). Las oraciones de Alma, padre, lograron que el ángel llamara a su hijo Alma al arrepentimiento (véase Mosiah 27:14). Como consecuencia de la oración. Dios el Padre y el Hijo visitaron al profeta José Smith (véase José Smith .2:14-17). La oración hizo que las gaviotas llegaran desde el lago para ayudar a los pioneros a salvar la cosecha. Esto no significa que todas las oraciones han de tener como consecuencia respuestas espectaculares, pero cada oración sincera y ferviente es oída y contestada por medio del Espíritu del Señor. La forma más frecuente en que son contestadas las oraciones fue indicada a Oliverio Cowdery cuando el Señor le dijo:

"De cierto, de cierto te digo: Si quieres más testimonio, piensa en la noche en que me clamó tu corazón a fin de saber la verdad de estas cosas.

"¿No hablé paz a tu alma concerniente al asunto? ¿Qué más testimonio puedes tener que el que viene de Dios?" (D. y C. 6:22-23).

El Señor nos hizo esta promesa nuevamente a los de esta última dispensación: "Por tanto, si me pidieréis, recibiréis; si llamareis, os será abierto". En siete revelaciones diferentes el Señor repite esta promesa palabra por palabra: D. y G. 6:5, 11:5, 12:5, 14:5, 49:26, 66:9, 75:27.

En Doctrinas y Convenios El dice:

"Y además, de cierto os digo, mis amigos, os dejo estos dichos para que los meditéis en vuestros corazones, junto con este mandamiento que os doy, de llamarme mientras esté cerca.

"Acercaos a mí, y yo me acercaré a vosotros; buscadme diligentemente, y rae hallaréis; pedid, y recibiréis; tocad, y se os abrirá;

"Cualquiera cosa que le pidieréis al Padre en mi nombre os será dada, si fuere para vuestro bien." (D. y C. 88:62-64.)

Brindo mi propio testimonio respecto a la veracidad de estas promesas; sé que son verdaderas.

Sé que las oraciones son contestadas. Al igual que los antiguos profetas Nefi y Enós, yo nací de "justos" y "buenos" padres. Desde mi más tierna infancia aprendí a arrodillarme al costado de mi cama cada mañana y cada noche, todos los días, para agradecerle a mi Padre Celestial por sus bendiciones y pedirle su constante guía y protección. He guardado esta costumbre a través de los años y aún la conservo.

En respuesta a una oración que elevé al Señor siendo niño, encontré mis juguetes perdidos; siendo muchacho, recibí respuesta a una oración por medio de la cual fui guiado de tal forma que encontré las vacas que se habían perdido entre unos matorrales. Conozco bien el sentimiento al que se refería el Señor

cuando le dijo a Oliverio Cowdery: "¿No hablé paz a tu alma concerniente al asunto?" (D. y C. 6:23). Y después le dijo:

"Pero, he aquí, te digo que tienes que estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, causaré que arda tu pecho dentro de ti; por lo tanto, sentirás que está bien.

"Mas si no estuviere bien, no sentirás tal cosa, sino que vendrá sobre ti un estupor de pensamiento que te hará olvidar la cosa errónea..." (D. y C. 9:8-9).

Sé perfectamente lo que quiso decirnos Enós cuando dijo: "...la voz del Señor de nuevo llegó a mi alma..." (Enós 10).

He sido testigo del cumplimiento de la siguiente promesa del Señor:

"Y quienes con fe pidan en mi nombre, echarán fuera demonios: sanarán enfermos; harán que los ciegos reciban su vista, los sordos oigan, los mudos hablen, y los cojos anden." (D. y C. 35:9.)

Puse a prueba la promesa de Moroni, y en respuesta a mis oraciones recibí el testimonio divino de que el Libro de Mormón es verdadero. También sé que orando "con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, el os manifestará la verdad por el poder del Espíritu Santo, y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas" (véase Moroni 10: 4-5).

Os dejo mi solemne testimonio de que la oración es la llave que abre las puertas para la comunicación con Dios.

PREPARACIÓN PARA LA ORACIÓN.

Elder Marión D. Hanks.

De acuerdo con la ley divina, las bendiciones de la oración, al igual que la salvación, son disfrutadas por cada individuo en la misma medida en que esté "dispuesto a recibir", más bien que una inescrutable efusión o incomunicación de los cielos. Nuestro Padre Celestial desea nuestro gozo eterno y sabe que dicho gozo acompaña el verdadero carácter cristiano que sólo puede ser desarrollado mediante el adecuado ejercicio de nuestro libre albedrío. motivo por el cual puso a nuestra disposición las reglas para la felicidad eterna, con su Espíritu para guiarnos. El nos provee circunstancias donde exista la oposición en todas las cosas y permite que el hombre actúe por sí mismo.

Bajo estos principios, mediante nuestra ignorancia voluntaria, desobediencia o egoísmo o falta de fe, ponemos un límite a lo que Dios puede hacer por nosotros. Hablando de quienes no llenan los requisitos para ninguno de los reinos de su gloria, sino que aceptan un reino sin gloria, el Señor nos ha dicho mediante un profeta:

"...volverán otra vez a su propio lugar, para gozar de lo que quieren recibir, porque no quisieron gozar de lo que pudieron haber recibido.

"Porque, ¿en qué se beneficia un hombre a quien se confiere un don, si no lo recibe? He aquí, ni se regocija con lo que le es dado, ni se regocija en aquel que es el donador." (D. y C. 88:32-33.)

Este principio se aplica también a la oración si es que habremos de disfrutar de las bendiciones que estamos dispuestos a recibir.

Las Escrituras repetidas veces nos amonestan e invitan a orar, pero algunos jamás aceptamos esa invitación. Otros buscan orar de cuando en cuando, mas quedan con un sentimiento de desánimo, su petición al parecer desatendida. Para muchos, la oración puede ser tan sólo por fórmula o hábito. Tal vez la forma de oración más común, aun cuando sea más infrecuente, es la de la súplica abrumada por la angustia, mediante la cual se implora la intervención divina con respecto a calamidades presentes o inminentes, o para impedir las consecuencias de algún acto irresponsable o alguna decisión apresurada.

Pero también se encuentran quienes tienen ricas experiencias con respecto a la oración; quienes viven una vida de oración plena; quienes observan una relación recompensadora con el Señor, llevada a cabo en una forma real y de mutua correspondencia. ¿Cómo se producen las bendiciones? ¿Cómo podemos desarrollar ese tipo de relación basada en la oración? Consideremos las siguientes diferentes experiencias relacionadas con la oración y los resultados de cada una de ellas, y tratemos de definir dónde podríamos encontrarnos individualmente dentro del programa.

1. Seguramente que si no oramos no habremos de recibir las bendiciones resultantes de la oración. Al igual que alguien que jamás ha disfrutado de la belleza de un gran poema o de un buen libro, una pintura o una sinfonía, o tal vez de una simple puesta de sol, viviremos ignorando, perdiéndonos algo, o tal vez aun desdeñando lo que no queremos disfrutar. En lugar de eso, experimentamos las consecuencias de lo que estamos dispuestos a recibir.

2. Las profundas crisis personales motivan algunas de las oraciones más fervorosas que podamos ofrecer. El pecado, el temor, la ansiedad, los dolores insoportables, todos estos elementos nos empujan hacia la oración en lugar de guiarnos a ella. Cuando sentimos las presiones que sobre nosotros ejercen las grandes aflicciones o nos sentimos amenazados en nuestra vida personal, cuando nos encontramos atribulados, es cuando nos volvemos hacia Dios. Todos los que hayamos tenido experiencias con la oración, y quienes hayamos vivido lo suficiente para experimentar las complejidades y tragedias de la vida, comprendemos el tipo de esfuerzo que se realiza para llegar al Señor. Sabemos lo que significa el recurrir a Dios en desesperada penitencia, en profunda necesidad, o quizás manifestando gratitud. La espontaneidad de estas expresiones —este "gemir" dentro de sí— del alma es normal y natural, y procede de una relación con nuestro Padre Celestial, ya sea o no nutrida o reconocida por el individuo en sus "buenos momentos". Tales oportunidades por lo general no son premeditadas o preconcebidas; surgen de lo más profundo de nuestro ser, de la angustia, de la desesperación, la vergüenza o de la humilde gratitud, a menudo con lágrimas, y dan testimonio de la realidad de aquello que en cada ser humano es más que humano, algo que nos identifica con un poder y espíritu mucho más elevado y hermoso que el nuestro, con

un Padre amoroso con quien nos relacionamos como sus amados hijos.

Pero esos momentos de ansiedad, temor o exultación de espíritu, a pesar de lo sinceros e importantes que puedan resultar, serán como las ocasionales llamadas telefónicas, que pudiéramos hacer, al hogar en lugar de las visitas cariñosas y regulares que tan bienvenidas serían.

3. Tal vez de menos provecho sean los esporádicos esfuerzos que tienen lugar cuando pensamos que estamos muy cansados o demasiado ocupados, pero aun así somos movidos por los recuerdos de otros tiempos y circunstancias cuando nuestra fe era más simple o nuestras necesidades más inmediatas, y cuando no estábamos demasiado cansados u ocupados para orar con mayor constancia y confianza. Oramos porque sabemos que debemos hacerlo y somos suficientemente responsables para dedicar unos minutos a "adoptar la postura".

4. Supongamos, empero, que oremos con regularidad, pero que lo hagamos simplemente como un hábito, con nuestros pensamientos fijos en otra cosa, ajenos a la comunicación que deberíamos establecer, sin poner el corazón en ello, expresándonos con palabras aprendidas de otras personas y que jamás han cambiado como consecuencia de cometidos o necesidades personales, ni madurado por la fortaleza espiritual. Muchos oran de esta forma. Decimos nuestras oraciones en forma rutinaria, como un rito, perdiendo gran cantidad del significado y propósito y por lo tanto, su valor. Sin realmente creer, tal vez sin prestar atención siquiera, podemos repetir pequeñas frases de la niñez que no significan nada, palabras que no expresan reverencia, formulismos sin sentimiento, oraciones que escasamente escapan de nuestros labios, sin implicar emociones ni afectar a la mente ni al espíritu.

Podemos y debemos mejorarnos. Podemos abrir canales de consuelo y valentía y consolidar los poderes innatos de nuestra personalidad. Podemos poner en movimiento y en toco las fuerzas de las que tan sólo hemos oído hablar o con las que tan sólo hemos soñado, y jamás disponer de la fe necesaria para procurarlas o realmente creer en ellas ni esperar que redunden en nuestro propio beneficio.

Dos veces en los últimos años se han publicado artículos en los diarios de diferentes comunidades que sufrían de escasez de agua y de falta de presión en las cañerías. Estas comunidades llevaron a cabo costosos estudios y planearon grandes mejoras para el abastecimiento de este elemento, para más tarde descubrir por mera casualidad que la válvula principal de abastecimiento del sistema de agua se encontraba sólo parcialmente abierta. Habían estado sobreviviendo con muy poco, cuando podrían haber disfrutado de gran cantidad tan sólo abriendo la válvula.

Algo parecido sucede con la oración.

Hay profundos manantiales de aguas vivientes que se encuentran a nuestra disposición y a los que podemos tener acceso, ilimitadas fuentes de apoyo espiritual, de guía, consuelo y amor divino.

Podemos abrir esa válvula: y eso es lo que la preparación para la oración puede ayudarnos a lograr.

No estamos hablando de hacer la oración más difícil, o necesariamente más larga y rodeada de formalidades, ni de hacerla aparecer misteriosa. La oración es el simple acto de comunicación con Dios; es un acto de adoración y generalmente implica el hablar y el escuchar. También las ansiedades del corazón y los "gemidos del espíritu" llegan a Dios. Deberíamos orar cuando percibimos la necesidad de hacerlo y aun cuando no nos sentimos inclinados a orar, recordando que las formalidades poco le importan al Señor; lo importante es llegar hasta El con fe y amor. Pero nuestras oraciones pueden tener mayor significado y ser más eficaces en cuanto a los propósitos del Señor para con nosotros, si tan sólo nos encontramos preparados para la experiencia en la forma en que El nos lo ha indicado.

El antiguo profeta Samuel dijo, hablando a la Casa de Israel: "...preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a él servid..." (I Samuel 7:3). Al gran baluarte de Dios, su siervo Job, se le dijo en medio de sus agonías, privaciones y dolor: "...Si tú dispusieras tu corazón, y extendieras a él tus manos..." (Job 11:13).

Se nos enseña que Dios, quien conoce nuestro corazón y necesidades antes de que nos acudamos a El, nos ayudará a prepararnos de modo tal que podamos realmente hablarle cuando oramos. "Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua" (Proverbios 16:1).

Entonces tal vez tendría lugar la pregunta: "¿Qué razón existe para la oración si Dios conoce anticipadamente nuestras necesidades, y en realidad se habla a sí mismo mediante nosotros?" La respuesta es la misma que se aplica a todo lo que El espera de nosotros: El quiere que intervengamos directamente en las experiencias, que llevemos biendo que únicamente así podremos llegar a

entender, dedicarnos de corazón y desarrollarnos.

Existen muchos casos típicamente clásicos de preparaciones que anteceden a la oración. Consideremos los siguientes:

1. Enós. Durante su juventud Enós fue instruido "...en el conocimiento y amonestación del Señor", y las enseñanzas de su padre "penetraron profundamente en [su] corazón". Un día, mientras se encontraba cazando en el bosque, las enseñanzas que a menudo había oído hablar a su padre relacionadas con "la vida eterna y el gozo de los santos" penetraron en su corazón de tal forma que "su alma tuvo hambre", y fue entonces que él "se [arrodilló] ante [su] Hacedor, a quien [clamó] con ferviente oración y súplica por [su] propia alma".

Las enseñanzas fiel y pacientemente brindadas, la silenciosa y tranquila contemplación, ese gran momento de necesidad en el que su alma tuvo hambre, se combinaron para crear las condiciones necesarias para que las oraciones de Enós a Dios engendraran la experiencia más maravillosa de su vida. Esas maravillosas consecuencias son enseñadas en un corto pero muy significativo capítulo como lo es el Libro de Enós del Libro de Mormón.

2. Nefi. Los registros nos enseñan de Nefi: "...siendo muy joven todavía... y teniendo un gran deseo de conocer los misterios de Dios, clamé al Señor; y he aquí que él me visitó y eterneció mi corazón, y creí todas las palabras que mi padre había hablado..." (1 Nefi 2:16). Esta es la historia de un joven que tuvo el gran deseo de saber por sí mismo, y en la intensidad de ese deseo se dirigió al Señor, de quien recibió respuesta.

3. Oliverio Cowdery. A Oliverio Cowdery se le prometió el conocimiento de los registros del Libro de Mormón, si él pedía con fe, con convicción y con un corazón honesto. No había lugar a dudas con respecto a la promesa. Por medio del Espíritu Santo y el espíritu de revelación él habría de sentir esa seguridad en su mente y corazón. Fue invitado a pedir el conocimiento de los misterios de Dios para que pudiera traducir y recibir el conocimiento de todos los antiguos registros que fueron escondidos y que son sagrados, con la promesa de que recibiría de acuerdo con su fe (D. y C. 8).

Oliverio trató de traducir pero fracasó, y se le dijo que no había comprendido, sino que había supuesto que el Señor se lo concedería cuando no pensó sino en pedirselo.

"Pero, he aquí, te digo que tienes que estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, causaré que arda tu pecho dentro de ti; por lo tanto, sentirás que está bien.

"Mas si no estuviere bien, no sentirás tal cosa, sino que vendrá sobre ti un estupor de pensamiento que te hará olvidar la cosa errónea..." (D. y C. 9:7-9, cursiva agregada).

4. Moroni. Moroni exhortó a los lamanitas a que cuando recibieran los registros traducidos del Libro de Mormón y "leyeran estas cosas", debían recordar la misericordia del Señor para con sus hijos desde la creación de Adán hasta el presente, y "meditarlo" en su corazón. Después de haber recibido y leído, de haberse sentido agradecidos y de haber meditado estas cosas en el corazón, los exhortó a "preguntar a Dios el Eterno Padre en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas". Si le pedían a Dios entonces "con corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo", El les manifestaría la verdad mediante el poder del Espíritu Santo (Moroni 10: 3-5).

En todos estos relatos de las Escrituras podemos encontrar un mensaje invariable: La preparación para la oración puede ayudar a que la comunicación con el Señor se convierta en una experiencia llena de significado y amor, y puede ayudar a que se cumplan los propósitos de Dios al igual que los nuestros. Nuestro corazón debe estar preparado para la oración, ya que las instrucciones de que disponemos son que debemos allegarnos a Dios de todo corazón, con humildad, con sinceridad, honestidad y con un corazón contrito.

Si en realidad dedicamos nuestro corazón al Señor, nos allegarnos a El con confianza, como dijo el salmista, "con expectativa en el Señor, creyendo totalmente que habremos de recibir. Cuando aprendamos a "entregar el corazón" ante el Señor recibiremos la plenitud de nuestras bendiciones y las respuestas a nuestras oraciones que realmente llevarán satisfacción al alma.

"No obstante, ayunaban y oraban frecuentemente, y se volvieron más y más fuertes en su humildad, y más y más firmes en la fe de Cristo, hasta henchir sus almas de alegría y consolación; sí, hasta purificar y santificar sus corazones; santificación que viene por entregar a Dios el corazón" (Helamán 3:35).

Dios espera que nos alleguemos a El con espíritus dispuestos, para que así podamos entregarle nuestro corazón. Si lo hacemos, tenemos su promesa y recibiremos las bendiciones.

También nuestra mente debe estar preparada para la oración. Mediante la investigación y el estudio podemos comenzar a aprender lo que necesitamos saber; debemos pensar activa y constantemente, con tranquilidad, reflexión, honestidad, y un pensamiento profundo; después de todo eso, podemos allegarnos al Señor en busca de sabiduría, consuelo, fortaleza, misericordia o valor. Cuando conocemos nuestras propias necesidades, cuando sabemos que debemos estar agradecidos, cuando sabemos cuál es nuestra responsabilidad para con Dios y los demás, entonces, con un corazón vehemente y un sincero deseo, podemos enfrentarnos al Señor con preguntas fervientes, peticiones adecuadas y una mente agradecida.

Del mismo modo que nuestra mente y corazón deben estar preparados, nuestro espíritu debe ser sumiso y sensible si es que deseamos beber abundantemente del manantial eterno. Debemos recurrir a El con confianza, creyendo que habremos de recibir. Juan nos asegura:

"Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad él nos oye.

"Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho" (1 Juan 5:14-15).

Existe otra forma de preparación que debe ser considerada para la oración. Esta radica en la condición de nuestra vida como testimonio de nuestra propia determinación y esfuerzo de obedecer sus mandamientos. Una de las promesas más hermosas hechas por el Señor a José Smith fue: "...si sois purificados y limpiados de todo pecado, pediréis lo que quisieréis en el nombre de Jesús y se hará" (D. y C. 50:29).

Las Escrituras nos enseñan repetidamente el hecho de que el Señor espera, que nos enfrentemos a El con las manos limpias, habiéndonos preparado para la visita. Debemos arrepentimos, y abandonar los pecados, abandonar la maldad, aprender a guardar sus mandamientos y a permanecer en El del mismo modo que su palabra permanece en nosotros.

Nuestra relación con los demás debe ser justa. Antes de llevar nuestros presentes al altar, debemos enmendar aquellas cosas que nos separen de nuestro prójimo. La amonestación indica que debemos perdonar a los demás y confesar nuestras faltas, orar el uno por el otro, del mismo modo que pedimos por nuestro propio perdón. El rey Benjamín enseñó a su pueblo que debía creer en Dios y en su poder absoluto, debía, reconocer sus propias limitaciones, arrepentirse de sus pecados y olvidarlos, y que también debía humillarse delante de Dios y con sinceridad de corazón rogar su perdón (Mosíah 4:9-10). Los registros son claros y comprensibles. Debemos orar y tener siempre un corazón agradecido, para poder buscar constantemente su presencia y hablar con El sobre los asuntos que nos conciernen, ya sean pequeños o de magnitud. Debemos recurrir a El en los momentos de dolor y en los de regocijo, cuando necesitamos sabiduría, cuando nuestra alma está hambrienta, cuando necesitamos comunión con El. Pero Dios espera que recurramos a El con nuestra mente y corazón limpios y el espíritu en armonía, dispuestos a entregarle nuestro corazón.

¿Cómo debemos prepararnos entonces para la oración en nuestra vida personal, en nuestro hogar y en familia? De todas las formas mencionadas, y con estas sugerencias específicas:

Debemos leer las Escrituras. Cuando Nefi escribió el relato de la experiencia que tuvo su padre con el Señor, habló de la visión de Lehi, en la que una persona descendió, de en medio del cielo y le entregó un libro "...mandándole que lo leyera. Y sucedió que mientras leía, se llenó del Espíritu del Señor" (1 Nefi 1:11-12).

Del mismo modo, nosotros recibimos el Espíritu del Señor cuando leemos las Escrituras. Los relatos de las Escrituras arriba mencionadas, al igual que cantidad de otros, nos ayudarán a lograr el espíritu de oración. Los Registros Sagrados nos dan conocimiento y comprensión, nos guían a un testimonio y nos ofrecen formas de aplicación individual; nos ayudarán a sentir la necesidad de orar y nos guiarán en la experiencia de la comunicación con Dios.

Debemos ayunar. Esta es una maravillosa forma de prepararnos para la oración. El ayuno y la oración van de la mano. El dominio del espíritu mediante la disciplina de los apetitos constituye una forma divinamente recomendada para lograr los propósitos de la oración.

Debemos meditar, Es necesario que pensemos conscientemente y en forma activa acerca del Señor y de nuestra relación con El; acerca de sus bondades para con nosotros y nuestros antepasados, acerca de la gratitud que debemos sentir por todo lo que El nos ha dado y continúa dándonos. El considerar y reflexionar sobre nuestras bendiciones constituyen un ejercicio de gran valor y grandes beneficios.

Analizar estos asuntos con la familia antes de la oración familiar. Debemos llamar la atención a nuestros hijos, y a los hijos de ellos, acerca de las bondades especiales del Señor para con nosotros, manifestadas en sus dones, especialmente en el don de su sagrado Hijo y todo lo que El significa para nosotros.

El pensar y hablar de los convenios solemnemente realizados en lugares sagrados, y renovados en forma regular mediante la participación del sacramento será una bendición para toda la familia. Se pueden compartir sentimientos, impresiones y experiencias con nuestros seres más cercanos y queridos. Todo esto hecho antes de la oración, provocará sentimientos tiernos, humildes y espirituales.

Un tranquilo momento de conversación acerca de nuestras experiencias con nosotros mismos, con nuestra familia, con otras personas y con el Señor puede ser muy fructífero. ¿Cuáles fueron nuestras buenas acciones de hoy? ¿Cuáles fueron los hechos y expresiones no del todo buenos? ¿Cuál fue el origen de nuestro proceder de hoy, tanto el bueno como el malo? ¿Cómo se originó y cómo podemos hacer para seguirle el rastro y relacionarlo con pensamientos o actitudes anteriores, actitudes que tal vez necesiten ser examinadas? ¿Cómo podemos mejorar?

Hay también otras formas de preparación para la oración. La contemplación de la belleza del maravilloso mundo de Dios entrando en comunión con la naturaleza en lugares hermosos, el experimentar la elevación espiritual de la buena música o literatura; éstas y otras formas amplían nuestra capacidad, nos alientan, fortalecen y ayudan en una actitud de agradecimiento, y nos predisponen para la oración.

En las tres relaciones esenciales de la vida (con nosotros mismos, con los demás y con Dios) debe existir la unidad e integridad si es que queremos alcanzar la felicidad. Siempre que mediante la inspiración y la determinación, mediante la penitencia y la reconciliación, provoquemos una mayor integridad en cualquiera de estas relaciones, podemos acercarnos adecuadamente al Señor en busca de su santificado Espíritu, para que dé su divina aprobación a nuestros dignos esfuerzos. Podemos allegarnos a El en oración con la seguridad de que somos oídos y de que El nos habrá de ayudar. En nuestros momentos de pesar, de desconsuelo y de debilidad moral, no podemos encontrar suficiente fortaleza en nosotros mismos. Por qué no habremos de recurrir a Dios? El es el origen de nuestro poder y se encuentra siempre a nuestra disposición. El desea ayudarnos y lo hará de acuerdo con su gran sabiduría y gran amor, al igual que su gran conocimiento de nuestras necesidades. Sé esto sin ninguna duda, del mismo modo que sé que la preparación para la oración la convierte en una experiencia más dulce y significativa.

Que cada uno de nosotros pueda ser transformado por la renovación de nuestra mente y que pueda reconocer lo "bueno, aceptable y perfecto" a la vista del Señor.

LA FORMA DE ORAR.

Elder Carlos E. Asar.

Hace poco, cuando dos de mis nietos se pusieron a mi lado para la oración familiar les indiqué que se arrodillaran, cruzaran los brazos e inclinaran la cabeza cerrando los ojos, lo cual hicieron. Al orar yo en representación de la familia, el mayor de los niños, de dos años de edad, comenzó a imitar las palabras de mi oración; poco después el menor de ellos, de tan sólo un año, se encontraba haciendo lo mismo. Los sonidos que emitían eran tal vez poco más que un simple balbuceo; sin embargo, su torpe pero sincera intención de orar, junto con su forma particular de expresión en la oración, resultó ser una emotiva experiencia que llegó al corazón de todos los presentes.

Esa experiencia con ellos me hizo reflexionar acerca de otra emotiva escena registrada en el Libro de Mormón. En ese caso el Salvador había instruido a la multitud nefita y sanado a sus enfermos, después de lo cual les enseñó y administró a los niños. Está escrito que "les soltó la lengua, y declararon cosas grandes y maravillosas a sus padres, cosas mayores que las que él había revelado al pueblo... sí, aun los más pequeñitos abrieron su boca y hablaron cosas maravillosas" (3 Nefi 26:14, 16).

Al meditar acerca de la experiencia que tuve con mis nietos durante la oración familiar me vienen a la mente tres cosas: (1) el deseo inherente de cada persona, especialmente de los pequeños, de comunicarse con el Dios que les dio la vida; (2) la necesidad de poseer una fe y pureza similares a las de los niños como forma de expresar una reverencia verdadera y aceptable; y (3) la responsabilidad que tengo de enseñarles a mis hijos y nietos a "orar y a andar rectamente delante del Señor" (D. y C. 68:28).

No creo tener muchas responsabilidades que sean más importantes que la de alentar a mis nietos, así igual que a otras personas, a orar de una forma aceptable al Padre Celestial. Si guardo la esperanza de poder sentirme satisfecho algún día con los resultados de mis obligaciones paternales, debo hacer lo que sea necesario para establecer un diálogo con Dios y ayudar a mis seres amados a lograr lo mismo; porque a menos que mediante la oración logremos establecer un nexo entre la tierra y el cielo, nuestra vida tendrá ínfimo propósito y dirección.

Puedo detectar un profundo significado en las susodichas palabras del Salvador: "...y les soltó la lengua, y declararon cosas grandes y maravillosas a sus padres..." (3 Nefi 26:14). ¿Cómo les soltó la lengua? ¿Cómo abrimos la boca de los niños y de los hombres y hacemos que hablen cosas maravillosas? La respuesta a estas preguntas es evidente: enseñando la verdad, fortaleciendo fe y enseñando al pueblo a orar.

Recordaréis la oportunidad en que los discípulos del Señor le dijeron: "Señor, enséñanos a orar" (Lucas 11:1). Lo mismo podrían haberle dicho: "Suelta nuestra lengua y enséñanos a hablar con nuestro Padre Celestial". El Señor respondió diciendo: "Vosotros, pues, oraréis así... (Mateo 6:9), y fue entonces que les dio lo que se conoce como la Oración del Señor (Mateo 6:9-13). En otra oportunidad, enseñó a los nefitas la forma de orar (3 Nefi 13:9-13).

Las Escrituras contienen varios relatos donde el Maestro y sus discípulos proveyeron instrucciones inspiradas concernientes a la oración. Ahora recurrimos a estas selectas escrituras para lograr el conocimiento necesario acerca de la forma correcta y el idioma aceptado en la oración.

NORMAS DE DIVINA EXCELENCIA.

Antes de bosquejar y analizar las normas de la oración, debemos destacar algunas instrucciones preliminares. Estas podrían bien servir de prólogo y canalizar nuestro pensamiento a medida que sea presentada la norma de la oración.

El Señor dijo: "...para que no seáis engañados, os daré una norma para todas las cosas; porque Satanás anda por la tierra engañando a las naciones..." (D. y C. 52:14). También dijo: "Os digo estas cosas para que podáis comprender y saber cómo habéis de adorar y a quién; y para que podáis venir al Padre en mi nombre, y en el debido tiempo recibir de su plenitud" (D. y C. 93:19). A menos que conozcamos a Dios y estemos familiarizados con su forma de hacer las cosas, ¿cómo podemos "adorar en espíritu y en verdad"? (Juan 4:24). ¿Cómo podemos lograr la salvación mediante nuestra adoración, a menos que

conozcamos al Dios verdadero y viviente y estemos preparados para recurrir a El en sincera oración?

La verdadera oración, el tipo de oración que exalta el alma y abre los cielos, se basa en la fe en Dios, el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo. Además de poseer esa fe debemos saber cómo recurrir a El y hablarle en la forma aprobada. El élder Bruce R. McConkie nos aconseja lo siguiente:

"Se espera que las oraciones de los santos sean adaptadas a una norma prescrita de divina excelencia; además, deben ajustarse al modelo aprobado de la oración adecuada." (Mormon Doctrine, Bookcraft, 2da. edición, pág. 581.)

SALUTACIONES.

Hablando a sus discípulos Jesús les dijo: "Vosotros pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre" (Mateo 6:9). Aquí encontramos un simple y al mismo tiempo majestuoso saludo, concentrado en una corta frase. Así los discípulos fueron instruidos con respecto a la forma de comenzar sus oraciones y a quién debían dirigir sus palabras. No se les enseñó que debían dirigirse a alguna misteriosa y desconocida deidad, sino que se les dijo que hablaran con su Padre Celestial, el Padre de todos los espíritus. El presidente Manon G. Romney hizo el siguiente comentario:

"Existe una enorme diferencia entre la actitud de aquel que ora en una forma comprensible a nuestro Padre que está en los cielos y la de aquel cuya oración se dirige a algún dios desconocido, considerado 'energía cósmica', 'conciencia universal' o 'la primera gran causa'. Ninguna persona puede orar a un dios teórico con la fe y la esperanza de que su pedido reciba una consideración personal, llena de comprensión: sin embargo, se puede orar en forma comprensiva ai Dios verdadero y viviente con la seguridad de que las oraciones serán oídas y contestadas. Cuando existe la creencia de que Dios es nuestro Padre Eterno, podemos, hasta cierto grado, comprender nuestra relación con El, ya que le consideramos el Padre de nuestro espíritu, un Padre amoroso que se encuentra profundamente interesado en forma individual en sus hijos, quienes le pueden amar de todo corazón, poder, mente y fuerza." (Look lo God and Live, Deseret Book Co., 1973 pág. 201.)

Siempre me intriearon los relatos de las casi satánicas adoraciones de los zoramitas. Ellos no solamente acusaban en forma directa a Cristo en sus oraciones, sino que también se dirigían en forma pomposa a un dios falso. Fijémonos en el lenguaje de sus oraciones: "¡Santo, santo Dios: creemos que eres Dios, y que eres santo, y que fuiste espíritu, y eres y que serás espíritu para siempre!" (Alma 31:15).

No es extraño que Alma y sus hermanos se quedaran atónitos y apesadumbrados ante tai tipo de adoración. Estos misioneros neritas tienen que haberse sentido como Pablo cuando observó la adoración supersticiosa llevada a cabo por los hombres de Atenas, quienes honraban al "dios desconocido". Pablo no vaciló en corregir a los atenienses ni escatimó palabras para expresar la siguiente advertencia: "...Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hechos 17:22-30).

A nosotros se nos enseña y es nuestra responsabilidad enseñar a toda persona, en todo lugar, a dirigir las oraciones a nuestro Padre Celestial. Debemos evitar en nuestras salutations el agregar descripciones floridas e innecesarias. ¿Qué otras palabras pueden dotar de más dignidad u honor a la sagrada expresión "nuestro Padre que estás en los cielos"?

He aquí dos advertencias: Al orar a nuestro Padre Celestial debemos evitar el término "Señor". Esto es confuso y nos hace difícil saber si nos dirigimos al Padre o a su Hijo Jesucristo, Segundo, debemos evitar la repetición innecesaria del nombre de la Deidad. El uso repetido de frases tales como "nuestro Padre", "querido Padre", pueden llegar a constituir un tipo de falta de respeto y de vana repetición. Royal L. Garff expresó esta concreta declaración:

"Las repeticiones innecesarias cambian los sagrados significados de las oraciones, convirtiéndolas en expresiones redundantes."

EXPRESIONES DE AGRADECIMIENTO.

Durante la segunda visita del Salvador a los nefitas, El se apartó de su presencia un poco,

inclinándose hasta la tierra y diciendo: "Padre, gracias te doy porque..." (3 Nefi 19:20). Poco tiempo después oró nuevamente y dirigiéndose al Padre dijo: "Padre, gracias te doy porque..." (3 Nefi 19:28). Aquí nos encontramos con una significativa parte del modelo aprobado de oración. Esto es para reconocer las bondades de Dios y hacerle llegar nuestro agradecimiento por las bendiciones recibidas.

Se nos ha dicho que la ingratitud es un pecado. Si dejamos de reconocer los beneficios recibidos por parte de padres amorosos y generosos indudablemente nos convertiremos en hijos ingratos. ¿Qué padre no se sentiría ofendido ante un hijo ingrato que esperase recibir, mas considerara por demás inconveniente el agradecer? En la forma en que actuamos o servimos ponernos de manifiesto nuestra gratitud; sin embargo, las palabras de gratitud deben ser incluidas en nuestros himnos de alabanza y oraciones de agradecimiento.

Así cantó el salmista: "Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid su nombre" (Salmos 100:4).

"...oh, cómo deberíais dar gracias a vuestro Rey Celestial!" dijo el rey Benjamín, agregando: "Os digo, mis hermanos, que si diereis todas las gracias y alabanzas, con todo el poder de vuestras almas enteras, a ese Dios que os ha creado, guardado y conservado, y ha hecho que os regocijéis, y os ha concedido vivir en paz el uno con el otro...dígoos que si lo sirviereis con toda vuestra alma, todavía seríais servidores inútiles." (Mosíah 2:19-21; cursiva agregada.)

PETICIONES.

Refiriéndonos una vez más a las oraciones de Jesús entre los nefitas encontramos otra parte fundamental del modelo de la oración. Ya se ha mencionado el hecho de que El se dirigió al Padre y le agradeció por las bendiciones recibidas; después utilizó expresiones como: "Padre, te ruego, que des... " "y ahora, Padre, te pido por ellos..." y "Padre, no te ruego por el mundo, sino por los que me has dado del mundo" (3 Nefi 19:21, 23, 29). Estas palabras nos enseñan que las oraciones pueden incluir peticiones adecuadas en beneficio de otras personas y ruegos de asistencia divina, perdón de pecados, dirección e intervenciones especiales.

Es común escuchar a los santos orar por el Profeta, las Autoridades Generales y sus líderes locales del sacerdocio. Aquellas oraciones a Dios en las que se pide que sea preservada la salud de los líderes de la Iglesia, que su vida pueda ser prolongada y que continúen disfrutando de la inspiración del Espíritu Santo, son también adecuadas conforme a sus necesidades. No obstante, todas esas peticiones deberían ser inspiradas por sentimientos sinceros y no expresadas simplemente porque otras personas lo hayan hecho antes.

A menudo escuchamos a gente que ora por los misioneros. Esto también es adecuado y aceptable, condicionado al hecho de que las oraciones sean sinceras. El presidente Spencer W. Kimball nos ha exhortado a orar que las puertas de las naciones sean abiertas a la obra misional; nos ha rogado que hagamos todo lo que podamos, dentro de nuestras posibilidades, para abrir esas puertas: pero comprende que en algunos casos será necesaria la intervención divina.

Una vez que Enós logró el perdón de sus pecados sintió el deseo profundo de rogar por el bienestar de sus hermanos, los nefitas; eso le llevó a verter su alma entera ante Dios por ellos. (Enós 5-9.)

Guando hablamos de pedir a Dios en forma casi instintiva pensamos en el clásico testimonio de Amulek, el cual incluye pensamientos relativos a la oración; en él exhortaba al pueblo:

"Sí, implorad su misericordia...

"Orad a él cuando estéis en vuestros campos, sí, por todos vuestros rebaños.

"Rogadle en vuestros hogares, sí, por todos los de vuestra casa...

"Sí, imploradle contra el poder de vuestros enemigos;

"Sí, contra el diablo, que es el enemigo de toda justicia.

"Rogadle por las cosechas de vuestros campos, a fin de que prosperen.

"Sí, y cuando no estéis invocando al Señor, dejad que rebosen vuestros corazones, orando constantemente por vuestro propio bienestar así como por el bienestar de los que os rodean." (Alma 34:13, 20-24, 27.)

Siempre me impresionó el siguiente consejo: "...invoquéis su santo nombre, y veléis y oréis incesantemente para que no seáis tentados más de lo que podáis resistir, a fin de que el Espíritu Santo os pueda guiar..." (Alma 13:28).

Tales pensamientos y humildes expresiones son indudablemente apropiados cuando suplicarnos a Dios. Las palabras del Salvador fueron: "Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal" (3 Nefi 13:12).

Se nos ha prometido que nuestro Padre Celestial nos perdonará por nuestros pecados si nosotros perdonamos a aquellos que han pecado contra nosotros. Por lo tanto, resulta adecuado que tomemos el modelo del Maestro y oremos diciendo: "Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (3 Nefi 13:11).

Debemos mencionar dos advertencias relacionadas con este asunto. Primero, debemos estar dispuestos a condicionar nuestros pedidos a la voluntad de nuestro Padre Celestial. Recordaréis la oración expresada por el Señor en el Jardín de Getsemaní, donde abrumado por el dolor, la agonía, la transpiración de sangre y las lágrimas, oró diciendo: "...pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:41). En este caso Él aplicó personalmente lo que había enseñado antes a sus discípulos, porque les había instruido con respecto a la oración: "Sea hecha tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo" (3 Nefi 13:10). Cada vez que decimos "sea hecha tu voluntad" o "si es tu voluntad", debemos hacerlo con convicción y no tan sólo "de los labios hacia afuera". Segundo, debemos ponernos en armonía con el Espíritu para que nuestras peticiones se encuentren en completa armonía con la voluntad divina. Observemos las siguientes escrituras y las palabras en cursiva:

"...Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis" (Mateo 21:22).

"Y cuanto le pidáis al Padre en mi nombre, creyendo que recibiréis, si es justo, he aquí, os será concedido" (3 Nefi 18:20).

"Cualquiera cosa que le pidieréis al Padre en mi nombre os será dada, si fuere para vuestro bien" (D. y C. 88:64).

Hay personas que leen la promesa del Señor contenida en la primera de las escrituras mencionadas, y consideran que mediante sus oraciones de fe recibirán casi automáticamente las bendiciones que desean. Tales personas pueden dar por sentado que lo que piden es justo y que todo lo que tienen que hacer es expresar su oración; esta consideración sería adecuada y correcta si el que pide fuera completamente justo, estuviera en total armonía con el Espíritu, y se sintiera inspirado para conocer perfectamente la voluntad del Señor y para pedir lo que no fuera contrario a la voluntad de Dios.

Ojalá que todos fuéramos dignos de recibir las bendiciones pronunciadas sobre Nefi, el hijo de Helamán:

"Bienaventurado eres, Nefi, por la obra que has hecho; porque he visto cómo has declarado infatigablemente a este pueblo la palabra que te he dado. Y no les has tenido miedo, ni has cuidado de tu vida, sino que has procurado mi voluntad y el cumplimiento de mis mandamientos.

Y porque has hecho esto con tanta perseverancia, he aquí, te bendeciré para siempre, y te haré poderoso en palabras y hechos, en fe y obras; sí, hasta cumplirse en ti todas las cosas según tu palabra, porque no me pedirás lo que fuere contrario a mi voluntad" (Helamán 10:4-5; cursiva agregada.)

La promesa que todos tenemos es: "Y si sois purificados y limpiados de todo pecado, pediréis lo que quisieréis en el nombre de Jesús y se hará. Mas entended esto, que os será manifestado lo que debéis pedir..." (D. y C. 50:29-30).

"EN MI NOMBRE".

Como respuesta a una pregunta formulada por Tomás Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6). Mientras instruía a los nefitas poco después de su resurrección también dijo: "...por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre" (3 Nefi 18:19). En los tiempos contemporáneos el Señor declaró: "Continuarás invocando a Dios en mi nombre..." (D. y G. 24:5).

Desde los mismos comienzos, aun en los días de Adán, se dio al hombre la siguiente indicación: "Por

consiguiente, harás cuanto hicieres en el nombre del Hijo, y te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás" (Moisés 5:8).

El presidente Manon G. Romney dijo:

"Relacionada con la creencia en Dios, el Eterno Padre, se encuentra la creencia en su Hijo Jesucristo y la aceptación de su divina misión como Redentor del mundo. Esta creencia es tan básica para la verdadera oración como lo es la creencia en Dios, el Eterno Padre. Esto es así, puesto que Jesús es nuestro Redentor y, por lo tanto, nuestro abogado para con el Padre: y ese es el motivo por el cual debemos orar siempre al Padre en su nombre.

Nuestro corazón se encuentra lleno de una gratitud imposible de expresar por lo que el Salvador hizo por nosotros. A menudo cantamos con fervor: 'Cuán asombroso es que El amárame y rescatárame...' Cada vez que participamos del sacramento testificamos ante el Padre que estamos dispuestos a tomar sobre nosotros el nombre de su Hijo. Una oración que no sea ofrecida en Su nombre sugiere falta de sinceridad o de entendimiento" (Look to God and Live págs. 201-202; cursiva agregada.)

Debemos finalizar nuestras oraciones pidiendo en el nombre de Jesucristo: sin embargo, no debemos dar fin a las oraciones diciendo "en tu nombre", pues eso da lugar a confusiones y provoca la pregunta: "¿En el nombre de quién? ¿del Padre o del Hijo?"

AMÉN.

De acuerdo con las normas del Salvador todas las oraciones deben finalizar con la palabra Amén. Se utiliza esta palabra para expresar una solemne ratificación, aceptación o sincera aprobación. Cuando una persona dice "Amén" al final de una oración, en cierto sentido se compromete con las palabras expresadas.

Las oraciones pronunciadas en representación de un grupo deben reflejar el sentir, las necesidades y los deseos de todos y no sólo los de aquel que sirve de representante. Es de esperar que la persona que ora en favor de los demás haya pensado con anticipación con respecto a la asignación y reciba así el espíritu correspondiente. Al finalizar la oración entonces, el "Amén" de la persona que ora constituye una señal para que todos expresen una respuesta audible. Este "Amén" combinado demuestra que los miembros del grupo están de acuerdo con la oración y son partícipes de lo que ha expresado.

LENGUAJE REVERENTE.

Hace algunos años se le formuló al presidente Joseph Fielding Smith la siguiente pregunta: "¿Es importante que utilicemos cierta formalidad cuando nos dirigimos a la Deidad en oración, o es correcto hacerlo utilizando palabras más modernas y comunes?" La respuesta de él fue la siguiente:

"Nunca debemos dirigirnos en oración a nuestro Eterno Padre y a su Hijo Unigénito Jesucristo con expresiones comunes y vulgares, utilizadas para dirigirnos a los seres humanos. El Padre y el Hijo deben ser siempre honrados en nuestras oraciones con extrema humildad y reverencia. El cambio de las palabras bíblicas para ajustarnos al idioma popular de la actualidad, tanto en mi opinión como en la de las demás Autoridades Generales, ha sido una gran pérdida en el desarrollo de la fe y la espiritualidad, en la mente así como en el corazón de los pueblos." (Answers to Cospel Questions, Deseret Book Co., 1958, 2:15. 17.)

Otro profeta contemporáneo, el presidente Spencer W. Kimball, escribió:

"Es conveniente que en todas nuestras oraciones utilicemos los pronombres tú y tuyos en lugar de su y suyos, ya que de esa forma expresamos un respeto familiar especial." (Faith Precedes the Miracle, Deseret Book, Co., 1972 pág. 201.)

En la reunión general del sacerdocio, el 6 de octubre de 1951, el presidente Stephen L. Richards declaró:

"Hemos descubierto... una falta de enseñanza adecuada con respecto a la oración. Yo mismo me he sentido alarmado al escuchar a misioneros que han sido llamados para ofrecer oraciones, quienes parecieran no haber tenido ninguna experiencia o capacitación con respecto al uso del lenguaje propio de

las oraciones.

"...Creo, mis hermanos, que tanto en los quórumes como en las clases y en el hogar deberíais enseñar el lenguaje correcto de la oración que es tú y tus. en lugar de usted. Me resulta decepcionante oír que alguien se dirige a nuestro Padre Celestial tratándolo de usted. Es sorprendente cuán común es esto... Creo que deberíais tomar nota de ello y aprovechar toda oportunidad que tengáis para enseñar el sagrado y reverente lenguaje de la oración."

Nosotros no sólo adoramos al Dios verdadero y viviente, sino que también damos al mundo nuestro testimonio de su realidad; por lo tanto, nuestra adoración y testimonio deben desarrollar en la mente y en el corazón de los hombres el respeto y la reverencia por Dios. Debemos dirigirnos a El con extrema humildad y reverencia, e invitar a los demás a hacer lo mismo. El lenguaje de nuestra oración debe ser sagrado y reflejar así la fe y el incuestionable respeto y devoción que sentimos por la Deidad.

VANAS REPETICIONES.

"Y orando", enseñó el Salvador, "no uséis vanas repeticiones como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.

"No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis." (Mateo 6:7-8.)

Esta es una estricta advertencia en contra del uso excesivo de expresiones innecesarias, vacías o inútiles. A veces hablamos sin significado alguno; otras nos sentimos tentados a expresarnos ampulosamente o a utilizar términos ajenos a nuestro vocabulario que hayan sido acuñados por otras personas. Tales prácticas deben ser evitadas. El presidente Ezra Taft Benson sugiere: "Nuestras oraciones deben tener significado y ser pertinentes. No debemos utilizar las mismas frases en cada oración. A todos nos preocuparía o molestaría si un conocido o amigo utilizara siempre las mismas palabras cuando nos hablara, tratando la conversación como una obligación, como si estuviera ansioso de terminar de una vez para encender el televisor y olvidarse de nosotros." (God, Family, Country, Deseret Book Co., 1974, págs. 121-122.)

EXTENSIÓN DE LAS ORACIONES.

Puede haber razones valederas y circunstancias adecuadas para oraciones extensas: una oración dedicatoria puede ser más larga que las oraciones regulares; pero debemos tener cuidado de evitar la forma excesiva de expresarnos en nuestra adoración. Bien podríamos recordar las siguientes palabras:

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación." (Mateo 23:14.)

Ni la ostentación ni la hipocresía tienen lugar en nuestras conversaciones con Dios.

Hace ya muchos años, el élder Francis L. Lyman dió lo siguiente acerca de las oraciones extensas:

"No es necesario ofrecer oraciones largas y tediosas, ni para comenzar ni para finalizar. Esto no solo desagrada al Señor sino que también desagrada a los Santos de los Últimos Días. Con una oración de dos minutos podemos dar comienzo a cualquier reunión y con otra de medio minuto podemos finalizarla...Ofreced oraciones cortas y evitad las vanas repeticiones..." (Discurso pronunciado en julio de 1892; impreso por la revista "Improvement Era", abril de 1947, pág. 245.)

Es de esperar que las oraciones de apertura sean más largas y llenas de expresión. En éstas, por lo general, invocamos el Espíritu del Señor (no tan sólo parte de él) para que esté con nosotros, y tratamos de establecer el espíritu de la reunión. Por otra parte, las oraciones finales deben ser cortas y al grano; se puede expresar agradecimiento en forma apropiada por el desarrollo espiritual, al igual que pedir las bendiciones que se desean para la partida. Temo que en muchas de nuestras reuniones tenemos la tendencia a arrastrar las oraciones y llenarlas de expresiones excesivamente confianzudas o vanas. Esta tendencia desalienta a la participación en las oraciones, especialmente entre los jóvenes, y promueve el deseo de que las reuniones se terminen de una vez. ¡Cuánto mejor sería que oráramos como los nefitas lo hacían! De ellos se dijo:

"...y no multiplicaban palabras, porque les era manifestado lo que debían de pedir, y estaban llenos de anhelo" (3 Nefi 19:24).

ALGO MÁS QUE MERAS PALABRAS.

El élder James E. Talmage escribió: "Es bueno saber que las palabras no constituyen la oración: palabras que tal vez no expresen lo que uno quiere decir; palabras que tan frecuentemente disimulan las incongruencias: palabras que tal vez no tienen más profundidad que los órganos físicos del habla; palabras quizás pronunciadas para impresionar los oídos de los seres humanos. El mudo puede orar, y aun con la elocuencia que prevalece en el cielo. La oración se compone de los latidos del corazón y los justos anhelos del alma; de la súplica fundada en la admisión de que uno es el necesitado; de la contrición y el deseo puro." (Jesús el Cristo, pág. 252.)

Tengo la impresión de que algunas de las oraciones más aceptables que han sido pronunciadas las han pronunciado personas limitadas en las habilidades del idioma. Las oraciones de los niños son simples; la de los mudos son silenciosos movimientos de las manos; las oraciones de los incapacitados pueden consistir tan sólo de un ojo suplicante y una inocente mirada. Pero a menudo las tales trascienden en belleza y establecen una diferencia con las oraciones pomposas y los sonidos complicados de un seudo erudito.

Recuerdo con sumo cariño las oraciones de la hermana Bertha Piranian, esposa de mi presidente de misión, Badwagon Piranian. El idioma natal de la hermana Piranian era el alemán; el inglés era su segundo idioma y por lo tanto no lo hablaba muy bien. Cuando ella oraba o daba su testimonio en inglés su idioma denotaba un marcado acento, era simple y salpicado de errores gramaticales; aun así, sus oraciones eran sumamente hermosas y reflejaban su bondad. Nadie que haya escuchado esas oraciones podría jamás haber dudado de su habilidad para comunicarse con la Deidad.

Con estos comentarios no quisiera dar a entender que no debemos ser elocuentes y utilizar un buen idioma en nuestras oraciones; en ellas debemos buscar la perfección, del mismo modo que tratamos de lograrla en otros aspectos de nuestra vida. Sin embargo, estos comentarios tratan de establecer el hecho de que la verdadera elocuencia se encuentra en los sentimientos más que en las palabras. Una oración aceptable es mucho más que simples palabras.

La obra Hamlet, de Shakespeare, incluye las siguientes palabras de Claudius cuando cesó de orar porque no lo hacía de corazón:

"Mis palabras se elevan, mis pensamientos permanecen; las palabras sin los pensamientos jamás alcanzan el cielo." (Acto tercero, escena tercera.)

El Maestro expresó las siguientes palabras a las que deberíamos prestar atención:

"Este pueblo de labios me honra: mas su corazón está lejos de mí" (Mateo 15:8).

CONCLUSIÓN.

Para finalizar quisiera presentar un resumen de las normas de la oración. Estas pautas indican lo que se debe y lo que no se debe hacer con respecto a la forma aprobada y aceptable de orar:

1. Saluciones. Las oraciones deben dirigirse: "Padre Nuestro que estás en los cielos". Al orar a nuestro Padre Celestial debemos evitar la utilización del término "Señor". Debemos también evitar la innecesaria repetición del nombre de la Deidad.

2. Expresiones de agradecimiento. Las oraciones pueden contener expresiones de loor y agradecimiento tales como: "te agradezco tus..." y "te agradezco por que:..." En las oraciones públicas hablamos por todo el grupo y utilizamos los pronombres nosotros y nuestro, mas nunca yo.

3. Peticiones. Las oraciones pueden incluir solicitudes o peticiones relacionadas con la ayuda divina, el perdón de pecados, la inspiración, etc., tales como te ruego que me permitas... Debemos estar dispuestos a sujetarnos a la voluntad de nuestro Padre Celestial ("que sea hecha tu voluntad y no la mía"). Debemos ser dignos para así saber lo que debemos pedir, en vez de solicitar cualquier cosa que pueda ser contraria a la voluntad de Dios.

4. En mi nombre. Las oraciones deben ser hechas en el nombre de Jesucristo, porque El nos instruyó que siempre oráramos al Padre en su nombre. Jamás debemos finalizar una oración diciendo: "en tu nombre".

5. Amén. Las oraciones deben ser concluidas con la palabra amén, lo cual expresa aceptación o aprobación. Debemos decir "amén" en voz alta, siempre que nos encontremos en grupo y alguien ore en nombre de todos.

6. Lenguaje sagrado. Las oraciones deben ser efectuadas conforme al sagrado lenguaje que se encuentra en la Biblia. Debemos utilizar las reverentes palabras tú, tuyos y ti cuando nos dirigimos a la Deidad, No debemos recurrir al lenguaje popular de la actualidad ni utilizar el usted o ustedes.

7. Vanas repeticiones. Las oraciones deben ser significativas y pertinentes. No debemos usar vanas repeticiones, tales como el repetido uso del nombre de la Deidad. También debemos evitar el uso de términos y expresiones sin significado concreto.

8. Extensión de las oraciones. Las oraciones deben adaptarse a la ocasión y ofrecerse en una forma concisa y sincera. No debemos ser ampulosos en nuestras oraciones ni hacerlas excesivamente largas, ni caer en el hábito de utilizar todo un palabrerío en el ejercicio de nuestra adoración. Las oraciones que comienzan una reunión son por lo general más largas y más llenas de expresión. En esas ocasiones invocarnos el Espíritu del Señor (no tan sólo una parte del mismo), para que permanezca con nosotros. Las oraciones finales son por lo general cortas y al grano.

9. Algo más que meras palabras. Las oraciones son la expresión y el espejo del alma. Debemos tratar de lograr la elocuencia y la excelencia del lenguaje en nuestra comunión con Dios. Sin embargo, debemos comprender que la verdadera elocuencia de la oración se encuentra en el sentimiento que acompaña a las palabras. "Recordad que las oraciones de los santos deben adaptarse a las normas prescritas de divina excelencia; además deben ajustarse al modelo aprobado de la oración adecuada." (Elder Bruce R. McConkie) "No debemos hacer de la oración un formulismo. El Señor no aprueba las oraciones largas y llenas de hipocresía." (presidente Spencer W. Kimball) También debemos evitar las que son memorizadas, excepto en los casos de las oraciones bautismales o sacramentales que tienen un significado especial.

Hace ya algunos años, mientras me encontraba sirviendo como presidente de misión, decidí que comenzaría una serie de entrevistas con los misioneros formulando la siguiente pregunta: "¿Cuándo tuvo usted su última experiencia espiritual?" Las respuestas fueron variadas e interesantes. Algunos confesaron que no habían tenido ninguna experiencia especial en ese sentido. Otros dijeron que había pasado algún tiempo desde que habían sentido la cercanía del Espíritu. Otros, por otra parte, me contaron maravillosas experiencias que habían tenido lugar algunos días antes de la entrevista. La respuesta de un misionero, sin embargo, fue realmente especial. El me dijo: "Esta mañana", a lo que yo le pregunté: "¿Esta mañana? ¿Qué sucedió esta mañana?" Lentamente pero con confianza él contestó: "Esta mañana, oré". Me sentí maravillado con la respuesta del misionero y no dudé de sus palabras porque conocía su determinación, su naturaleza espiritual y su aptitud para orar.

Muchas veces a partir de aquel momento medité con respecto a la oración y a las experiencias espirituales, y llegué a la conclusión obvia; nuestro diálogo con la Deidad puede y debe constituir una experiencia espiritual muy especial. Se trata de una experiencia que podemos lograr si buscamos a Dios con humildad y sinceridad. Debemos dirigirnos a El con una fe similar a la de un niño y orar de la misma forma.

Ruego que podamos seguir el verdadero modelo de la oración y emplear el sagrado y reverente lenguaje que corresponde. Que pueda decirse de nuestras oraciones del mismo modo que se dijo del Salvador:

"Jamás el ojo ha visto o el oído escuchado, hasta ahora, cosas tan grandes y maravillosas como las que vimos y oímos que Jesús habló al Padre;

Y no hay lengua que pueda hablar, ni hombre que pueda escribirlo, ni corazón de hombre que pueda concebir tan grandes y maravillosas cosas como las que vimos y oímos que habló Jesús; y nadie se puede imaginar el gozo que llenó nuestras almas cuando lo oímos rogar por nosotros al Padre:" (3 Nefi 17:16-17.)

¿QUE DEBEMOS PEDIR EN NUESTRAS ORACIONES?

Elder Neal A. Maxwell.

¡En las Escrituras hay tantos ejemplos instructivos acerca de la oración! Esta variedad misma de ejemplos requiere que hagamos una selección de los elementos esenciales con respecto al propósito de nuestras peticiones y al contenido de nuestras oraciones.

En el Libro de Mormón podemos leer lo que dijo el Señor al respecto:

"Y cuanto le pidáis al Padre en mi nombre, creyendo que recibiréis, si es justo, he aquí, os será concedido." (3 Nefi 18:20; cursiva agregada.)

Este es uno de los conceptos más significativos que se nos presentan en todas las Escrituras. Aun cuando pidamos algo con fe, a menos que sea bueno para nosotros, Dios se reserva el derecho de decidir si debe concedérselo o no. Un padre perfecto, amoroso y omnisciente no haría otra cosa. Por lo tanto, además de tener fe, debemos pedir lo que sea justo. El mismo concepto aparece en las revelaciones contemporáneas. El Señor le dijo al profeta José Smith:

"Cualquiera cosa que le pidieréis al Padre en mi nombre os será dada, si fuere para vuestro bien." (D. y C. 88:64).

El Señor se reserva el derecho de determinar lo que es mejor para nosotros, no sea que en nuestra ingenuidad espiritual pidamos algo que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios. Nefi, el profeta, comprendió la importancia de la precisión y forma adecuada de la oración. Por felices experiencias pasadas sabía que Dios le daría libremente si él, Nefi, no pidiera "impropiamente" (2 Nefi 4:35). Vemos entonces la importancia de lo que el profeta José Smith nos ha dicho.

El presidente Joseph F. Smith afirmó que el desarrollo espiritual incluye "la educación de nuestros deseos". Tenemos la obligación de llegar a un punto tal en nuestro progreso que nuestros deseos sean justos a la vista de Dios; y cuando arribemos a esa condición poseeremos la "mente de Cristo" (1 Corintios 2:6). Quienes posean la mente de Cristo ofrecerán oraciones perfectas.

Continuando con los elementos esenciales, digamos que debemos tener con nosotros el Espíritu Santo para que El nos incite a orar por lo que es justo. Nefi nos dice que el Espíritu enseña al hombre a orar (2 Nefi 32:8). Existe, por lo tanto, una conexión definitiva entre nuestra justicia y la capacidad para recurrir al Espíritu, a fin de que podamos así pedir lo que debemos pedir. El Señor le dijo a José Smith en 1831:

"Y si sois purificados y limpiados de todo pecado, pediréis lo que quisieréis en el nombre de Jesús y se hará.

"Más entended esto, que os será manifestado lo que debéis pedir..." (D. y C. 50:29-30. cursiva agregada).

Es indudable que este tipo de oración refleje un elevado nivel de espiritualidad. Para aquellos de nosotros que todavía nos encontremos rezagados en el camino de la oración, estos conceptos podrían parecer, al principio, bastante desalentadores; porque aun cuando las promesas son válidas, nos sentimos muy distantes del punto en el que nos será manifestado lo que debemos pedir. Aun así, debemos comprender el significado de esas escrituras si deseamos avanzar en este camino, aprendiendo a orar por cosas correctas, a la vez que desarrollamos nuestra fe. Solamente entonces nuestras oraciones merecerán ser caracterizadas como una consulta con el Señor "en todos [nuestros] hechos" (Alma 37:37).

Podríamos preguntarnos: ¿Por qué es necesario que el Espíritu Santo nos impulse, aun en nuestras oraciones? uno de los motivos es que sólo con su ayuda podemos ser elevados por encima del pequeño y estrecho

escenario de nuestra propia experiencia, más allá de nuestros egoístas deseos y de los límites de la pequeñez de nuestras células conceptuales. Con hermoso lenguaje. Jacob nos recuerda que el Espíritu (que también nos enseña a orar) "habla la verdad, y no miente. Por tanto, habla de las cosas como realmente son y como realmente serán" (Jacob 4: 13).

"El Espíritu escudriña aun lo profundo de Dios" (1 Corintios 2:10), pero las oraciones superficiales no producirán semejantes resultados.

Dios ve las cosas como realmente son y como llegarán a ser, mas a nosotros no nos sucede lo mismo.

A fin de descubrir tan preciosas perspectivas durante nuestras oraciones debernos confiar en la inspiración del Espíritu Santo. Teniendo acceso a ese tipo de conocimiento oraríamos por lo que nosotros y otras personas debíamos tener. Contando con la inspiración del Espíritu no pediremos en vano.

Teniendo acceso al Espíritu se expandirán nuestros círculos de interés. La extraordinaria oración pronunciada por Enós comenzó con una comprensible preocupación con respecto a su familia, después por sus enemigos, y luego la extendió hacia las generaciones futuras.

A menos que alguien llegue a desilusionarse prematuramente como consecuencia de las normas inferiores de nuestras oraciones, cabe decir que, al igual que sucede en todas las demás cosas, podemos desarrollarnos en experiencia con la oración. El profeta José Smith dijo en una oportunidad:

"Una persona podrá beneficiarse si percibe la primera impresión del espíritu de la revelación: Por ejemplo, cuando sentís que la inteligencia pura fluye en vosotros, podrá repentinamente despertar en vosotros una corriente de ideas... y así, por conocer y entender el Espíritu de Dios, podréis crecer en el principio de la revelación hasta que lleguéis a ser perfectos en Cristo Jesús" (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 179).

Cuando nuestras oraciones son inspiradas, en realidad aprendemos de nuestras propias peticiones, tal como lo expresó el presidente Marion G. Romney quien dijo que cuando habla bajo inspiración, siempre aprende algo de lo que dice.

El poder descubrir la comprensión divina con respecto al contenido de nuestras peticiones, llega a ser, por lo tanto, sumamente importante. De otro modo, podemos orar por un puesto de empleo que tal vez no sea bueno para nosotros; podríamos pedir "impropiamente" que se nos quite un desafío, cuando lo que se necesita es ayuda para poder sobrellevar y vencer el problema. Muchas son las formas en las que debemos ser guiados, aun en el contenido de nuestras oraciones. No es suficiente arrodillarnos, por importante que esto sea, o tener fe, por esencial que esto también resulte. Debemos doblegar nuestra voluntad y subyugarla a la voluntad de Dios, para que en nuestras oraciones lleguemos a una comunión real con nuestro Padre Celestial y podamos así pedir aquello que sea realmente justo.

El Señor nos ha dicho con respecto a la verdad, lo que presumiblemente incluiría verdades acerca de nosotros mismos y nuestras propias circunstancias —cosas por las que tan a menudo oramos— que: "...la verdad es el conocimiento de las cosas como son, como eran y como han de ser" (D. y C. 93:24). Este relacionar de las circunstancias pasadas con las presentes y las futuras provee una convergencia de la verdad que nos puede brindar una preciosa perspectiva acerca de nosotros mismos y nuestras circunstancias. Tal perspectiva indudablemente alteraría los objetivos de nuestra petición, muchas veces pequeña y obtusa, al igual que nuestras solicitudes ingenuas al Padre Celestial. Sería de desear que nunca olvidáramos que "todas las cosas, pasadas, presentes y futuras... están continuamente delante del Señor" (D. y C. 130:7).

Mientras tanto, no debe causarnos desánimo el hecho de que existen graduaciones de percepción espiritual. La gente puede observar el mismo fenómeno y comprenderlo en diversas formas o grados. En una de sus maravillosas oraciones, Jesús oró con tal intensidad y poder que se oyó una voz de los cielos que se refirió a la glorificación del nombre de Dios. Las Escrituras dicen de cuando se oyó la voz de los cielos:

"Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado.

"Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros." (Juan 12: 29-30.)

Tal vez entre la multitud hubiera quienes no oyeron nada; otros que escucharon el sonido pero creyeron que era un trueno; otros que reconocieron que se trataba de una voz mas no comprendieron las palabras; hubo algunos que creyeron que se trataba de la voz de un ángel; pero otros supieron que se trataba de la voz de Dios,

Habiendo tratado estos elementos esenciales, veamos ahora lo que aprendemos de las Escrituras acerca de las oraciones adecuadas en lo que se refiere al contenido de estas peticiones.

La verdad obvia es que podemos orar por muchas cosas: Por perdón, fortaleza, guía relacionada con nuestros asuntos diarios, por nuestros líderes, por la familia y por la humanidad en general. El propósito

de algunas de nuestras oraciones puede ser tan sólo adoración pura. Pero después de haber generalizado, examinemos los registros en busca de modelos apropiados.

Después de haber sido testigo del pecado de Israel, su pueblo le pidió a Moisés: "...ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo" (Números 21:7). Resulta significativo el hecho de que Moisés orara por su pueblo a pesar de que muchos de ellos eran indignos de las bendiciones prácticas que solicitaban; habían fracasado en utilizar el instrumento que se les había provisto (la serpiente de bronce sobre el asta), para que si los mordían las terribles serpientes lo miraran a fin de ser sanados. Sin embargo, Moisés oró.

En el Libro de Mormón encontramos un ejemplo que guarda cierto paralelo con la historia anterior, en el que Mormón oró por el pueblo; pero reconoció que se trataba de una oración sin fe como consecuencia de la extremada indignidad de su gente. Aun así, continuó orando (Mormón 3:2).

También es bueno que oremos por los líderes y aquellos que ocupan posiciones de responsabilidad. Jesús ¡o hizo cuando oró por sus discípulos: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Juan 17:15). El Señor no pidió una exención para sus seguidores. El orar que otras personas puedan vencer en sus luchas nos indica que no debemos pedir que todas las tentaciones y pruebas sean quitadas de nuestro camino. Las oraciones no deben ser como grandes aplanadoras que automáticamente allanen nuestro camino de toda interferencia.

En el Libro de Mormón se registran las palabras de Jesús cuando instruyó a sus seguidores a orar por sus esposas y niños (3 Nefi 18:21). Debemos hacerlo, y hacer mención de los nombres de las personas por quienes oramos, para que los miembros de nuestra familia escuchen esos nombres y sepan que se está orando por ellos.

Debemos orar cuando se escogen líderes. En la selección de Saúl, hecha por el profeta Samuel bajo la inspiración de los cielos, podemos comprobar la sistemática búsqueda llevada a cabo en pos de un nuevo rey. Esa fue en verdad una tarea difícil, ya que familia tras familia se presentó delante del Profeta. Después de preguntarle al Señor Este le indicó cuál era el hombre que debía ser coronado.

"Entonces corrieron y lo trajeron de allí; y puesto en medio del pueblo, desde los hombros arriba era más alto que todo el pueblo" (1 Samuel 10:22-23).

Por ejemplo, casi todos los fines de semana las Autoridades Generales de la Iglesia oran con respecto a hombres que son elegidos para presidir sobre estacas. Se trata de un motivo apropiado de oración y en realidad de una necesidad.

El profeta José Smith oró para pedir el perdón de sus pecados. El dijo en una oportunidad: "...después de haberme retirado a mi cama, me puse a orar, pidiéndole al Dios Todopoderoso perdón de todos mis pecados e imprudencias; y también una manifestación, para saber de mi condición y posición ante El..." (José Smith 2:29).

Es indudable que cada uno de nosotros se vea enfrentado a oportunidades en las que tales peticiones son necesarias.

Daniel fue un profeta estimado. Las Escrituras nos dicen que se trataba de un espíritu superior (Daniel 6:3). Evidentemente él oraba de rodillas por lo menos tres veces por día, de frente hacia Jerusalén y agradeciendo a Dios. Las oraciones de Daniel eran de agradecimiento, sinceras y constantes antes de que fuera echado en el toso de los leones. Es sumamente interesante el hecho de que el rey Darío, que en realidad no deseaba echar a Daniel a los leones, ayunara por la seguridad de éste y no durmiera. La regularidad en las oraciones no significa que ellas deban ser ritualizadas o convertidas en una rutina.

El objetivo se hace más obvio en algunas oraciones que en otras; algunos motivos son sutiles y ensanchan el alma. Por ejemplo, una de las formas de probarnos es preguntarnos cuán a menudo hemos seguido el consejo del Salvador en el que nos indicó que debemos orar por los que nos desprecian y persiguen (Mateo 5:44). ¿Cuántas veces hemos orado específicamente por quienes se aprovechan y abusan de nosotros, nos dominan y explotan? ¿Cuán a menudo alabamos a Dios con una oración de loor y agradecimiento? (D. y C. 136:28.) Como lo destacamos anteriormente, algunas oraciones son simplemente oraciones de adoración pura; la adoración ausente de toda petición, aunque fuera ocasionalmente, sería mejor que las oraciones constantes llenas de exigencias y exentas de reverencia y aprecio.

Un cuidadoso análisis de la Oración del Señor (utilizando los modelos que se nos brindan en el Nuevo Testamento y en el Libro de Mormón) nos indica la necesidad de un saludo reverente al comienzo de la oración; nuestro deseo expreso de que la obra y la voluntad de Dios sean cumplidas, una solicitud de nuestro pan cotidiano (no de un sueldo o una pensión que no hayamos ganado), un pedido de perdón recíproco (sería totalmente ilógico que rogáramos ser perdonados a menos que nosotros mismos tuviéramos la disposición de perdonar); el deseo de evitar tentaciones y ser librados del mal; una indicación de sumisión en la que reconocemos que el reino es de Dios y Suya es la gloria. En nuestra propia pequeña escala, tal como Jesús lo dijo, debemos orar para que ciertas "copas amargas" pasen de nosotros; pero también debemos hacerlo como El lo hizo, diciendo;

"Padre mío, si es posible pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú." (Mateo 26:39.)

Podemos orar como lo hizo Jesús en su oración sumo-sacerdotal (Juan 17), en la que en realidad hizo un repaso de su mayordomía con un amoroso Padre Celestial; también oró por sus discípulos y por la unidad entre ellos.

¿Cuán a menudo hacemos nosotros un repaso de nuestra mayordomía en una manera similar, especialmente en voz alta? ¿Cuán apropiado resultó que Jesús hiciera un repaso de su mayordomía poco antes de la traición!

Podemos y debemos orar por la eficacia de nuestro ministerio, para que podamos declarar la palabra de Dios con convicción, ya sea que se trate de una maestra de la Primaria, de un misionero o de cualquier otra posición. Eso hicieron los santos en asamblea después de la ascensión de Jesús, al decir:

"Y ahora. Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra." Y después de esa oración "el lugar en que estaban congregados tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios". Es interesante notar que al existir tal comunión y entrega espiritual total en oración, "la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma..." (Hechos 4:29, 31-32; cursiva agregada).

Pablo nos insta: "...sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Filipenses 4:6). En el Libro de Mormón somos instruidos a orar por nuestros campos y rebaños. En otra parte del mismo libro se nos dice que busquemos el consejo del Señor en todos nuestros hechos (Alma 34:37). Dios jamás habrá de considerar trivial nada que sea importante para nuestra salvación. El nos sonrío, pero jamás se burlaría de la simplicidad de nuestras oraciones aun cuando sea nuestra obligación desarrollarlas en seriedad. ¿Podemos pedir cosas inadecuadas? Claro que podemos hacerlo. Podemos pedir al mismo tiempo cosas malas y felicidad; una elevada condición social, y también humildad. El Señor dijo que Martín Harris no debía importunarle más (véase D. y C. 5:26-28). Existe una marcada diferencia entre importunar al Señor por algo que no es correcto y hacerlo por algo que es correcto. La prueba la constituye la propiedad de la petición y no el período de tiempo en el cual ésta se haga. Muchas veces se hace necesaria la repetición de solicitudes (cuando son justas), ya que la persistencia es frecuentemente necesaria para nuestro desarrollo.

Debemos orar para pedir la confirmación de decisiones que estamos por tomar, teniendo en cuenta que primero debemos estudiar el asunto nosotros mismos en nuestra mente (D. y C. 9:8). Muchos de nosotros, en nuestra indolencia, tratamos de utilizar a Dios como un ayudante que investigue nuestras posibilidades.

¿Qué puede decirse, entonces, de las piedras de tropiezo comunes que encontramos en nuestro camino cuando tenemos problemas con respecto a aquello por lo que debemos orar? Primero, existe en nosotros falta de comprensión con respecto al hecho de que en realidad podemos ser guiados en cuanto a esto. Tenemos la tendencia a volcar peticiones sin esperar que la inspiración nos guíe. Dios puede inspirarnos para que en nuestras oraciones pidamos solamente lo que es justo; El puede educar nuestros deseos.

Muchas veces tampoco analizarnos las cosas lo suficiente antes de orar y de esa forma fracasamos en la preparación de nuestras preguntas y peticiones. A menudo las solicitudes que formulamos se refieren directamente a la solución de nuestros problemas y no a la contemplación de ellos. Otras veces no prestamos atención a la inspiración que recibimos mientras oramos, cuando ello puede ser un esbozo del

comienzo de nuestro aprendizaje en la oración y la revelación. De vez en cuando oramos erróneamente para que se nos aparte del mundo, en lugar de rogar que se nos guarde del mal y que podamos prevalecer en contra de él.

También muy a menudo oramos refiriéndonos a generalidades en lugar de tratar asuntos específicos; una oración vaga difícilmente podría calificarse como tal.

Quizás podamos sentirnos avergonzados de presentar delante del Señor nuestras debilidades particulares, aun cuando de todos modos El las conoce. Así impedimos el ser beneficiados con fortaleza al enfrentarlas y vencerlas. El admitir nuestras debilidades en voz alta (aun cuando sea en privado) y hacer la promesa de desecharlas, es mejor que limitarnos a pensar sobre el asunto. En este caso una acción positiva al respecto es mucho mejor que simplemente orar para llegar a ser más justos.

La fatiga hace que muchas oraciones se excedan en generalidades; esto significa que si oramos sólo antes de retirarnos al fin de un laborioso día ello afectará adversamente el contenido de nuestras oraciones.

Nuestra falta de voluntad para tratar valientemente nuestros propios problemas tiende a producir oraciones en las que los objetivos de nuestros ruegos se esfuman en generalidades.

Otros capítulos de este libro tratan acerca de la duración de nuestras súplicas, pero al igual que Enós, podríamos, si fuera necesario y estuviéramos preparados, pronunciar oraciones poderosas por espacio de muchas horas. Mientras tanto, la mayoría de nosotros debemos mejorar la calidad de nuestras breves oraciones; eso sería un comienzo. En el principio, los hombres comenzaron a "invocar el nombre de Jehová" (Génesis 4:26). Muchas veces oramos sin un propósito específico y tan sólo para ser vistos y oídos; es indudable que en esos casos ya tenemos nuestra insignificante recompensa, y que no deberíamos esperar otro resultado de tales oraciones vanas. El Señor catalogó de hipócritas a quienes oran de esta manera (Mateo 6:5-8).

Las vanas repeticiones también constituyen obstáculos, aun más que la repetición en sí misma; y debemos tener cuidado de no utilizar frases que denotan indolencia en lugar de originalidad.

Finalmente, si tuviéramos que consultar a alguien con respecto al contenido de nuestras oraciones, bien haríamos en consultar a nuestra propia conciencia. Al hacerlo, lo obvio resaltaría y esto ayudaría a evitar el contenido inapropiado de una oración. Quizás en algún momento oramos y rogamos para que alguien nos comprenda, cuando (según la doctrina que se encuentra en Mateo 19:15) se nos dice que de nosotros depende el tomar la iniciativa para tratar de que esa persona pueda llegar a comprender. Nuestra propia conciencia puede impulsarnos a llevar a la práctica estos delicados asuntos.

Existe el riesgo real de que el orar por cosas equivocadas o pedir lo que no es justo llegue a inmovilizarnos espiritualmente, o a rebajar nuestro nivel de actuación de un modo tal que jamás podamos escalar las alturas a las que la verdadera oración podría llevarnos. Contamos con una admirable promesa que nos lleva nuevamente al tema de apertura de este capítulo. El Señor nos promete: "El que pide en Espíritu, pide según la voluntad de Dios; por lo tanto, es hecho conforme pide" (D. y C. 46:30; cursiva agregada). ¡Qué poder! ¡Qué acercamiento a Dios!

Es desde las profundidades de la verdadera oración que una persona puede elevarse a verdaderas alturas. Cuando Jesús "se postró sobre su rostro" en oración, se acercó al trono de su amado Padre y extrajo así la fortaleza para llevar a cabo y completar su divina misión, "de acuerdo con la voluntad de Dios".

LA FORMA DE RECONOCER LAS RESPUESTAS A LAS ORACIONES.

Elder L. Tom Perry.

Siempre me he sentido muy agradecido por la bendición que tuve de ser criado en un hogar donde se nos enseñó a apreciar y a valorar la oración. Al remontarme a mi más tierna infancia recuerdo que me inclinaba junto a las rodillas de mi madre cada noche, antes de irnos a dormir; de esa forma ella nos enseñaba la manera correcta de orar. Al repetir nosotros simples palabras y frases escuchábamos de labios de mi madre quedos susurros que nos recordaban que nuestra oración debía ser de gratitud.

Mi familia consistía en nuestros padres y seis hijos; las tres mayores eran mujeres y los tres menores, varones. Yo compartía mi dormitorio con mis otros dos hermanos. Al ir creciendo progresamos de las oraciones junto a las rodillas de mi madre a las oraciones al lado de la cama. Mamá continuó supervisando el proceso hasta estar segura de que éramos lo suficientemente maduros para arreglárnoslas solos. Al retirarnos a descansar por las noches siempre percibíamos la presencia cercana de nuestra madre. Ella se quedaba parada del lado de afuera de la puerta, hasta que constataba el hecho de que sus hijos habían estado inclinados agradeciendo al Señor por las bendiciones del día. Si por alguna razón nos olvidábamos, inmediatamente oíamos su voz que nos decía: "Muchachos, ¿han hecho la oración?" Cuando hacíamos nuestra oración sin necesitar que se nos recordara, y una vez que la terminábamos, nos metíamos en la cama y podíamos escuchar sus pasos escaleras abajo para dar punto final a sus actividades del día.

Mamá tomaba sobre sí la responsabilidad de dar vuelta las sillas todas las mañanas y poner los respaldos contra la mesa, como una forma de recordarnos que teníamos que ofrecer nuestra oración familiar antes de la primera comida del día. ¡Cuánto disfrutábamos al escuchar a nuestro padre volcar los sentimientos de su corazón al Señor rogándole protección para su familia! Parecía que él, como poseedor del sacerdocio, extendía sobre nosotros un amparo especial que nos protegería durante las actividades en las que nos embarcaríamos a diario. Tuvimos la bendición de tener un padre que entendía el poder de la oración. En mi adolescencia, el programa de la noche de hogar no estaba formalmente establecido como hoy día, en que contamos con los lunes por la noche para llevarlo a cabo; pero en nuestra familia existía la costumbre de reunirnos varias noches en la semana para jugar y también para recibir instrucción de papá. Nunca conocí a una persona que relatará historias de la forma en que él lo hacía. Disfrutábamos particularmente al escuchar relatos y anécdotas de su niñez y adolescencia. Mi padre tenía una tremenda habilidad para extraer una lección especial de cada uno de ellos.

Nuestras historias predilectas eran las que se relacionaban con la oportunidad tan singular que papá tuvo de salir adelante por sí solo durante sus años de estudiante. Al aproximarse a los quince años comenzó a preocuparle la decisión que debía tomar en cuanto a si permanecería en la granja para ayudar a su padre o si se labraría el porvenir por medio de la educación. El ir al liceo requeriría que se fuera de su casa, ya que no lo había en la zona donde ellos vivían; la familia era pobre y no contaba con los medios para proveer ayuda a aquellos de sus hijos que tuvieran interés en continuar con su educación. Mi padre tuvo valor y la determinación de alejarse del hogar y forjarse un porvenir; mi abuelo consintió en ayudarlo todo lo que pudiera, ayuda que consistió en un pasaje de ida a Salt Lake City y cinco dólares para sus comienzos. Eso era todo lo que llevaba en el bolsillo cuando partió de su hogar.

Tras llegar a Salt Lake City se enfrentó a la necesidad inmediata de encontrar un empleo. Aun en aquella época, un billete de cinco dólares no habría de llevarle muy lejos. Se enteró de que existía una vacante en la Beehive House (casa de la colmena) y decidió llenar una solicitud para esa posición. Para su gran asombro, fue entrevistado por la esposa del Presidente de la Iglesia, quien en aquella época era el presidente Joseph F. Smith.

La vasta experiencia que tenía mi padre en ordeñar vacas le hacía apto para el trabajo, y así fue empleado por la familia del Profeta. Los beneficios incluían casa y comida. En su diario personal mi padre relata cómo los Smith lo albergaron y lo trataron como a un miembro más de la familia. Siempre nos contaba cuán conmovedor era oír orar al presidente Smith, cuando todos se arrodillaban juntos para la oración familiar por la mañana y por la noche; y agregaba que no había la menor duda respecto a que el

Profeta realmente hablaba con el Señor en esas oraciones.

El Profeta aconsejaba a sus hijos que no oraran pidiendo dones, sino oportunidades. El consideraba que si el Señor abriera las ventanas de los cielos y volcara, dones sobre sus hijos, éstos no tendrían la oportunidad de progresar ni desarrollarse; mas si el Señor era lo suficientemente bondadoso para proveerles oportunidades, al sacar provecho de éstas, ellos podrían desarrollarse como resultado de sus logros.

Estas lecciones tan especiales, enseñadas por el presidente Smith a su familia y repetidas por boca de mi padre a la suya, dejaron indelebles huellas en nosotros en cuanto a la virtud de una comunicación diaria con nuestro Padre Celestial. Al agregar aquellas tempranas instrucciones al estudio de las Escrituras nos aumentó en nuestra vida la capacidad de entender el propósito y el significado de la oración. Este se estableció sobre firmes cimientos.

Provisto de esta comprensión y capacitación especiales en cuanto a lo que podía esperar como resultado de mis oraciones, ha sido fácil para mí demostrar confianza en el Señor en cuanto a que si hago el esfuerzo de estudiar un problema y luego le presento mi determinación para Su ratificación. El habrá de responder haciéndome sentir el ardor de la aceptación o el estupor de pensamiento de! rechazo.

El relato de Oliverio Cowdery y su pedido de tener la oportunidad de traducir, además de ser un escriba, cuando él y el profeta José trabajaban juntos en el Libro de Mormón, me ha dado siempre un mayor entendimiento de cómo obra el Señor con sus hijos. Mi experiencia personal me indica que si discurrimos mentalmente, pedimos con fe y nos preparamos para acatar las pautas que recibamos, el Señor no habrá de negarnos respuesta a nuestras oraciones.

En el Sermón del Monte el Salvador enseñó a sus discípulos a orar. Después de darles instrucciones en cuanto a la manera de hacerlo, les dijo:

"No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?"

"Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre Celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:31-33.)'

Tengo la más absoluta fe en el poder de la oración. No me cabe duda de que podemos recibir respuesta si estamos dispuestos a efectuar nuestras peticiones con toda justicia y a aceptar totalmente la dirección que recibamos del Señor. "Los caminos de Jehová son rectos" (Oseas 14:9).

LAS SAGRADAS ORACIONES REVELADAS.

Elder Mark E. Petersen.

Mediante la revelación el Señor ha dado a la Iglesia tres oraciones fijas para nuestras ordenanzas sagradas. Con la excepción de estas oraciones, el Señor parece esperar que nosotros expresemos nuestros sentimientos con nuestras propias palabras al allegarnos a El en suplicación.

Estas tres oraciones reveladas se relacionan con el sacrificio del Señor Jesucristo, su crucifixión, y su sepultura y resurrección. Todas las ordenanzas en las cuales las utilizamos nos ponen bajo solemne convenio y obediencia a Dios. Me refiero al sacramento de la Cena del Señor y a la ordenanza del bautismo.

El sacrificio del Salvador constituyó el suceso más sagrado de la historia del hombre: fue el cenit de toda experiencia mortal; la totalidad de la vida gira en torno a ese suceso. Nuestro progreso eterno se hizo posible gracias a ese sacrificio.

Puesto que somos hijos de Dios, nuestro Padre Celestial nos ha concedido el privilegio de llegar a ser como El y nos ha provisto un plan mediante el cual podemos lograr ese privilegio. Como mortales de un conocimiento finito no podemos comprender el alcance de tal bendición infinita, pues aún "vemos por espejo, oscuramente" (1 Corintios 13:12), y nuestra comprensión es imperfecta. Mas esto sí sabemos: Somos los hijos de Dios, y nos es posible llegar a ser como El. Sin embargo, sin el sacrificio de nuestro Salvador no hubiera sido posible alcanzar dicho logro, pues la expiación es la puerta que nos da acceso a esta gran oportunidad.

Como hijos de Dios nos reunimos en un gran concilio en nuestra vida preexistente y allí se nos explicaron los privilegios que nuestro Padre propuso para nosotros. Cuando escuchamos su plan, "alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios" (Job 38:7).

En esa oportunidad se nos manifestó claramente que ésta sería una etapa esencial en nuestro progreso eterno, que vendríamos a la tierra revestidos de una condición mortal a fin de ser probados, y que tendríamos que enfrentar todo tipo de oposición y quedaríamos expuestos a la decisión de seguir el camino del bien o el del mal; la realidad del pecado cobraría dimensión ante nosotros: la muerte física sería un hecho irrevocable.

Si se nos hubiera privado del control celestial, tanto el pecado como la muerte hubieran cortado todas nuestras posibilidades de llegar a ser como Dios; era, por lo tanto, esencial que nos salváramos de ambos. Pero tal proceso requeriría los servicios de un Salvador con la capacidad de conquistar el pecado y destruir la muerte.

En el mencionado concilio preterrenal, Jehová fue escogido como nuestro Salvador. El Señor reveló este gran suceso a Moisés, y lo hizo con las siguientes palabras:

"Y yo, Dios el Señor, le hablé a Moisés, diciendo: Ese Satanás, a quien tú has mandado en nombre de mi Unigénito, es el mismo que existió desde el principio; y vino ante mí, diciendo: Heme aquí, envíame. Seré tu hijo y rescataré a todo el género humano, de modo que no se perderá una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra.

"Mas he aquí, mi Hijo Amado, aquel que fue mi Amado y mi Electo desde el principio, me dijo: Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre.

"Pues, por motivo de que Satanás se rebeló contra mí, e intentó destruir el albedrío del hombre que yo, Dios el Señor, le había dado, y también quería que le diera mi propio poder, hice que fuese echado fuera por el poder de mi Unigénito;

"Y llegó a ser Satanás, sí, aun el diablo, el padre de todas las mentiras, para engañar y cegar a los hombres, aun a cuantos no escucharen mi voz, llevándolos cautivos según la voluntad de él." (Moises 4:1-4)

Abraham agregó los siguientes detalles:

"Y el Señor me había mostrado a mí, Abraham, las inteligencias que fueron organizadas antes que el mundo fuese; y entre todas éstas había muchas de las nobles y grandes;

"Y Dios vio estas almas, y eran buenas, y estaba en medio de ellas, y dijo: A éstos haré mis gobernantes —pues estaba entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos— y él me dijo:

Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer.

"Y estaba entre ellos uno que era semejante a Dios, y dijo a los que se hallaban con él: Descenderemos, pues hay espacio allá, y tornaremos estos materiales, y haremos una tierra en donde éstos puedan morar;

"Y así los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare.

"Y a los que guardaren su primer estado les será añadido: y aquellos que no guardaren su primer estado no recibirán gloria en el mismo reino con los que lo hayan guardado; y quienes guardaren su segundo estado, recibirán aumento de gloria sobre sus cabezas para siempre jamás.

"Y el Señor dijo: ¿A quién enviaré? Y respondió uno semejante al Hijo del Hombre: Heme aquí; envíame. Y otro contestó, y dijo: Heme aquí; envíame a mí. Y el Señor dijo: Enviaré al primero.

"Y el segundo se enojó, y no guardó su primer estado; y muchos lo siguieron ese día." (Abraham 3:22-28.)

No hay ser humano que pueda estimar la magnitud de la elección de Jehová como nuestro Salvador; sin su sacrificio todos los mortales hubieran quedado permanentemente sujetos al poder del mal y nuestro cuerpo hubiera permanecido para siempre en la tumba, para no levantarse jamás, pues no habría resurrección. Sin su sacrificio jamás podríamos llegar a ser como nuestro Padre Celestial.

Mas mediante el acto de gracia de Jehová, el más amado de los hijos de Dios, se hizo posible todo el progreso que nos fue prometido. Por sí mismo expresó su entrega total para llegar a ser una ofrenda vicaria en nuestro beneficio, primeramente para librarnos de las ataduras del pecado, y luego para vencer la muerte y hacer surgir la gloriosa resurrección de nuestro cuerpo. Es así que mediante su gracia podemos levantarnos de nuestro estado caído, recibir la redención del sepulcro y continuar nuestro camino por la eternidad, para que por nuestros propios esfuerzos podamos llegar a ser como nuestro Padre Celestial.

El Salvador fue el Creador de los universos y proveyó esta tierra como morada mortal para nosotros. Una vez terminada esa creación, los hijos espirituales de Dios comenzaron a venir, revestidos de tabernáculos físicos, tal como el Señor lo había planeado; y comenzaron a transitar por la experiencia de la mortalidad, siendo puestos a prueba, recibiendo enseñanza y luz; tentados por el pecado, mas también invitados al gozo de cosas mejores y más elevadas mediante el poder del Espíritu Santo.

En el meridiano de los tiempos, el Salvador mismo nació a este estado mortal. Las huestes de los cielos comprendieron el significado de su nacimiento y manifestaron su gozo en aquella noche de la primera Navidad. Los ángeles anunciaron este gran acontecimiento a los pastores, quienes a su vez encontraron el lugar del nacimiento y adoraron al Rey recién nacido; los magos de Oriente se enteraron del suceso, siguieron a la nueva estrella, y le llevaron al Niño regalos de oro, incienso y mirra. Sin embargo, la humanidad en general no fue plenamente consciente del nacimiento más importante jamás acaecido.

El Cristo creció hasta alcanzar la madurez; al llegar a sus treinta años de edad comenzó su ministerio.

Su prédica consistía en asegurar que "...el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio" (Marcos 1:15).

¡Cuán importante fue ese llamado al arrepentimiento! Para ganar las bendiciones de su expiación todos debemos responder al mismo. Sin El no existiría la redención del pecado. El Salvador lo explicó de ese modo al profeta José Smith:

"Por tanto, te mando que te arrepientas; arrepíentete, no sea que te hiera con la vara de mi boca, y con mi enojo, y con mi ira, y sean tus padecimientos dolorosos cuán dolorosos no lo sabes, cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes.

"Porque, he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten.

"Mas si no se arrepienten, tendrán que padecer aun como yo he padecido;

"Padecimiento que hizo que yo, aun Dios, el más grande de todos, temblara a causa del dolor, y echara sangre por cada poro, y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmavar.

"Sin embargo, gloria sea al Padre, participé, y acabé mis preparaciones para con los hijos de los hombres.

"Por lo que otra vez te mando que te arrepientas, no sea que te humille con mi omnipotencia; y confiesa tus pecados para que no sufras estos castigos de que he hablado, los cuales probaste en mínimo grado cuando retiré mi Espíritu." (D. y C. 19:15-20.)

Se provee la remisión de los pecados para todos aquellos que en verdad se arrepientan; mas si nos rebelamos contra Dios, sabiendo la verdad, y rehusamos obedecerle, perdemos el derecho a la salvación. El profeta Abinadí explicó este principio de la siguiente manera:

"Mas he aquí, temed y temblad ante Dios; porque tenéis razón para temblar; pues el Señor no redime a ninguno de los que se rebelan contra él, y mueren en sus pecados: sí, todos aquellos que han perecido en sus pecados desde el principio del mundo, que voluntariamente se han rebelado contra Dios, y que, sabiendo los mandamientos de Dios, no quisieron observarlos, éstos son los que no tienen parte en la primera resurrección.

"¿No deberíais temblar pues? Porque ninguno de éstos alcanza la salvación, por cuanto el Señor a ninguno de ellos ha redimido; ni tampoco puede redimirlos: porque el Señor no puede contradecirse a sí mismo ni puede negarle a la justicia su derecho." (Mosíah 15:26-27.)

El Señor nos dio el bautismo como medio por el cual obtenemos el perdón a nuestros pecados, y explicó la ordenanza con las siguientes palabras:

"De cierto os digo que de este modo bautizaréis a quien se arrepintiere de sus pecados a causa de vuestras palabras, y deseara ser bautizado en mi nombre: He aquí, iréis y entraréis en el agua, y en mi nombre lo bautizaréis.

"Y he aquí las palabras que pronunciaréis, llamando a cada uno por su nombre:

"Habiéndome dado autoridad de Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

"Y entonces lo sumergiréis en el agua, y volveréis a salir del agua.

"Y de esta manera bautizaréis en mi nombre, porque he aquí, de cierto os digo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno. "Y yo soy en el Padre, y el Padre en mí, y el Padre y yo somos uno." (3 Nefi 11:23-27.)

El bautismo es el medio por el cual somos admitidos en la Iglesia del Señor, y al mismo tiempo nos provee la remisión de los pecados para que podamos entrar en su remo libres de toda culpa. Sin embargo, el significado del bautismo va mucho más allá de esto: es un recordatorio constante de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesucristo, y es administrado teniendo eso presente. Por lo tanto debe ser llevado a cabo por inmersión.

En el modo apropiado de bautismo somos sepultados en el agua a la manera en que Cristo fue sepultado en la tumba; salimos de la misma forma en que Cristo resucitó del sepulcro. De este modo, el bautismo se transforma en un símbolo y un constante recordatorio de la victoria alcanzada por Cristo sobre la muerte y de la seguridad que El nos da de que toda la humanidad habrá de levantarse una vez más, aun como El lo hizo, en forma física e íntegra; pues así como en Adán todos mueren, en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15:22).

El bautismo, entonces, como símbolo de la parte vital de la expiación del Señor, llega a ser una de nuestras ordenanzas más sagradas y esenciales; el Señor mismo la ha salvaguardado contra toda disputa (véase 3 Nefi 11:28-30), contra todo cambio en la forma de administrarla, y aun contra aquellos que buscan eliminarla en forma total.

Parte de esa salvaguardia es la prescripción divina de las mismas palabras que deben ser pronunciadas por el poseedor del sacerdocio que oficia en la ocasión. No sirve cualquier palabra. El Señor no dejó esta ceremonia supeditada al deseo individual de cualquiera que deseara llevarla a la práctica. El bautismo es vital e inalterable y debe ser ejecutado en la forma precisa que fue prescrita por intermedio de una revelación directa.

Puesto que la totalidad del procedimiento del bautismo fue tan cuidadosa y explícitamente establecida por el Señor mismo, no debe llamarnos la atención de que El hubiera establecido el texto específico a utilizarse antes de sumergir a la persona en el agua. Por lo general nos referimos a ese texto como una oración, aun cuando se le pronuncia más que nada como una sagrada declaración.

"El bautismo se debe administrar de la siguiente manera a todos los que se arrepientan:

"La persona que es llamada de Dios, y que tiene autoridad de Jesucristo para bautizar, entrará en el agua con el o la que se haya presentado para el bautismo, y dirá, llamándolo o llamándola por nombre: "Habiendo sido comisionado por Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

"Entonces lo sumergirá, o la sumergirá, en el agua y saldrán otra vez del agua." (D. y C. 20:72-74.)

El bautismo así administrado se convierte en un convenio entre la persona y el Señor. En ese convenio literalmente tomamos sobre nosotros el nombre de Cristo, con toda la responsabilidad que tal acto trae aparejada, y mediante la inmersión prometemos al cielo nuestra "determinación de servirle hasta el fin". Ese es el convenio.

La escritura da la siguiente explicación:

"Además, por vía de mandamiento a la Iglesia concerniente al bautismo: Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, testificando ante la Iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados y que están listos para tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiestan por sus obras que han recibido el Espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su Iglesia por el bautismo." (D. y C. 20:37.)

Por lo tanto, el bautismo logra las siguientes cosas:

Que reconozcamos y aceptemos el sacrificio expiatorio del Salvador.

Al aceptarlo "nos humillamos a nosotros mismos y llegamos ante El con corazones quebrantados y espíritus contritos", y manifestamos nuestro completo arrepentimiento de todos nuestros pecados, haciéndonos, de ese modo, acreedores a recibir la sangre de Cristo que nos limpiará de nuestra culpa.

Recibimos una remisión de los pecados de los cuales nos hayamos arrepentido.

Tomarnos sobre nosotros el nombre de Cristo.

Nos determinamos a servirle por el resto de nuestros días.

Nos hacemos acreedores a las ministraciones del Espíritu Santo.

Llegamos a ser miembros de la Iglesia y reino del Señor aquí en la tierra.

Y todas estas cosas son presentadas mediante las pocas palabras que se proveen en la revelación, pronunciadas por el poseedor del sacerdocio que oficia en el nombre del Salvador. Ya sea que la llamemos una oración o una declaración, es de todos modos un acto de compromiso.

El profeta Ezequiel explicó con más detalles la actitud del Señor en cuanto a la remisión de los pecados cuando dijo:

"El alma que pecare, ésa morirá: el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.

"Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y justicia, de cierto vivirá; no morirá.

"Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá.

"¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?" (Ezequiel 18:20-23.)

Sin embargo, el Profeta también hace referencia a aquel que no se arrepiente cuando dice:

"Mas si el justo se apartare de su justicia y cometiere maldad, e hiciere conforme a todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta; por su rebelión con que prevaricó, y por el pecado que cometió, por ello morirá" (versículo 24).

En el capítulo 33 del libro de Ezequiel también leemos:

"Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos. volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?.

"Y tú, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: la justicia del justo no lo librá el día que se rebelare; y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se volviere de su impiedad; v el justo no podrá vivir por su justicia el día que pecare.

"Cuando yo dijere al justo: De cierto vivirás, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no serán recordadas, sino que morirá por su iniquidad que hizo.

"Y cuando yo dijere ai impío: De cierto morirás; si él se convirtiere de su pecado, e hiciere según el derecho y la justicia,

"Si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, y caminare en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá. No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido; hizo según el derecho y la justicia; vivirá ciertamente.

"Luego dirán los hijos de tu pueblo: No es recto el camino del Señor; el camino de ellos es el que no es recto.

"Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello.

"Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello."
(Ezequiel 33: 11-19.)

La remisión de los pecados se recibe mediante la ordenanza del bautismo, y éste a su vez se basa en la expiación de Cristo en el Calvario. Ese sacrificio permitió que la remisión de los pecados se hiciera realidad. Fue ese sufrimiento lo que pagó nuestra deuda, siempre que la aceptemos; de otro modo, no habría perdón para nuestros pecados.

Se nos enseña en las Escrituras que donde hay una ley hay también un castigo en el caso de transgresión. Alma explicó esto a su hijo Coriantón cuando le dijo:

"Y no se podía realizar el plan de la misericordia sin que hubiese una expiación: por tanto, Dios mismo expía los pecados del mundo, para realizar el plan de la misericordia, para apaciguar las demandas de la justicia, para que Dios sea un Dios perfecto, justo y misericordioso también.

"Mas el arrepentimiento no podía llegar a los hombres sin que hubiese un castigo que fuera también tan eterno como la vida del alma, en oposición al plan de la felicidad, tan eterno también como la vida del alma. Y ¿cómo podría un hombre arrepentirse, si no hubiese pecado? ¿cómo podría pecar, si no hubiese ley? y ¿cómo podría haber ley, si no hubiese castigo?

"Mas se fijó un castigo, y se dio una ley justa para traer el remordimiento de conciencia ai hombre.

"Pues de no haberse dado una ley. de que el hombre que mata debe morir, ¿tendría miedo de morir, si matase?

"Y si tampoco hubiese ley contra el pecado, los hombres no tendrían miedo de pecar.

"Y si no hubiese ley, ¿qué podría hacer la justicia si los hombres pecasen? ¿o la misericordia? Pues no tendrían derecho sobre el hombre.

"Mas se ha dado una ley, se ha fijado un castigo y se ha concedido un arrepentimiento, el cual la misericordia exige; de otro modo, la justicia demanda al ser viviente y ejecuta la ley, y la ley impone el castigo; pues de no ser así, las obras de la justicia serían destruidas, y Dios dejaría de ser Dios.

"Mas Dios no cesa de ser Dios, y la misericordia reclama al que se arrepiente; y la misericordia viene a causa de la expiación; y la expiación lleva a cabo la resurrección de los muertos; y la resurrección de los muertos hace que los hombres vuelvan a la presencia de Dios; y así son restaurados a su presencia, para ser juzgados según sus obras, de acuerdo con la ley y la justicia.

"Pues he aquí, la justicia ejerce todos sus derechos, y también la misericordia reclama cuanto le pertenece; y así, nadie se salva sino el que verdaderamente se arrepiente." (Alma 42:15-24.)

El apóstol Juan enseñó:

"Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley: pues el pecado es infracción de la ley" (1 Juan 3:4).

Y el Señor le dijo a José Smith: "...justicia y juicio son el castigo que prescribe mi ley" (D. y C. 82:4).

Sin embargo, la misericordia divina entra en escena mediante la gracia de Cristo, quien por su propia voluntad sufrió por nosotros si acaso nos arrepentimos. Tal como el Salvador mismo lo explicó: "Porque, he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten" (D. y C. 19:16).

Isaías, en sus maravillosas predicciones concernientes a Cristo, explicó claramente el sufrimiento vicario del Salvador en nuestro beneficio:

"Ciertamente llevó El nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... El herido fue por nuestras rebeliones; molido por nuestros pecados... y por su llaga fuimos nosotros curados... Jehová cargó en El el pecado de todos nosotros... Por la rebelión de mi pueblo fue herido... habiendo El llevado el pecado de

muchos, y orado por los transgresores." (Véase Isaías 53.)

Juan el Bautista dijo a sus seguidores al pasar Jesús por el lugar:

"He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29).

Por su parte, el apóstol Pedro escribió: "...fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles... sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo..." (1 Pedro 1:18-20).

Pablo dijo a los Corintios que "Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (1 Corintios 15:3); y a Timoteo declaró que Cristo "se dio a sí mismo en rescate por todos" (1 Timoteo 2:6).

Bien se sabe que Jesús sufrió en el Jardín de Getsemaní de tal forma que sudó sangre. Su agonía en la cruz trasciende toda descripción; mas allí murió por nosotros, para que si en verdad nos arrepentimos y le servimos, su sufrimiento pague la pena de nuestras transgresiones.

Nos dio el sagrado símbolo de la crucifixión, de la misma forma que el de su sepultura y su resurrección. Ese símbolo es el sacramento de la Cena del Señor. Esta sagrada ordenanza fue instituida para que tuviéramos siempre presente lo que el Señor hizo por nosotros en el Calvario.

Como sabemos, el pan representa su mutilada carne, mientras que el agua nos trae a la memoria su sangre derramada en nuestro beneficio.

Con gran solemnidad el Salvador partió el pan y lo dio a sus discípulos, tanto en Palestina como en la antigua América:

"Y haréis esto", les dijo, "en memoria de mi cuerpo que os he mostrado. Y será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí. Y si os acordáis siempre de mí, tendréis mi Espíritu con vosotros.

"Y sucedió que cuando hubo pronunciado estas palabras, mandó a sus discípulos que tomaran del vino y bebieran de él, y que dieran también a los de la multitud para que bebiesen.

"Y aconteció que así lo hicieron, y bebieron, y fueron llenos; y dieron a los de la multitud, y éstos bebieron, y fueron llenos.

"Y cuando los discípulos hubieron hecho esto, díjoles Jesús: Benditos sois por esto que habéis hecho; porque esto cumple mis mandamientos y testimifica al Padre que estáis dispuestos a hacer lo que os he mandado.

"Y siempre haréis esto por todos los que se arrepientan y se bauticen en mi nombre; y lo haréis en memoria de mi sangre que he vertido por vosotros, para que podáis testificar al Padre de que siempre os acordáis de mí. Y si os acordáis siempre de mí, tendréis mi Espíritu con vosotros." (3 Nefi 18:7-11.)

El Señor nos dio el texto exacto de las oraciones que deben usarse en la administración de la Santa Cena. Se les dio el texto a los nefitas (Moroni 4 y 5), y presumiblemente también se les diera a los cristianos de la Iglesia primitiva, puesto que el evangelio no varía.

Nosotros lo recibimos por medio de la revelación al profeta José Smith, siendo la primera de tales oraciones para la bendición del pan, y la segunda, como es evidente, para bendicir el agua. (Adviértase que el Señor nos instruyó en el sentido de que no usáramos el vino del mundo.)

"Oh Dios. Padre Eterno, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo, te pedimos que bendigas y santifiques este pan para las almas de todos los que participen de él, para que lo coman en memoria del cuerpo de tu Hijo, y den testimonio ante ti. oh Dios. Padre Eterno, que desean tomar sobre sí el nombre de tu Hijo y recordarle siempre, y guardar sus mandamientos que él les ha dado, para que siempre tengan su Espíritu consigo. Amén.

"La manera de administrar el vino: Tomará también la copa y dirá:

"Oh Dios, Padre Eterno, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo, te pedimos que bendigas y santifiques este vino para las almas de todos los que lo beban, para que lo hagan en memoria de la sangre de tu Hijo que fué vertida para ellos; para que den testimonio ante ti, oh Dios. Padre Eterno, de que siempre se acuerdan de él, para que tengan su Espíritu consigo. Amén." (D. y C. 20:77-79.)

Estas oraciones nos señalan claramente el convenio en el que entramos al participar de los emblemas sacramentales:

Comemos el pan en memoria de la carne del Señor.

Bebemos de la copa en memoria de su sangre, que fue derramada en nuestro beneficio.

Declaramos que estamos dispuestos a tomar sobre nosotros el nombre de Cristo.

Al participar de tales emblemas declaramos que siempre le recordaremos. Hacemos convenio de guardar sus mandamientos para poder tener su Espíritu con nosotros.

¿Puede acaso existir un convenio más solemne que éste? Y es sellado mediante nuestra participación de tales emblemas de su pasión, sufrimiento del que el Señor dijo:

"...hizo que yo, aun Dios, el más grande de todos, temblara a causa del dolor, y echara sangre por cada poro, y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu..." (D. y C. 19:18).

Por consiguiente, estas oraciones no solamente sirven para bendecir los emblemas sacramentales, sino que además nos ponen bajo solemnes convenios de obediencia. Esto debemos recordar cada semana al decir "Amén" cuando las oímos, sellando nuestra promesa mediante la participación de tales emblemas.

¿Hay acaso oraciones más significativas en todo el evangelio? ¿No necesitamos acaso ser más conscientes de su significado? ¿No necesitamos obtener un entendimiento más profundo y un mayor aprecio por la expiación del Señor, sobre la cual todo esto está basado?

Estas son, por lo tanto, las oraciones que el Señor nos ha dado mediante revelación: Las dos oraciones sacramentales y el texto para la ordenanza bautismal, al cual por lo general nos referimos como una oración.

El Señor nos invita a orar siempre, con nuestra familia, por nuestros negocios y en todas las cosas según lo expresó al decir:

"Acercaos a mí, y yo me acercaré a vosotros; buscadme diligentemente, y me hallaréis; pedid, y recibiréis; tocad, y se os abrirá;

"Cualquier cosa que le pidieréis al Padre en mi nombre os será dada, si fuere para vuestro bien;

"Y si pidieréis algo que no os conviniere, se tornará para vuestra condenación." (D. y C. 88:63-65.)

NUESTRAS ORACIONES EN PUBLICO.

Elder Hartman Rector, hijo.

"Y además, te mando que ores, tanto vocalmente como en tu corazón; sí, ante el mundo así como en secreto; en público así como en privado" (D. y C. 19:28).

La oración hecha en público, en forma apropiada, es una expresión de humildad pública, una evidencia de admisión de una necesidad o insuficiencia dentro de un grupo reunido, una expresión de confianza en un poder superior, un reconocimiento de que Dios, de hecho, existe. Tal comunicación es una expresión de creencia y además, así lo esperamos, de la que debe acompañar la acción justa, y constituye la manifestación pública de la fe colectiva de todos los congregados.

Las oraciones en público se ofrecen para establecer un tono reverente y añadir solemnidad a cualquier ocasión digna. Estas oraciones se ofrecen al comenzar y al finalizar funciones religiosas, algunas culturales y recreativas, y en ciertos lugares, en reuniones de la comunidad o de organizaciones pertinentes. Tales oraciones deben ofrecerse al iniciar cualquier empresa de importancia, pero a menudo revisten el mismo carácter apropiado en sucesos de menor significado. En resumen, la oración es propia de casi toda actividad de la que participa quien ama a Dios.

Siempre que sea posible, una persona debe ser designada por adelantado para ofrecer la oración en público. El escogido debe ser alguien que crea, pues para que aquella sea productiva debe existir la conciencia de la real necesidad de orar y una verdadera confianza en Dios. La persona asignada debe recibir una indicación del tiempo máximo que debe durar la oración dentro de la totalidad del programa y ajustarse al tiempo permitido, debiéndose evitar toda tentación de predicar un sermón mediante la oración. Muchas personas pretenden instruir al Señor en cuanto a Sus deberes, lo cual está totalmente fuera de lugar.

La oración debe, de una manera directa y sucinta, marcar el verdadero espíritu de la ocasión, expresar agradecimiento por las bendiciones recibidas y pedir aquellas que en verdad se necesiten, utilizando un vocabulario específico y evitando las frases y generalidades vagas y rebuscadas; y debe terminarse en el nombre de Jesucristo. Las instrucciones del Señor en cuanto a esto han sido incambiables a lo largo de las épocas. Por ejemplo. El dijo a Moisés:

"Por consiguiente, harás cuanto hicieres en el nombre del Hijo; y te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás" (Moisés 5:8).

En épocas contemporáneas el Señor dio las mismas instrucciones a José Smith cuando dijo: "Pedid al Padre en mi nombre, creyendo en fe que recibiréis..." (D. y C. 18:18).

El lenguaje utilizado en una oración pública debe ser respetuoso, utilizando pronombres personales reverentes. Quien oficia como portavoz del grupo en la oración debe utilizar el "nosotros" en vez del "yo", puesto que la comunicación que está estableciendo es en representación de la totalidad del grupo y no sólo por sí mismo. Es también aconsejable evitar la repetición demasiado frecuente del nombre de Dios (D. y C. 107:4).

En cuanto a su contenido, la oración debe ser dirigida al Señor y no ser utilizada para impresionar con retórica a quienes escuchan; tampoco debe ser ceremoniosa ni santurróna. La mejor oración pública es aquella que se hace dentro del marco de la sinceridad, la simplicidad y lo específico, teniéndose en cuenta la ocasión en la cual se pronuncia y las condiciones que pueden existir y que afecten a todos los presentes.

La oración pública debe expresar el agradecimiento, las necesidades, los deseos —aun los temores— de la totalidad del grupo representado. Tales oraciones no tienen el objeto de tratar asuntos personales, a menos que exista una necesidad particular, como por ejemplo, el que una persona amada se recupere de una enfermedad. La oración debe ser predominantemente una expresión de agradecimiento, una súplica de ayuda que se eleva a Dios. Debemos también recordar a las Autoridades Generales de la Iglesia en nuestras oraciones, así como a aquellas de estaca y barrio. Debemos apoyarles, no sólo mediante el voto y la adhesión a sus instrucciones, sino también mediante la oración individual y unida en favor de su salud y fortaleza física. Del mismo modo, debemos pedir que la inspiración divina les guíe al presidir sobre los miembros de la Iglesia.

La oración debe ofrecerse con claridad y en un tono de voz que pueda ser escuchado y comprendido

por todos los presentes; no un tono retumbante, ni tampoco tan suave que sólo aquellos que están cerca puedan oír. No debe usarse ningún otro tono de voz que aquel que utilizamos para hablar normalmente. Nuestras oraciones no son canturreadas ni utilizamos tampoco una expresión melódica al orar; no deben ser apresuradas, sino que en todo respecto deben ofrecerse en una forma respetuosa, digna de una petición al Hacedor y Preservador del universo.

Los acontecimientos públicos constituyen una gran oportunidad de unir nuestras oraciones en pos del éxito de la obra del Señor.

"La oración tiene un efecto santificador; une a la Iglesia y hace que las bendiciones de los cielos se derramen sobre la cabeza de los santos. Debemos orar por el éxito y triunfo de todos los programas del reino terrenal del Señor, tras lo cual debemos hacer que nuestras acciones sean un reflejo de nuestras palabras." (Bruce R. McConkie, *Doctrinal New Testament Commentary*, Bookcraft, 1973, 3:65.)

Hay muchos asuntos de interés general sobre los cuales se debe orar al reunimos cuando la fe unida de la congregación puede elevarse al Padre en una súplica. Estos intereses mutuos son permanentes entre nosotros. No debemos esperar a que ocurra una tragedia para en verdad orar fervorosamente al Señor. El objetivo principal de toda oración pública debe ser acercar la congregación a Dios, ser unidos en propósito para alcanzar el éxito en todas nuestras empresas justas. Sin la oración no podemos esperar tener una comunión íntima con nuestro Padre Celestial en lo que atañe a nuestras actividades diarias, ni tampoco debemos dejar de lado la necesidad de que nuestras oraciones sean más productivas mediante el suplemento del ayuno a nuestra preparación.

Nuestro Padre Celestial es constante en su afirmación de que no otorgará nada a sus hijos sin que exista una petición de parte de ellos. Un viejo proverbio judío declara: "Antes de que se conmuevan los cielos, debe conmoverse la tierra." Por tanto, la oración pública debe ser un elemento esencial para asegurar las bendiciones de los cielos sobre una organización.

Es evidente que la oración colectiva es un requisito previo para la prosperidad y el éxito de toda empresa. Pablo indicó ese principio cuando dijo:

"...rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quietos y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador." (1 Timoteo 2:1-3.)

Ciertamente, el gran amante de la libertad y estadista estadounidense, Abraham Lincoln, pensaba de esta forma cuando declaró:

"Es el deber de las naciones, así como el del hombre, labrarse su propia independencia por encima del poder de Dios, confesar sus pecados y transgresiones con humilde congoja; pero aun así, con la firme esperanza de que el arrepentimiento sincero le haga merecedor de la misericordia y el perdón, y lo lleve al reconocimiento de las sublimes verdades anunciadas por las Santas Escrituras y probadas por toda la historia, de que las únicas naciones bendecidas son aquellas que tienen a Dios por su Señor. Y puesto que sabemos que mediante Su ley divina las naciones, al igual que las personas, están sujetas al castigo y a las penurias de este mundo, debernos, con toda justicia, temer que la tremenda calamidad de la guerra civil, que en este momento desoía la tierra, sea un castigo que pesa sobre nosotros por nuestros presuntuosos pecados y que tiene como fin nuestra reforma nacional en carácter de pueblo." (Proclamación, 30 de abril, 1863.)

Teniendo en cuenta que Dios parece castigar a las naciones así como a sus ciudadanos por sus transgresiones, y teniendo presente que las naciones no pueden orar, que el arrepentimiento nacional puede emanar únicamente de los líderes y de los ciudadanos, tales líderes y ciudadanos deben tener siempre presentes los problemas nacionales y sus transgresiones y buscar constantemente al Dios Todopoderoso mediante la oración privada y pública en provecho de la nación.

En todo país, aun cuando la mayoría de sus habitantes disfruten de ciertas comodidades, hay regiones donde las condiciones no son tan favorables. Las razones pueden ser una inundación, un incendio, una sequía o cualquier otra circunstancia trágica; mas estas circunstancias existen constantemente y debemos estar al tanto, condolernos y ayudar en todo lo que nos sea posible. Por cierto, tenemos la responsabilidad de permanecer fieles para que nuestras oraciones colectivas sean eficaces.

En épocas pasadas muchos han sido los estadistas que han establecido la necesidad del

arrepentimiento y las oraciones.

Benjamín Franklin puso de manifiesto su firme opinión en cuanto a la necesidad de la oración en las naciones cuando pidió que se llevara a cabo una oración diaria en la convención constitucional. Los delegados habían debatido por largo "tiempo en forma por demás acalorada, cuando Franklin se puso de pie y sugirió que se invitara todos los días a ministros religiosos para abrir la sesión con una oración a Dios. Su moción no fue aceptada, pues había muy escasos fondos para pagar a un clérigo que ofreciera una oración. Estoy seguro de que el Señor la hubiera reconocido igual si hubiera provenido de Jorge Washington, Tomás Jefferson, o el mismo Benjamín Franklin, como si hubiera salido de labios de un clérigo ordenado.

En 1852 Daniel Webster dijo:

"Si nosotros, o nuestra posteridad, rechazamos la instrucción y la autoridad religiosas, violamos las reglas de la justicia eterna y destruimos despiadadamente la constitución política que nos mantiene unidos, nadie puede asegurarnos cuán rápidamente podrá envolvernos una catástrofe que sepultará toda nuestra gloria en la más profunda oscuridad."

Hoy día nos enfrentamos a crisis similares, como las siguientes:

En el año 1976 se realizaron más de un millón de abortos solamente en los Estados Unidos de América.

El consumo de drogas ha alcanzado su nivel más alto en la historia.

En 1976 se halló culpables de robo a 140 millones de personas.

Se calcula que un 76% de empleados roban a sus empleadores.

En los Estados Unidos hay 10 millones de alcohólicos, agregándose un total de 250.000 cada año. También en los Estados Unidos se calcula que una cantidad anual de 1.500 millones de dólares se recoge como ganancia de la venta de alcohol para el consumo humano. Los granos que con tal fin se utilizan podrían ser dedicados a alimentar a 50 millones de personas hambrientas. La mitad de todos los accidentes automovilísticos que ocurren están relacionados de una forma u otra con las consecuencias del alcohol. Además, cada cuarta muerte que se registra en los Estados Unidos es causada por el cáncer y esta enfermedad es lo veces más prevaeciente entre los fumadores que entre aquellos que no lo son.

Las declaraciones de Abraham Lincoln, Daniel Webster y otros grandes estadistas del pasado parecen ser tan apropiadas hoy como lo fueron en el momento de ser pronunciadas hace más de un siglo.

Es el deber de toda nación, así como el de sus ciudadanos, "el lograr su dependencia de los poderes de Dios y confesar sus pecados y transgresiones con humilde pesar".

Es así que la oración pública se transforma en algo vital para asegurar las bendiciones de los cielos a todas las naciones.

LAS ORACIONES PERSONALES.

Elder Marvin j. Ashton.

Frecuentemente, al ser conmovido por las oraciones de los niños pequeños, la verdad de las palabras, "...de cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 18:3), cobran un profundo significado para mí. Por lo tanto, pienso que quizás nuestras oraciones no puedan entrar en el reino de Dios a menos que sean como las de los niños en fe, humildad y propósito.

Parece ser que los niños tienen una forma muy personal de conversar con Dios. Ellos hablan con El sin temor, tal como amigos; sí, parecen hablarle como si estuvieran junto a El. Sus palabras son magníficas en cuanto a lo directas y simples.

Hace poco, oí a mi nieto comenzar su oración de esta manera:

"Padre Celestial, te doy gracias por mi Padre Celestial." He ahí a un niño de cuatro años enseñando una simple pero poderosa lección de gratitud por tener a Dios. Quizás las oraciones de los niños lleguen a su destino directamente porque sus pensamientos no están llenos de rodeos o reservas. Quisiera contaros uno de mis relatos favoritos de oraciones infantiles, tal como fue compartido hace algunos años por el desaparecido presidente George Albert Smith.

"Sobre la mesa de operaciones se encontraba un pequeño huérfano para someterse a una operación de apendicitis. . . Había varios cirujanos presentes en esa ocasión; él los miró y dirigiéndose al que se encontraba a cargo de su caso le dijo: 'Doctor, antes de comenzar con la operación, ¿no oraría por mí?' Asombrado, el cirujano miró al niño y le dijo: 'Pero... yo no puedo orar por ti.' Entonces, el pequeñuelo volvió sus ojos de uno a otro de los que allí se encontraban, preguntándole a cada uno si oráis por él; mas todos se negaron a hacerlo. El niño les dijo: 'Si ustedes no quieren orar por mí. ¿podrían, por favor, esperar un momento mientras yo mismo lo hago?' Luego bajó de la mesa de operaciones, se arrodilló entrelazando las manos y ofreció una oración", diciéndole a Dios: 'Padre Celestial, sólo soy un pequeño huérfano, estoy muy enfermo y estos doctores van a operarme. ¿Puedes, por favor, ayudarles para que lo hagan bien? Y ahora. Padre Celestial, si tú me ayudas a mejorarme te prometo que seré un buen muchacho. Gracias por ayudarme a recuperarme.' Terminada su oración volvió a acostarse en la camilla y miró a los doctores y enfermeras que se encontraban alrededor de él: pero era el único en el quirófano que podía ver, porque los demás tenían los ojos llenos de lágrimas. Entonces les dijo: 'Ahora estoy listo'.

"Unos días más tarde, un hombre se dirigió a la oficina del jefe de cirujanos y le pidió que le relatara la historia del pequeño que había sido operado unos días antes. El le respondió: 'Esa fue una de las experiencias más extraordinarias de toda mi vida. He operado a cientos de hombres, mujeres y niños, y sé que algunos de ellos han orado; pero jamás, hasta que me encontré en la presencia de ese pequeño, había oído a alguien hablar con su Padre Celestial cara a cara.'" (George Albert Smith, *Shanng the Cospel with Others*, Deseret Book, 1948, págs. 144-45.)

Otro importante elemento en la forma adecuada de orar personalmente lo aprendemos del pequeño héroe de un libro de Mark Twain:

"Me estremecí. Decidí orar para ver si podía dejar de ser el tipo de muchacho que era y mejorar; por lo tanto, me arrodillé; pero no podía encontrar las palabras. ¿Por qué no podía hacerlo? No había razón para tratar de ocultarlo... Yo sabía muy bien por qué no podía encontrar las palabras: era porque mi corazón no estaba dispuesto; era porque... yo me aferraba a algo que no era bueno, porque trataba de que mi boca dijera que haría lo bueno y limpio. . . pero muy dentro de mí sabía que era una mentira, y El también lo sabía. Entonces descubrí que no se puede orar una mentira." (Las aventuras de Huckleberry Finn, New York y Scarborough, Ontario: New American Librar, 1959, págs. 208-09.) (Traducción libre.)

. Una de las mayores bendiciones que un niño puede tener es la de haber recibido instrucción para aprender a orar a muy temprana edad. Al reflexionar sobre mi juventud recuerdo a mis padres cuando me ayudaban con mis oraciones antes de acostarme. Algunas de mis primeras palabras las aprendí en las rodillas de mi madre y mi padre cuando ellos me enseñaban a decir expresiones simples como: "Padre Celestial, bendice a mamá y papá; ayúdame a ser bueno. En el nombre de Jesucristo. Amén." Con este comienzo y estímulo no me fue difícil orar a mi Padre Celestial para que El aliviara el dolor de un dedo lastimado, o rogar por su ayuda cuando el perro de la familia fue atropellado por un automóvil. Se me

enseñó que Dios siempre está dispuesto a escucharnos si le hablamos y somos buenos. A muy temprana edad llegué a saber que la buena conducta es parte del precio que tenemos que pagar por la respuesta a nuestras oraciones. En muchas ocasiones en que mis oraciones juveniles no fueron contestadas en forma inmediata, como yo creía que tenían que serlo, jamás volví mi espalda a Dios; en cambio, me reprendía por no ser digno o no saber cómo establecer comunicación con El.

Recuerdo vividamente los "servicios fúnebres" que llevé a cabo, siendo un muchachito, para mi perro Blacki que murió envenenado. Cuando él murió a pesar de mis oraciones cargadas de lágrimas, un par de mis amigos me ayudaron a prepararle un funeral. No creo que hayamos predicado mucho aquel día, pero sí recuerdo todo lo que oramos. Cuando pienso en mis padres, amigos de mi juventud y vecinos, lo hago con gratitud por haber vivido en un hogar y un vecindario donde nadie se burló de nosotros cuando le pedimos a Dios que cuidara de nuestro amigo, que se había ido a vivir con El en el cielo.

A edad muy temprana aprendí que las oraciones son algo personal y que no hay nada que no sea importante para Dios. Antes de que mi madre falleciera recuerdo que muchas veces ella se deleitaba en contarle a mi esposa, en mi presencia, que cuando yo era todavía un niño aprendí a decir mis oraciones solo, porque quería decirlas sin ayuda para que fueran exclusivamente mías.

Con estos antecedentes supongo que no le será muy difícil al lector entender mi actitud con respecto a la oración cuando relate esta experiencia que sucedió hace algún tiempo: Me encontraba viajando en avión desde Salt Lake City a Chicago. El vuelo transcurrió en forma rutinaria y sin dificultad, hasta que nos encontrábamos a unos ciento cincuenta kilómetros de la ciudad de Chicago; en ese momento nos topamos con una tormenta muy severa, con gran turbulencia. El piloto nos dio instrucciones para que nos ajustáramos los cinturones de seguridad y que nos mantuviéramos en nuestros asientos por el resto del vuelo. Mientras volábamos alrededor de Chicago esperando nuestro turno para aterrizar, algunos de los pozos de aire en que caía el avión eran tan severos que nos dejaban sin respiración. El mal tiempo había causado una gran demora en nuestro turno de aterrizaje, y al sentirnos cada vez más incómodos con lo irregular del vuelo, algunos de los pasajeros se pusieron muy nerviosos. Una señora que se encontraba sentada dos asientos detrás del mío reconociéndome y con voz temblorosa me dijo: "Elder Ashton, ¿no le parece que tendríamos que orar?" Yo le respondí: "Yo ya oré esta mañana." Cuando por fin nos encontramos en la seguridad del aeropuerto me sentí satisfecho al descubrir que aquella señora, a quien yo no conocía, no se había ofendido conmigo, sino que todo lo contrario, me agradeció por haberle enseñado una lección.

Las oraciones, para ser eficaces, no deben consistir en palabras solamente. La oración sincera debe ser una mezcla apropiada de sentimiento y espíritu; es este espíritu el que no sólo le enseña al hombre a orar, sino que hace que sus deseos terrenos sean aceptables y puedan ser transmitidos. Si un corazón quebrantado y un espíritu contrito se unen con una fe inalterable, nuestras oraciones, no importa cuáles sean las palabras, tendrán gran significado.

"Y ahora, amados hermanos míos, observo que aún estáis meditando en vuestros corazones; y me duele tener que hablaros sobre esto. Porque si atendieseis al Espíritu que enseña a los hombres a orar, sabríais que os es menester orar; porque el espíritu malo no enseña al hombre a orar, sino que no debe orar.

"Mas he aquí, os digo que debéis orar siempre, y no desmayar; que nada debéis hacer en el Señor, sin antes orar al Padre en el nombre de Cristo, a fin de que El os consagre vuestra acción, y vuestra obra sea para el beneficio de vuestras almas." (2 Nefi 32:8-9.)

Nuestras oraciones personales no necesitan ser muy largas, pero yo creo que sería apropiado recordaros que debéis orar más frecuentemente. Necesitamos dar gracias a Dios en todas las cosas y solicitar su ayuda para que podamos guardar sus mandamientos. Se nos ha dado el mandamiento de orar bajo cualquier circunstancia o doquier nos encontremos. Nuestro espíritu se acerca más al cielo, ansioso por obtener una comunicación constante con la fuente de toda fortaleza. El Salvador compartió con nosotros una hermosa forma de orar que se encuentra registrada en 3 Nefi 19:17-34:

"Y sucedió que cuando todos se hubieron puesto de rodillas en el suelo, mandó a sus discípulos que orasen.

"Y he aquí, empezaron a orar; y oraron a Jesús, llamándolo su Señor y su Dios. Y ocurrió que Jesús se

apartó de entre ellos un poco y se inclinó a tierra, y dijo:

"Padre, gracias te doy porque has dado el Espíritu Santo a éstos que he escogido; y es por su fe en mí que los he escogido de entre el mundo.

"Padre, te ruego que des el Espíritu Santo a todos los que crean en sus palabras. Padre, les has dado el Espíritu Santo porque creen en mí; y ves que creen en mí, porque los oyes que oran a mí; y oran a mí porque estoy con ellos.

"Y ahora, Padre, te pido por ellos, y también por todos los que han de creer en sus palabras, para que crean en mí, para que yo sea en ellos como tú, Padre, eres en mí, para que seamos uno.

"Y aconteció que cuando Jesús hubo orado así al Padre, se acercó a sus discípulos, y he aquí, continuaban orando a El sin cesar; y no multiplicaban palabras, porque les era manifestado lo que debían de pedir, y estaban llenos de anhelo. Y ocurrió que Jesús los bendijo, mientras le dirigían sus oraciones, y su rostro resplandeció sobre ellos, y los iluminó la luz de su semblante; y he aquí, se tornaron blancos como el semblante y también los vestidos de Jesús; y he aquí, su blancura excedía toda blancura, sí, no podía haber sobre la tierra cosa tan blanca como su blancura.

"Y Jesús les dijo: Seguid orando; sin embargo, no cesaron de orar.

"Y otra vez se retiró de ellos un poco y se inclinó a tierra; y oró de nuevo al Padre, diciendo:

"Padre, gracias te doy porque has purificado a los que he escogido por motivo de su fe; y ruego por ellos, y también por los que han de creer en sus palabras, para que sean purificados en mí, mediante la fe en sus palabras, así como son purificados en mí.

"Padre, no te ruego por el mundo, sino por los que me has dado del mundo, a causa de su fe, para que sean purificados en mí, para que yo sea en ellos como tú, Padre, eres en mí, para que seamos uno, y yo sea glorificado en ellos.

"Y cuando Jesús hubo dicho estas palabras, se volvió otra vez a sus discípulos, y he aquí, oraban a él firmemente y sin cesar; y de nuevo resplandeció su semblante sobre ellos; y he aquí, estaban blancos, así como Jesús.

"Y ocurrió que se retiró otra vez un poco de ellos, y oró al Padre;

"Y la lengua no puede pronunciar las palabras que oró, ni puede hombre alguno escribir las palabras de su oración.

"Y la multitud las oyó y da testimonio; y se abrieron sus corazones, y comprendieron en sus corazones las palabras de su oración.

"No obstante, tan grandes y maravillosas fueron las palabras de su oración, que no pueden ser escritas, ni tampoco puede el hombre proferirlas."

El Salvador les decía a todos "seguid orando". El depender diariamente de Dios mediante la oración nos provee fuerza, progreso y desarrollo personal. Yo he tratado de enseñar a mis hijos a orar constantemente, porque conozco el poder de la oración y el consuelo que ésta brinda a! alma. Sé que Dios escucha y responde a nuestras oraciones; en muchas ocasiones El ha oído y respondido a las mías. Mi esposa y yo hemos aprendido a orar en forma individual, en privado y en secreto, para que nuestras oraciones sean contestadas de la misma forma; hemos tratado de orar en forma simple y honesta, incluyendo siempre en nuestra petición las palabras "hágase tu voluntad", dejando en sus manos la forma, el momento y la naturaleza de la bendición para que El conteste en su sabiduría infinita.

Debemos orar sincera y honestamente, alejándonos de las vanas repeticiones.

"Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

"Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.

"No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.

"Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre,

"Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

"El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

"Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

"Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal: porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén." (Mateo 6:5-13.)

Yo tuve la oportunidad de dirigir y supervisar por más de 20 años los equipos de básquetbol de los Hombres M en la Iglesia. Antes de tener esta responsabilidad jugaba mucho al básquetbol, y siempre estaré muy agradecido por las lecciones que aprendí dentro y fuera del rectángulo de juego.

No creo haber jugado nunca en un equipo, incluyendo aquellos en los cuales participé cuando servía de misionero en Inglaterra, que no se uniera en oración antes de un partido; por mi parte siempre consideré muy útil hacer mis propias oraciones en forma privada antes de la oración con el equipo. Usualmente, estas oraciones personales eran una reflexión en silencio mientras me vestía con el uniforme del equipo. En varias ocasiones, mientras supervisaba eventos atléticos de la AMM, alenté a los equipos y jugadores a que oraran después de los partidos, igual que lo hacían al principio. Creo que algunos de ellos lo hicieron, pero no muchos.

Recuerdo haber tratado de disciplinarme para orar después de un partido, especialmente luego de una amarga derrota; algunas veces lo hice, pero al reflexionar sobre ello veo que las ocasiones no eran muy frecuentes. Recuerdo haberme justificado luego de esas derrotas diciéndome que no sería honesto dar una oración de gracias cuando "se nos había robado la victoria, porque el árbitro no había sido honesto" o "que siendo un equipo de menor calidad que el nuestro solamente había tenido suerte en los últimos minutos".

"La oración de un padre", por el general Douglas MacArthur, siempre ha sido una de mis favoritas; jamás me canso de su profundidad y sinceridad:

"Oh Dios, dame un hijo que sea lo suficientemente fuerte para reconocer cuando es débil, y valeroso para hacerse frente a sí mismo cuando tenga miedo; que sea orgulloso de no haber cedido en la derrota, honesta; y humilde y generoso en la victoria.

"Dame un hijo que reconozca el valor de la justicia; un hijo que reconozca que el conocerse a sí mismo es la piedra angular de todo conocimiento.

"Te ruego que le guíes, no en la senda cómoda y fácil, sino en la de las pruebas, dificultades y presiones. Deja que él aprenda a hacer frente a las tormentas; deja que aprenda compasión por el derrotado.

"Dame un hijo con un corazón claro y elevadas metas; un hijo que sepa autodominarse antes de tratar de dominar a otros; que aprenda a reír, pero aún así que jamás se olvide cómo llorar; que pueda alcanzar la profundidad del futuro, sin olvidar jamás el pasado. Que le des estos rasgos de carácter, te pido Señor; que le dotes de suficiente sentido del humor para que no esté siempre serio, y nunca se tome a sí mismo demasiado seriamente. Dale humildad para que siempre pueda recordar la simplicidad de la verdadera grandeza, la imparcialidad de la verdadera sabiduría y la humildad de la verdadera fuerza. Entonces, yo, su padre, me atreveré a susurrar: 'No he vivido en vano.' (Robert B. Fox, Pray Without Ceasing, Desert Book, 1961, pág. 12.)

Al asesorar a jóvenes parejas que están por casarse, Y con aquellas ya casadas, siempre les sugiero las oraciones diarias. Una pareja que se encuentra unida en comunicación con Dios mediante la oración recibe diariamente una fuerza y un poder muy peculiares. Sugiero que los cónyuges se turnen para ser los voceros en la oración, y puedan así elevar sus voces de gratitud y dependencia a Dios. El ayudará a aquellas parejas que sincera y dignamente le inviten a su círculo personal y familiar. Ya sea que le imploremos en forma individual o colectiva, Dios se acercará a nosotros tanto como se lo permitamos. En forma familiar, así como en forma individual, necesitamos recordar siempre que debemos colocarnos en una actitud apropiada a fin de poder orar muy a menudo, y recibir la fuerza necesaria para calmar las tempestuosas aguas del día. La oración personal no sólo es poder, sino también preparación.

Todos nuestros pensamientos deben ser orientados hacia el cielo. En una oportunidad Víctor Hugo dijo: "Ciertos pensamientos son en sí oraciones. Hay momentos en que, sea cual sea la posición en que se encuentre el cuerpo, el alma está de rodillas."

Ciertamente toda alma tiene un sincero deseo de orar. La oración personal es una señal de fuerza, una señal de dependencia; es el reconocimiento de que existe alguien muy superior a nosotros de quien necesitamos poder y guía.

Mientras me encontraba predicando el evangelio en Inglaterra, durante los primeros días de mi misión, un hombre me dijo que uno de sus vecinos era miembro de la Iglesia de Jesucristo Reorganizada y que estaba esperando la oportunidad de que los misioneros llegaran a llamar a su puerta.

Me hablaron de ese vecino como una persona que odiaba a la Iglesia y que estaba ansioso por tener la primera oportunidad para humillarnos y avergonzarnos. La persona con la cual yo hablaba me invitó entonces a "hacer frente" a su vecino, y luego, cortesmente me cerró la puerta. Al encontrarme allí parado y siendo compañero mayor, con sólo dos meses de experiencia en la misión, me pregunté si mi compañero y yo estaríamos preparados para ese tipo de confrontación.

Entonces decidí ofrecer una oración en silencio, mientras me encontraba tratando de decidir si debía evitar lo que podría transformarse en una situación no muy placentera. En el fondo de mi corazón sabía que iba a llamar a esa puerta; por lo tanto, oré a Dios pidiéndole habilidad para poder lograr un amigo.

Llamamos, se nos invitó a que pasáramos y que nos sentáramos con la pareja. De inmediato nos dimos cuenta de que aquel hombre nos había invitado a pasar para poder polemizar con nosotros en la intimidad de su hogar. Bajo aquellas circunstancias, muy difíciles para nosotros, escuchamos cortésmente; yo sentía que el Señor nos estaba ayudando a evitar una discusión. Cuando se nos dio la palabra, recuerdo que lo único que les comunicamos fue nuestro testimonio, y al final de la visita nuestro nuevo amigo terminó comprándonos un ejemplar del *The Millennial Star* (periódico de la Iglesia), y nos invitó para que volviéramos a visitarlo. Jamás olvidaré la satisfacción personal que sentí al alejarme de su casa, satisfacción que fue el resultado de la oración de dos élderes que, en forma combinada, no tenían más de tres meses de experiencia en el campo misional.

Las oraciones personales pueden ser contestadas de diversas maneras. Dios nos responde, ya sea que oremos con la congregación, en privado, en forma de canción o por medio de la meditación. Diga quien diga las palabras "Guíadme, enseñadme, por sus vías a marchar", ¿no son acaso aceptables ya sea que salgan

de los labios de los niños o que provengan de un humilde corazón de adulto? El Señor está dispuesto a ayudarnos de día o de noche, bajo cualquier circunstancia; de esto yo os doy mi testimonio.

"Consulta al Señor en todos tus hechos, y El te dirigirá para bien; sí, cuando te acuestes por la noche, acuéstate en el Señor, para que El te cuide mientras duermes; y cuando te levantes en la mañana, rebose tu corazón de gratitud hacia Dios; y si haces estas cosas, serás exaltado en el postrer día:" (Alma 37:37.)

Debemos prepararnos constantemente para hacer la voluntad de nuestro Padre: El nos escuchará y nos permitirá entrar en su reino de acuerdo con nuestra fidelidad. Si le adoramos y oramos a El con nuestros labios solamente, nuestras oraciones no serán oídas. Las oraciones personales de los justos y de los sinceramente arrepentidos son de gran gozo para nuestro Padre.

"No todo el que me dice: Señor. Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

"Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor. ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

"Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad." (Mateo 7:21-23.)

El profeta Brigham Young dijo: "La oración mantiene al hombre alejado del pecado, y el pecado mantiene al hombre alejado de la oración".

Que podamos vivir en forma tal que nuestro espíritu contrito y nuestro corazón humilde hagan posible una comunicación continua con Dios. Recordemos que el pecado puede mantener a la humanidad alejada de la oración, y así lo hace. Ruego a nuestro Padre Celestial que nos ayude a que nuestras oraciones personales sean como las de los niños, y que podamos continuar siempre caminando rectamente en Sus senderos.

LA ORACIÓN FAMILIAR.

Presídeme Spencer W. Kimball.

Un destacado escritor y consejero matrimonial escribió: "...los fuertes lazos de vida familiar son indispensables, no sólo para la cultura sino para la supervivencia de cualquier pueblo. En la historia de la humanidad una nación tras otra han seguido este ejemplo (el de degradar la vida familiar y sustituirla por otros moldes), y todas han desaparecido... Por el bien de la comunidad, por la existencia misma de una nación, una de las primeras preguntas que debemos hacer cuando se propone un cambio en la cultura debe ser: '¿Fortalecerá a la familia?' " (Dr. Paul Popenoe, Family Life, septiembre de 1972).

Desde el principio, el Señor organizó su programa de esta forma, con un padre que procrea, provee, ama y dirige, y una madre que concibe, da a luz, nutre, alimenta y enseña. Podría haberlo organizado de otra manera, pero decidió tener una unidad que fuera responsable y tuviera relaciones significativas, donde los hijos se educan y disciplinan el uno al otro llegando a amarse, honrarse y apreciarse mutuamente. La familia es el gran plan de la vida tal como fue concebido y organizado por nuestro Padre en los cielos.

Para cualquier ser inteligente debe ser obvio que la relación íntima de una pareja sin el beneficio del matrimonio es pecado; que los hijos sin padres y vida familiar son una tragedia; que la sociedad sin la vida familiar básica no tiene fundamento, y se desintegrará en la nada perdiéndose en el olvido.

El Padre sabía muy bien todo esto cuando en noviembre de 1831 dio a sus hijos el siguiente mandamiento en el cual no hay lugar a dudas sobre el hecho de que la familia debe existir, sino que por el contrario, se da por sentado y se le manda: "Y además, si hubiere en Sión... padres que tuvieren hijos... han de enseñarles a orar y andar rectamente delante del Señor" (D. y C. 68:25, 28).

En cierta oportunidad, mientras me encontraba conversando con nuestros líderes en un país extranjero en el cual sus hijos se encontraban expuestos a distintas ideologías, les pregunté cómo podían los padres mantener control sobre esos hijos y mantenerlos alejados del pecado. Su respuesta fue muy natural y adecuada:

"Nosotros educamos a nuestros hijos en nuestros hogares con respecto a la verdad en tal forma que las destructivas filosofías mundanas de otros maestros resbalen sobre ellos sin afectarles, de igual manera que el agua resbala en las plumas de un pato; y así se mantienen firmes en la fe."

Esa es la respuesta: Vida familiar, vida hogareña, noches de hogar y padres dedicados y abnegados; esa es la forma en que el Señor quiere que sean nuestras vidas.

Hace más de una década un comandante en la fuerza aérea estadounidense habló de sus vuelos de prueba: Había nacido de buenos padres, quienes le enseñaron a vivir rectamente; tenía más de 4.000 horas de vuelo efectuadas en 25 aviones militares distintos; había tomado parte en 142 misiones de combate y había recibido muchas medallas por su heroísmo. Nos dijo:

"Antes de cada despegue, el piloto dedica algunos minutos a hacer una revisión de los motores del avión, los controles, el sistema hidráulico y otros sistemas esenciales en la máquina para asegurarse de que el vuelo pueda comenzar por lo menos con cierto margen de seguridad... Sus reacciones a cualquier emergencia deben ser instintivas e infalibles, hasta donde los reflejos humanos lo permitan.

"Sin embargo, hay algo que falta en la lista que se nos da para la verificación de instrumentos, y que para mí se ha transformado en algo tan necesario como el bajar las ruedas para aterrizar: es una oración para pedirle a mi Padre Celestial que me bendiga, a fin de que pueda utilizar mi mejor juicio y habilidad y que guíe mis acciones especialmente en momentos de tensión. Ha habido oportunidades en las que he recibido la respuesta a esa oración en una forma tan súbita que me ha impresionado."

Habiendo nacido de buenos padres en un hogar ejemplar, y habiendo tenido la guía adecuada en su infancia, niñez y juventud, parecía no tener miedo y se sentía seguro en su peligroso trabajo. No tenía miedo porque estaba preparado y conocía el poder de esta promesa del Señor: "...Mas si estáis preparados, no temeréis" (D. y C. 38: 30).

Esta preparación comienza durante el aprendizaje en la infancia, que es cuando nace la fe y se establece el carácter. Si a temprana edad los niños aprenden a comunicarse con el Señor y se les enseñan las responsabilidades del tiempo y la eternidad, usualmente reaccionarán en forma apropiada en los

momentos de emergencia; si concienzuda y fielmente han hecho todo lo que de ellos se espera, no cometerán grandes errores. Alma, el profeta nefita insistió:

"...es menester que derramáis vuestra alma en vuestros aposentos, en vuestros sitios secretos y en vuestros yermos" (Alma 34:26).

Isaías promete un gran legado a nuestros hijos: "Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos" (Isaías 54:13).

Estoy seguro de que todo padre desea para sus descendientes esta paz, la cual se logra con la simple vida de un verdadero Santo de los Últimos Días que hace de su hogar y su familia lo más supremo.

"Orad al Padre con vuestras familias, siempre en mi nombre, para que sean bendecidas vuestras esposas e hijos" (3° Nefi 18:21).

¿Es eso mucho pedir?

En cierta oportunidad me encontraba en la ciudad de Idaho Falls, como huésped de una típica familia de miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Esta familia se componía de varios hijos y una pareja de padres dedicados. El mayor de los hijos estaba cumpliendo el servicio militar en las islas del Pacífico y el corazón de los integrantes de su familia le seguía de lugar a lugar. Me mostraron una carta que habían recibido de dicho joven desde el campo de batalla. Esto es lo que leí:

"En muchas ocasiones estuvimos tan asustados que temblamos de miedo; pero el temor se alejaba de nosotros mediante la oración y el conocimiento de que el Señor nos guiaba. Papá, yo amo mi religión y estoy orgulloso de haber tenido personas como tú y mamá que me enseñaron a orar. Y también sé que por las mañanas y por las noches todos ustedes oran por mí. "

La espiritualidad nace en el seno de la familia y se nutre en las noches de hogar, en las oraciones familiares y en la asistencia a las reuniones dominicales como núcleo familiar. Esta espiritualidad, fundamento de nuestra vida, viene a nuestro rescate cuando las emergencias nos acosan.

La siguiente historia proviene de la Segunda Guerra Mundial, y su personaje principal es un joven nativo del Estado de Utah, que fue llamado a luchar por su patria en un suelo extranjero.

Para saber la hora del lugar en que se encontraba él llevaba en la muñeca un reloj de pulsera, mientras que en el bolsillo tenía un antiguo reloj que le había regalado su padre, que marcaba una hora completamente diferente a la local. Sus compañeros notaron que frecuentemente el joven solía mirar la hora en su reloj de pulsera, para luego sacar el de bolsillo y mirarlo detenidamente. Curiosos, le preguntaron cuál era la razón por la cual llevaba dos relojes, a lo que él, sin avergonzarse, replicó:

"El reloj de pulsera me indica la hora del lugar donde nos encontramos, mientras que el de bolsillo que me dio mi padre, mantiene la hora de Utah. Verán", continuó "mi familia es muy unida. Cuando el reloj de bolsillo me indica las cinco de la mañana yo sé que mi padre se está preparando para ordeñar las vacas; por la noche, cuando me muestra que son las 19:30. sé que toda mi familia se arrodilla alrededor de una mesa bien preparada para la cena y en ferviente oración pide a Dios que me proteja, me guarde y me mantenga limpio de las manchas de este mundo. Esos son los motivos que me impulsan a luchar cuando todo parece desmoronarse a mi alrededor. Es fácil saber qué hora es aquí... pero lo que me interesa es la hora de Utah." (Adaptado de Vaughn R. Kimball, "The right time at home", Reader's Digest, mayo de 1944, pág. 43.)

A pesar de sólo conocer ligeramente a aquel joven marino yo conocía muy bien a su padre. Sus vacas tenían que alimentar a una numerosa familia, pero su mayor interés radicaba en el desarrollo de sus hijos, que necesitaban algo más que los alimentos diarios. En ocasiones rae arrodillé en ferviente oración con esa extraordinaria familia. Las enseñanzas que recibieron los han llevado a alcanzar bendiciones eternas.

Mis amados hermanos y hermanas, pensad en lo que podría ser este mundo si todos los miembros de la Iglesia se postrarán en oración por la mañana y la noche, tal como lo hace esa familia. ¡Qué diferente sería si todos los centenares de millones de familias en todo el mundo orasen diariamente por sus hijos! ¡Y qué hermoso sería el mundo si mil millones de familias de toda la tierra participasen en la noche de hogar y las reuniones dominicales de nuestra Iglesia, y se arrodillasen al unísono derramando sus corazones al Señor para beneficio de sus hijos, sus familias, sus líderes y sus gobiernos!

Ese tipo de familia podría acercarnos a la experiencia de Enoc cuando fue trasladado por su rectitud, y podría marcar el comienzo del milenio. Cuando a Enoc se le preguntó acerca de sí mismo, entre otras

cosas él respondió: "Mi padre me enseñó conforme a todas las vías de Dios" (Moisés 6:41).

Y Enoch anduvo con Dios, y no estuvo más en esta tierra, porque Dios lo llevó a su propio seno; él y su pueblo habitaban en justicia en la Ciudad Santa, Sión, y Sión fue llevada a los cielos.

Sí, esta es la respuesta: Padres que enseñan en rectitud; obedientes y amorosos hijos; lealtad a las obligaciones familiares. Estas cualidades en el hogar son requisitos básicos para formar el carácter y dar seguridad a la vida de nuestros hijos.

ENSEÑEMOS A NUESTROS HIJOS A ORAR.

Elder Vaughn J. Featherstone.

En verdad, la familia como unidad es la organización más importante tanto en esta vida como en la eternidad. El presidente David O. McKay dijo: "Ningún éxito en la vida podrá compensar el fracaso en el hogar". El presidente Harold B. Lee declaró: "El trabajo u obra más grande que jamás habremos de hacer tendrá lugar dentro de las paredes de nuestro propio hogar".

Me consta que todo joven tiene una creencia básica en cuanto a la oración. Nosotros, como padres y mediante el ejemplo, debemos enseñarles a nuestros hijos a orar, o sea, proveerles una estabilidad y seguridad que perdure con ellos por el resto de su vida. Los niños que ven a otros miembros de la familia recurrir al Señor en oración aprenden a confiar en la comunión con el Padre Celestial cuando ellos mismos se encuentran en problemas o tienen necesidades.

Yo no crecí en un hogar donde se nos enseñara a orar, ni donde tuviéramos oraciones familiares. Mi padre, aunque miembro de la Iglesia, era inactivo; y me madre se hizo miembro de la Iglesia cuando sus hijos ya éramos algo mayores. Recuerdo que cuando tenía ocho o nueve años de edad fui en varias oportunidades invitado a asistir a la Primaria: recuerdo muy bien las lecciones que allí aprendí sobre la oración. No sabía orar y por lo tanto memoricé la Oración del Señor; en algunas ocasiones sentía como si necesitara decirla varias veces antes de percibir que establecía comunicación con el Padre Celestial. ¡Qué bendición habría sido si hubiera aprendido desde entonces a orar adecuadamente! ¡Cómo desearía haber aprendido los cuatro simples pasos de una oración tal como las maestras de la Primaria los enseñan en la actualidad!

1. Nos dirigimos a nuestro Padre Celestial.
2. Expresarnos nuestra gratitud y amor por El.
3. Pedirnos bendiciones especiales.
4. Finalizar nuestras oraciones en el nombre de Jesucristo.

Tales oraciones, simples y dulces, son escuchadas por nuestro Padre Celestial. Aun a pesar de envejecer, jamás habremos de alcanzar el fin de nuestro desarrollo en relación con nuestra habilidad para expresarnos en las oraciones. Las preocupaciones que imponen nuestra salud, trabajo, bienestar personal, frustraciones, desánimos y vicisitudes, aumentan la intensidad de nuestras oraciones.

¡Qué dulce es la experiencia de que los niños y adolescentes se unan a nosotros en nuestras oraciones familiares! ¡Qué bendición es para ellos el saber que sus oraciones individuales son escuchadas y contestadas por un Padre Celestial bondadoso, sabio y amoroso; y que ellos pueden presentarle sus problemas -sin importar cuán simples puedan parecer- en una oración sincera!

Mi esposa y yo tenemos siete hijos, seis varones y una mujer. Cada uno de ellos aprendió a orar tan pronto como su edad le permitió arrodillarse. Algunas de las oraciones más dulces ofrecidas en nuestro hogar fueron expresadas por nuestros hijos. Nosotros, como adultos, muchas veces olvidamos cuán maleables son los niños y cuánto pueden aprender si les damos la guía y el aliento adecuados. A veces los padres son muy liberales y no ejercen la disciplina adecuada en la enseñanza, pensando que sus hijos no están en condiciones de comprender; pero la verdad es que comprenden mucho más de lo que nosotros suponemos. Ellos pueden aprender a orar aun de pequeños.

Mi esposa se ha arrodillado con nuestros hijos en oración y les ha enseñado cosas específicas que deben decir, conceptos que habrán de fortalecerlos en su vida. Nuestro hijo Paul por ejemplo, tiene tan sólo dos años y medio de edad y va ha estado haciendo sus oraciones por cerca de un año. También se ha estado arrodillando desde que tenía nueve o diez meses. (Claro que alguien tenía que sostenerlo).

Nosotros siempre oramos por otros miembros de la familia, y formulamos pedidos con las siguientes palabras: "Padre Celestial, ayúdanos a estar preparados y ser dignos para ser llamados a servir como misioneros; ayúdanos a ser puros y dignos para poder casarnos en el templo." Mi esposa enseña a nuestro pequeño hijo a incluir esta frase: "Padre Celestial, yo te quiero y sé que tú me quieres a mí." ¡Qué maravillosa fortaleza habrán de generar esas palabras cuando él tenga que enfrentarse a las pruebas de la vida!

Nuestro Padre Celestial es accesible a todos nosotros, se trate de jóvenes o mayores. En mí propia

vida ha habido muchos momentos en los que he sentido una necesidad absoluta y abrumante de la intervención de un bondadoso Padre Celestial. Nuestros hijos aprenden a tener gran confianza en la oración cuando compartimos con ellos estas valiosas experiencias personales.

Cuando nació nuestro quinto hijo, Lawrence, mi esposa tuvo complicaciones en el parto, y el doctor tuvo que permanecer a su lado constantemente. Ella había tenido un sueño que la había asustado mucho: en éste, vio a dos hombres vestidos de negro que se le aproximaban, lo que le hizo temer que se tratara de una advertencia de que no habría de salir con vida del parto. Ya tarde esa noche, el médico me pidió que saliera del cuarto, pues la iba a examinar nuevamente. Profundamente preocupado por mi esposa, me dirigí hacia una de las ventanas que daban hacia la ciudad, y con lágrimas en los ojos, le rogué al Señor que protegiera su vida. Mientras me encontraba orando de esa forma alguien vino corriendo por el pasillo en el que me encontraba; vi a una enfermera que se dirigía rápidamente hacia el cuarto de mi esposa, del que poco después salió también precipitadamente para volver con un tanque de oxígeno y entrar de nuevo al cuarto.

Entonces comprendí que mi esposa se encontraba en grande peligro; aunque pensaba que había orado con todo mi corazón, repentinamente comprendí que podía orar con mucho más humildad y súplica, y le prometí al Señor que haría cualquier cosa que me pidiera hacer en la Iglesia, si El le preservaba la vida. Las palabras de mi oración brotaron de cada una de las partículas de mi ser.

A los pocos momentos se abrió la puerta por la que salieron rumbo a la sala de partos. Me hijo Lawrence nació unos instantes después, sano y robusto, y su madre se recuperó en poco tiempo. Nuestras oraciones habían sido contestadas.

Cuando Lawrence tenía trece años estábamos esperando nuestro séptimo hijo y nuevamente comencé a preocuparme por la salud de mi esposa. Traté de no alarmar a la familia; sin embargo, le conté a mi hijo algunas de las dificultades que su madre había experimentado durante el nacimiento de él, lo cual le afectó en gran manera. Cuando llevé a mi esposa al hospital, reuní a mis hijos y les dije que les llamaría y les haría saber del estado de su madre, y si tenían un hermanito o hermanita. Después de nacer Paul, llamé a casa y Lawrence contestó el teléfono; le di las buenas nuevas y le dije que al poco tiempo estaría en casa. Al llegar, les conté a todos mis hijos acerca de su hermanito y les dije que la madre estaba perfectamente bien. Esa tarde, al salir de casa rumbo al hospital, Lawrence me dio una carta para que la entregara a su madre; cuando llegué, después de darle un beso, le entregué la carta. Sus ojos se humedecieron al leerla, después de lo cual me la pasó para que yo la leyera. La carta decía:

"A mi más amada y predilecta madre. ¡Felicitaciones! Cuando papá nos llamó por teléfono y nos dijo que teníamos un hermanito, me puse muy contento. Después que saliste para el hospital me fui a uno de los cuartos y me arrodillé para orar y pedirle al Padre Celestial que te bendijera para que todo saliera bien. Bueno, mi oración fue contestada. Después que papá volvió a casa nos contó los sufrimientos que pasaste durante el parto y cómo te caían las lágrimas del dolor y que aún así fuiste muy valiente. Todavía tengo como un nudo en la garganta.

"Estoy preparándome para rendir una de las pruebas de los Boy Scouts esta semana. Te quiero. Lawrence."

Muy a menudo, la fe es más pura en los niños que en los mayores. Los adultos muchas veces sentimos la tendencia a justificar nuestra falta de fe con nuestro sentido pragmático. Muy a menudo y casi sin pensarlo tenemos preguntas y dudas que llevan a los niños a ir perdiendo su fe hasta que queda al nivel de la nuestra.

Pero los niños en verdad tienen una confianza dulce y segura en el Padre Celestial, que debemos ayudarles a mantener viva.

En ¡a época en que nuestro segundo hijo, David, tenía 12 años de edad, se encontraba solo en la casa una tarde cuando sonó el teléfono. Se trataba de una de las laureles de nuestro barrio que tenía un problema con su automóvil; se le había desinflado una rueda y no podía encontrar a nadie que le pudiera ayudar para arreglarla, por lo que llamaba para saber si a mi esposa, que en esa época era la Presidenta de las Mujeres Jóvenes del barrio, la podía ayudar. David le dijo: "Estoy solo en casa, pero puedo ir en la bicicleta y ayudarle a cambiar la rueda". Cuando colgó el teléfono, comprendió que no le había preguntado dónde estaba. Se dirigió entonces a su dormitorio, se arrodilló y le pidió al Señor que lo guiara

hasta donde se encontraba la jovencita. Entonces salió en la bicicleta y pedaleó directamente hacia donde ella estaba.

Recuerdo una experiencia durante mi juventud que dejó profunda huella en mí, y quisiera compartirla con vosotros. Cuando yo era diácono en el Sacerdocio Aarónico, el miembro del obispado asesor del quórum de diáconos fue a una de nuestras reuniones el domingo anterior al día de Acción de Gracias y dijo: "Espero que no haya ni un solo miembro de nuestro quórum que no se arrodille en oración familiar para bendecir los alimentos el día de Acción de Gracias." Era el año 1943 y nuestro país se encontraba en medio de la Segunda Guerra Mundial. En la clase reconocimos la necesidad de pedir una bendición divina para quienes se encontraban en el servicio militar, al igual que para hacer frente a las dificultades que afectaban a nuestra nación; también hablábamos de las bendiciones que cada uno de nosotros disfrutaba. Entonces se nos recordó nuevamente en cuanto a nuestra oración familiar.

Me sobrecogió un pesado sentimiento de frustración, pues no sabía cómo podría tener mi familia su oración. Mi padre bebía y mi madre no era miembro de la Iglesia en esa época; en nuestra casa jamás habíamos tenido una oración, ni siquiera para bendecir los alimentos. Después de la reunión del quórum continué pensando en lo que se nos había dicho y finalmente llegué a la conclusión de que nuestra familia no podría tener una oración.

Durante la reunión sacramental de esa tarde, el obispo se paró antes de finalizar la reunión y dijo: "Hermanos v hermanas, el jueves es el día de Acción de Gracias. Espero que no haya una sola familia en el barrio que no se arrodille en oración familiar. Debemos expresar nuestra gratitud por la bondad de nuestro Padre Celestial para con nosotros." Más adelante pasó a enumerar las muchas bendiciones que teníamos. Nuevamente sentí que mi alma estaba llena de pesadumbre. Seguí tratando de pensar en una forma en que nuestra familia pudiera tener una oración, y continué pensando sobre el mismo problema el lunes, el martes, y el miércoles. El miércoles por la tarde, mi padre no regresó a casa del trabajo a la hora normal, y yo, sabiendo que se trataba del día de pago, comprendí que estaría satisfaciendo su sed de alcohol.

Cuando finalmente regreso a casa a las dos de la mañana tuvo lugar una discusión. Esa noche me quedé despierto en la cama preguntándome cómo podríamos hacer para tener una oración familiar con tal tipo de contención en nuestro hogar.

En la mañana del día de Acción de Gracias no desayunarnos para tener luego más apetito para la comida. Mis cuatro hermanos y yo salimos a jugar con algunos amigos v decidimos cavar un gran pozo estilo trinchera, para después cubrirlo y hacer una casa para jugar. Allí pasé toda la mañana, pensando en la oración familiar del día de Acción de Gracias y en si alguien tendría la valentía de sugerírselo a mis padres. Pero temía que yo no podría hacerlo. Me preguntaba si mi hermano mayor, quien había sido siempre mi ideal en la vida, se lo insinuaría a mis padres, como él había estado en la misma reunión sacramental y había escuchado la exhortación del obispo.

Finalmente, alrededor de las dos y media de la tarde, mi madre nos llamó para que nos laváramos y preparáramos para la comida. Más tarde todos nos sentamos a la mesa; mi padre en silencio total, ya que no se hablaba con mi madre a causa de la situación pasada. Mi corazón estaba por estallar cuando mi madre trajo una fuente con el hermoso y succulento pavo tradicional de esa celebración en los Estados Unidos. Pensé: ¿No habrá alguien que sugiera que hagamos una oración familiar? Pensé más de una vez acerca de lo que querría decir para hacer la sugerencia, pero las palabras no me salieron. Miré a mi hermano mayor con una oración desesperada de que él dijera algo. Todos se servían los diversos componentes de la cena mientras el tiempo pasaba indefectiblemente; sabía que sí no se proponía la oración inmediatamente sería demasiado tarde. Entonces, como siempre, repentinamente todos comenzaron a comer.

La desesperación llenó mi alma, y aunque tenía mucho apetito -y mi madre era una cocinera maravillosa— no sentía deseos de comer, ¡sólo quería orar!

Aquel día tomé la resolución de que ninguno de mis hijos llegaría al colmo de desear orar y no poder hacerlo porque fuera retraído o no tuviera la valentía de sugerirlo. En nuestra familia tenemos oraciones familiares, oraciones personales y oraciones de bendición de cada comida. Por ser alguien que puede testificar acerca de la diferencia y el contraste entre las familias que no oran y las que lo hacen, conozco

perfectamente el valor de la oración en el hogar y en la vida de cada niño y joven de la Iglesia.

Es conveniente que siempre compartamos con nuestros hijos historias o relatos que sirvan para promover la fe, y que se les pueda enseñar cómo reaccionar a las respuestas de las oraciones y escuchar los susurros del Espíritu. Una de esas historias la relató el presidente Harold B. Lee en la cual habló de que, cuando era muy joven, decidió ir a la propiedad de un vecino para explorar un viejo edificio; al escalar el muro de la propiedad oyó una voz que muy quedamente le decía que no fuera allí; obedientemente reaccionó e interrumpió su pequeña aventura. Como consecuencia de su obediencia él jamás habría de saber cuál habría sido el precio que hubiera tenido que pagar de haber hecho caso omiso al impulso espiritual. Debemos enseñar a nuestros hijos que es mejor no averiguar algo que experimentar las consecuencias de la desobediencia. Satanás utiliza la curiosidad inherente en cada uno de nosotros para tentarnos y llevarnos por su propio camino. Hay cosas que no necesitamos saber o conocer. El presidente Lee no necesitó saber por qué debía permanecer lejos del viejo edificio.

Hace algún tiempo vino a verme a la oficina una pareja profundamente acongojada por algo muy triste que había acontecido a su familia. Tenían un hijo en edad de presbítero, un Scout muy diestro, ganador de varios premios en la Iglesia, buen estudiante, consciente tanto en los estudios como en su trabajo; pero una noche se fue de la casa y no regresó. Ya habían pasado varias semanas y estos padres se encontraban desconsolados.

Les pregunté si le habían rogado al Señor para que les hiciera saber del paradero de su hijo. Ellos me aseguraron que lo habían hecho; entonces les pregunté si habían orado con todas sus fuerzas; a esto también respondieron afirmativamente. Volví a preguntarles si habían orado y suplicado con cada partícula de su ser; entonces la duda los detuvo y me dijeron que tal vez no lo hubieran hecho con cada partícula de su ser. Les dije que volvieran a su hogar y que oraran nuevamente, esta vez con cada fibra de energía y fortaleza que de sí mismos pudiera brotar; ellos me prometieron que así habrían de hacerlo, y esa tarde a las tres la pareja se arrodilló y dedicó una hora a rogar al Señor de rodillas por su hijo... A las seis de la tarde sonó el teléfono. Era su hijo que llamaba de Banff, provincia de Alberta, Canadá; después de hablar con él por unos minutos y saber que se encontraba bien y que no estaba en peligro, le preguntaron por qué los había llamado, a lo que él contestó: "El obispo tuvo una impresión muy fuerte esta tarde de que yo debía llamar a casa. Vino a mi apartamento y me dijo que no se iría hasta que no los llamara."

Debemos enseñar a nuestros hijos que hay cosas en esta vida que demandan nuestra súplica al Señor. Cuando llegamos a comprender que sin su ayuda no podremos lograr nuestros deseos, entonces debemos aprender a suplicar todo lo que sea necesario.

Como padres, nosotros les enseñamos a nuestros hijos a caminar en la luz cuando les enseñamos a orar, y grandes son las bendiciones que se forjan mediante la oración. El Dios de los cielos no esperaría que oráramos si no tuviera la intención de contestar nuestras oraciones. Una de las experiencias más notables de mi vida fue la de arrodillarme en oración con una pareja de cierta edad en la oficina del presidente Spencer W. Kimball; al arrodillarnos juntos sentí el extraordinario amor que el presidente Kimball tiene por nuestro Padre Celestial. Mucho fue lo que él nos enseñó acerca de la oración mediante su ejemplo en esa oportunidad. Como padres, enseñamos más y mucho mejor mediante el ejemplo que mediante el precepto.

En resumen, entonces, permitidme que os sugiera que debemos enseñar a nuestros hijos a orar desde su más temprana edad: ellos necesitan ser instruidos a fin de creer que las respuestas a nuestras oraciones son una realidad; necesitan ver en los padres un ejemplo permanente con respecto a la forma de orar; necesitan comprender que a veces debemos suplicarle al Señor, que debemos humillarnos hasta el polvo de la tierra antes de recibir la respuesta. Nuestros hijos deben aprender que debemos orar como si absolutamente todo dependiera de Dios, para después trabajar y esforzarnos como si todo dependiera de nosotros. Cuando cumplimos nuestra parte del convenio con nuestro Padre Celestial, las respuestas siempre llegan. Y como padres, podemos aprender de nuestros hijos a reconocer el poder que se encuentra en la fe simple, pura y segura. El Señor os bendiga como padres en el cumplimiento de estas sagradas responsabilidades.

LA FE Y LA ORACIÓN.

Elder Joseph Anderson.

Con mucho acierto se ha dicho que el atributo más grande de un hombre o una nación es la fe, que los hombres que forjaron la patria y la hicieron prosperar en sus días más difíciles fueron hombres de fe incommovible, hombres de valentía, de visión, que siempre miraron hacia adelante en lugar de mirar hacia atrás.

Lo mismo se puede decir de quienes establecieron esta Iglesia bajo la inspiración y revelación del Señor, y de los que edificaron sobre los cimientos por ellos dejados. Esos también fueron y son hombres de testimonio infalible y re incommovible.

Creo que jamás existió una mayor necesidad de fe que la que existe en la actualidad; especialmente fe en la guía divina. Los miembros de de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, por regla general, tenemos fe en la dirección divina; pero el mundo necesita fe en Dios, fe en que El es quien rige el mundo. El mundo necesita fe, fe en el Dios de esta tierra, quien es Jesucristo.

Muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de viajar en barco a través del océano; dondequiera que uno mire lo único que puede ver es agua: tan lejos como el ojo puede ver, el cielo baja para reunirse con el mar; el sol sale y se pone por el horizonte. Lo mismo sucede cuando nos encontramos en tierra; el límite de nuestra visión es el horizonte. ¿No es acaso verdadero el hecho de que el límite de nuestra percepción espiritual es el horizonte que vemos?

¿Qué sucede entonces con nuestro horizonte espiritual? ¿Se limita a nuestra lucha actual por los bienes de este mundo? ¿Se limita a una adquisición de las cosas de la carne? ¿Se encuentra acaso nuestro horizonte limitado a nuestra carrera contra el mundo enloquecido por el dinero, para obtener las cosas mundanas? ¿o significa el salir de nuestra esfera para alcanzar la eternidad con Dios y nuestros seres amados en la vida venidera?.

En realidad, debe extenderse a un futuro sin límites, más allá de la muerte, más allá de todo lo relacionado con la naturaleza temporal. Nuestro horizonte del futuro no debe ser confundido con los horizontes cercanos de las condiciones actuales.

Nuestra filosofía de vida percibe una eternidad: vida sin comienzo antes de venir aquí, vida sin fin de ahora en adelante. Nuestra felicidad aquí y en el mundo venidero depende de nuestros hechos en la tierra, por lo cual debemos tratar de esforzarnos por lograr lo mejor que la vida nos ofrezca. El camino que nos guía a la vida eterna debería estar pavimentado con la obediencia a los mandamientos del Señor.

Una vez moramos en el espíritu en presencia de nuestro Padre y nos regocijamos ante la oportunidad de venir a la tierra a tomar sobre nosotros la condición mortal, para pasar así por experiencias que aquí habríamos de encontrar y poder determinar si somos dignos de otras aún más grandes y por ende, de mayores bendiciones.

Encontrándonos en este planeta no disfrutamos de la presencia de nuestro Padre, pero podemos comunicarnos con El y podríamos escuchar su voz si eso fuera necesario. Nos es dado el Espíritu Santo como guía, compañero y vigía, si es que somos dignos de merecer tal bendición.

Para muchos resulta difícil el tener fe en un Ser eterno y en el hecho de que El puede comunicarse con el hombre, de que escucha y contesta nuestras oraciones, de que sea nuestro Padre, el Padre de nuestros espíritus (porque somos seres de naturaleza doble, tanto espirituales como físicos); saber que El nos ama, que nos ha dado mandamientos para que si los aceptamos y obedecemos, nos traigan bendiciones, tanto mortales como eternas.

En tiempos pasados las personas se habrían reído y burlado de cualquiera que hubiera asegurado que llegaría el tiempo en que seríamos capaces de sentarnos cómodamente en nuestro hogar y mirar, observar y oír mediante aparatos de televisión y radio, cosas que suceden en la actualidad, tanto en Europa, como en Asia, Sudamérica o África.

En esta época hemos visto a hombres caminando sobre la superficie de la luna; hemos escuchado los mensajes que enviaron a través del gran abismo del espacio; hemos visto las fotografías que ellos transmitieron.

Todos estos logros son producto de la fe, del trabajo y de la inteligencia. ¿Podemos nosotros hablar

con Dios? ¿Pueden nuestras oraciones, tanto en pensamiento como en palabras, ascender a nuestro Padre Celestial? ¿Posee El el poder para contestarlas?

En el mundo espiritual en que vivimos antes de venir a esta tierra teníamos conocimiento de las cosas, pues las podíamos ver con nuestros propios ojos; ahora, en esta existencia mortal, vivimos por la fe. El Espíritu de Dios da testimonio al espíritu del hombre del hecho de que es un hijo de Dios; de que El nos ama; de que existe un propósito específico para esta vida sobre la tierra, un grandioso y poderoso propósito, un propósito glorioso; de que mediante la obediencia a los mandamientos que se nos han dado podremos lograr conocimiento y comprensión; de que podemos lograr experiencia venciendo la oposición que se nos presente; de que hemos de resucitar de la tumba en el debido tiempo del Señor, y que llegará el momento de regresar a su presencia si es que vivimos dignamente y lo merecemos. Este es el lejano horizonte que jamás debemos perder de vista.

El profeta Alma, del Libro de Mormón, relata una experiencia de su época acerca de cierta gente que fue echada de las sinagogas como consecuencia de su apariencia, gente pobre en cuanto a las cosas del mundo y también pobre de corazón. Estas personas se presentaron ante Alma y, explicándole su situación, le preguntaron qué debían hacer; él les contestó enseñándoles el principio de la fe y la palabra de Dios. Con respecto a la fe les dijo:

"Fe no es tener un conocimiento perfecto de las cosas; de modo que si tenéis fe, tenéis esperanza en cosas que no se ven y que son verdaderas" (Alma 32:21).

Alma continúa entonces comparando sus palabras, que son en realidad las palabras de Dios y el evangelio de salvación, a una semilla que un hombre planta en la tierra; y sugiere que si permitimos que se plante una semilla en nuestro corazón y no la desechemos ni resistimos al Espíritu del Señor, si es una buena semilla crecerá en el pecho; y cuando sienta ese crecimiento, el hombre no podrá menos que admitir que se trata de una buena semilla, porque engrandece el alma, comienza a alumbrar la comprensión y se convierte en algo delicioso para el individuo. Más adelante, cuando la semilla o palabra, o sea, el evangelio, crezca en el alma, la persona sabrá que es una buena semilla y su conocimiento será, por lo tanto, perfecto; entonces esa persona no tendrá más fe, sino conocimiento.

A veces se encuentra gente que dice que no se puede saber con seguridad si el evangelio es verdadero. Tal como lo indica Alma, si cuando escuchamos la palabra de Dios no la desechemos ni resistimos el Espíritu del Señor, el proceso de crecimiento dentro del pecho, el desarrollo del alma y la iluminación del entendimiento son de una naturaleza tal que hacen que la persona sepa que es verdad. Sin embargo, esto es sólo el principio. La semilla debe ser nutrida; o sea, que la persona debe nutrir el testimonio que tiene de que es verdadera viviendo las enseñanzas del evangelio.

Si una persona hace esto, nos dice el antiguo profeta, la semilla se desarrollará hasta alcanzar la estatura de un árbol que brinde fruto. Pero si el árbol no es cuidado, si no arraiga adecuadamente, cuando se haga sentir el calor del sol le afectará de tal manera que se marchitará y morirá. Esto sucede, no por causa de que la semilla de la palabra de Dios no sea verdadera, ni porque el fruto de ésta no sea deseable, sino porque la tierra en que fue plantada era estéril y la planta o árbol no fueron nutridos, motivo por el cual no se puede lograr el fruto que de otro modo podría haberse logrado.

Si por otra parte, la persona dispone de la paciencia y la fe para nutrir el árbol, o sea la palabra de Dios, a medida que pasa el tiempo podrá llegar a arrancar el fruto, que es el más precioso y delicioso al paladar.

Os testifico que si hacéis esas cosas, si en verdad tratáis este experimento con respecto a la palabra de Dios tal como se encuentra en el evangelio de Jesucristo, y vivís de acuerdo con los mandamientos allí establecidos, nutriendo las verdades del evangelio, tendréis el privilegio de saborear ese fruto; vuestra fe será totalmente recompensada y llegará a desarrollarse hasta alcanzar el conocimiento seguro de la verdad del evangelio de Jesucristo.

Nosotros testificamos que cuando la situación lo requiere, la voz de Dios puede ser escuchada por los profetas de los Santos de los Últimos Días; que ellos pueden comunicarse con el Señor sin interferencia, mediante el instrumento de la fe; y aún más, que todos podemos ver a través del velo si lo hacemos de acuerdo con la voluntad del Señor y si nos esforzamos por establecer comunicación con el infinito.

Los Santos de los Últimos Días creen y enseñan que, sin la experiencia de la vida mortal con sus

problemas y logros y sin un cuerpo resucitado, el espíritu del hombre no puede lograr la plenitud de gozo. Nuestra filosofía de vida proyecta una existencia eterna: vida sin comienzo en el mundo preexistente y vida sin fin de ahora en adelante, a través de la eternidad.

Nuestra felicidad en esta vida y en la venidera depende de nuestros hechos sobre esta tierra. Si es que habremos de lograr la meta de la salvación eterna y la exaltación en el reino de nuestro Padre Celestial, debemos sostenernos fuertemente de la barra de hierro, la cual es la palabra de Dios, y obedecer los mandamientos del Señor.

Se cuenta que en una oportunidad Isaac Newton, cuando se encontraba pensando seriamente con respecto a la naturaleza de la luz, hizo una abertura en una cortina y permitió así que un rayo de luz entrara en su cuarto: interpuso a la luz un pedazo triangular de vidrio, lo cual reprodujo con gran belleza todos los colores del arco iris. Fue así que por primera vez en la historia el hombre tuvo conocimiento de que todos los gloriosos colores del universo se encuentran encerrados en un rayo de luz blanca.

Es sumamente importante que vivamos todos los principios del evangelio y que obedezcamos todos los mandamientos que el Señor nos ha dado, si es que deseamos desarrollarnos y acercarnos más a nuestro Padre y a su amado Hijo Jesucristo. No podemos decir: "Sí, creo en la obra misional, creo que es importante, estoy totalmente convertido al plan de bienestar o al maravilloso programa social de la Iglesia para los jóvenes: pero no creo que José Smith fuera un profeta ni que nuestros profetas actuales sean guiados por revelaciones del Señor".

Algunos pueden decir: "Creo el Libro de Mormón, pero no puedo creer que haya sido recibido de un ángel como José Smith lo afirma".

Con una fe fluctuante de ese tipo, ¿cómo puede esperar tener la verdadera luz de Cristo, el verdadero entendimiento y la luz del evangelio? ¿Cómo podemos esperar recibir las bendiciones que el Señor ha prometido a los fieles? Cualquiera que haga a un lado uno de estos principios no habrá de lograr la luz pura y blanca. Si fracasa en su esfuerzo de la fe en todos los principios del evangelio y no tiene la fe necesaria para vivir de acuerdo con ellos, no podrá esperar lograr la luz pura del evangelio en su corazón.

Si disponéis de suficiente fe en Dios como para impeliros a guardar sus mandamientos os acercaréis más a El y El se acercará a vosotros. Vuestra fe llegará a convertirse en conocimiento, y el límite de vuestro horizonte se extenderá hasta el mundo eterno.

Ruego que podamos desarrollarnos en la fe a través del amor y las bendiciones de nuestro Señor y Salvador, y que podamos guardar los mandamientos que El nos ha dado, para que lleguemos a encontrar la salvación y la exaltación de su reino celestial.

EL AYUNO Y LA ORACIÓN.

Elder Robert L. Simpson.

Una de las leyes más descuidadas, pero más necesitadas para esta perturbada generación en nuestro moderno mundo de aceleración y alboroto, es la ley del ayuno. El ayuno y la oración han sido mencionados como una sola función desde los tiempos antiguos. La generación de Adán ayunó y oró, tal como lo hizo Moisés en el Sinaí (Dt. 9:9-11).

El profeta Elías viajó al monte Horeb bajo la influencia del ayuno y la oración, y allí recibió la palabra del Señor: su preparación no fue en vano (1 Reyes 19:8). El consejo de Ester a Mardoqueo al encontrarse el pueblo judío en peligro en Susa destacó el hecho de que él y su pueblo no deberían comer ni beber por tres días, ni de noche ni de día (Ester 4:16). Ese era verdadero ayuno, la abstinencia de alimento tanto como de bebida. Esta continúa siendo la forma de ayuno en la actualidad.

Durante la misión de Cristo en la mortalidad se llevaron a cabo cambios muy significativos; la ley del sacrificio, por ejemplo, fue reemplazada por una ley superior. Se nos dice que después de la visita del Maestro al hemisferio occidental se le dijo al pueblo que continuara perseverando en el ayuno y la oración, reuniéndose a menudo tanto para orar como para escuchar la palabra del Señor (4 Nefi 12). El pueblo obedecía Sus mandamientos tan completa y sinceramente que cesaron las contiendas entre los habitantes de todo el país y los discípulos de Jesús hacían grandes milagros (4 Nefi 13). ¿No sería acaso maravilloso disfrutar de tal condición en la actualidad?

La ley de Cristo ha sido reconocida en la actualidad, porque mediante un Profeta contemporáneo. Él dijo en el año 1832: "También os doy el mandamiento de perseverar en la oración y en el ayuno, desde ahora en adelante." Luego mencionó las enseñanzas del evangelio casi como el producto fundamental del proceso del ayuno y de la oración, diciendo:

"Y os mando que os enseñéis el uno al otro la doctrina del reino.

"Enseñaos diligentemente, y mi gracia os atenderá, para que seáis más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os es conveniente comprender." (D. y C. 88:76-78)

Nadie puede esperar poder enseñar cosas espirituales a menos que el Espíritu le dirija.

"Y se os dará el Espíritu por la oración de fe; y si no recibiereis el Espíritu no enseñaréis.

"Y observaréis todo esto para hacerlo como yo he mandado, concerniente a vuestras enseñanzas, hasta que se reciba la plenitud de mis Escrituras.

"Y al elevar vuestras voces por el Consolador, hablaréis y profetizaréis conforme a mí me plazca;

"Porque, he aquí, el Consolador sabe todas las cosas, y da testimonio del Padre y del Hijo." (D. y C. 42:14-17.)

¿Que maravilloso sería que cada maestro pudiera comprender el espíritu de esta promesa y reclamar este ofrecimiento de sociedad con el Señor, disponible para todo aquel que se encuentre dedicado a la enseñanza de toda verdad!

No hay mejor ejemplo de enseñanza por medio del Espíritu que el de los hijos de Mosíah. El Libro de Mormón nos dice de ellos:

"...se habían fortalecido en el conocimiento de la verdad; porque eran hombres de sana inteligencia, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para poder conocer la palabra de Dios.

"No sólo eso; habían orado y ayunado mucho; por tanto, tenían el espíritu de profecía y el de revelación, y cuando enseñaban, lo hacían con poder y autoridad de Dios" (Alma 17:2-3).

¿Existe acaso algún líder del sacerdocio, o de una organización auxiliar en cualquier lugar de esta Iglesia, que no estuviera dispuesto a dar todas sus posesiones a cambio de tal poder, tal seguridad? Recordad que por encima, de todo y de acuerdo con lo expresado por Alma, ellos se entregaron a mucho ayuno y oración. Como podréis ver, existen ciertas bendiciones que se pueden ver cumplidas solamente si nos conformamos a una ley en especial. El Señor lo expresó en forma muy clara mediante el profeta José Smith cuando declaró:

"Porque todos los que quisieren recibir una bendición de mi mano han de cumplir con la ley que rige esa bendición, así como con sus condiciones, cual quedaron instituidas desde antes de la fundación del

mundo" (D. y C. 132:5).

No creo que el Señor pudiera haber declarado en forma más clara su posición y, en mi opinión, hay muchos padres Santos de los Últimos Días que en la actualidad se privan, y privan a sus hijos de unas de las experiencias espirituales más dulces que nuestro Padre Celestial ha puesto a su disposición.

Además de los ayunos ocasionales dedicados a un propósito especial, se espera que cada miembro de la Iglesia deje de comer dos comidas durante el domingo de ayuno. El abstenerse de dos comidas consecutivas y participar de la tercera, por lo general constituye aproximadamente un período de veinticuatro horas. Ese es el consejo. Primero, la ciencia médica nos dice que nuestro cuerpo se beneficia con ayunos periódicos; esta es la bendición número uno y tal vez la menos importante. Segundo, contribuimos con el dinero ahorrado de las comidas de las que nos abstenemos como parte de la ofrenda de ayuno, para que el obispo lo utilice para ayudar a los pobres y a los necesitados. Tercero, cosechamos un cierto beneficio espiritual que no podríamos conseguir de ninguna otra forma. Esto constituye para nosotros una santificación del alma, del mismo modo que lo fue para algunos pueblos selectos que vivieron hace dos mil años:

"No obstante, ayunaban y oraban frecuentemente, y se volvieron más y más fuertes en su humildad, y más y más firmes en la fe de Cristo, hasta henchir sus almas de alegría y consolación; sí, hasta purificar y santificar sus corazones; santificación que viene por entregar a Dios el corazón" (Helarnán 3:35). ¿No querríais que esto también os aconteciera a vosotros? Sabéis que puede sucederos. La escritura dice que quienes hacían esto henchían sus almas de alegría y consolación. Como se puede comprobar, el mundo en general piensa que el ayuno es un momento de tristeza, de pena, una oportunidad en la que debemos tener aspecto de dolor y piedad; mas, al contrario de lo que el mundo piensa, el Señor nos amonesta a lo siguiente:

"Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

"Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro,

"Para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público." (Mateo 6:16-18.)

Veamos ahora la parte más importante de esta gran ley. Hasta ahora hemos examinado solamente los aspectos que nos bendicen directamente, pero el gozo verdadero se origina en las bendiciones que reciben los pobres y necesitados. Es en el cumplimiento de este maravilloso acto cristiano cuando practicamos la religión "pura y sin mácula", de la cual nos habla Santiago. Yo no puedo pensar en una función cristiana mejor ni más perfecta que la de la religión pura y sin mácula.

Hablando por medio de Moisés el Señor declaró:

"Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da. no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre.

"Sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite.

"Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ellos te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas.

"Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra." (Dt. 15:7-8, 10-11.)

Después de instruir al pueblo durante algún tiempo sobre varios asuntos vitales, Amulek dirigió sus pensamientos hacia los pobres y los necesitados diciendo a la congregación que aunque fueran diligentes en todas las cosas, si despreciaban al necesitado y al desnudo, no visitaban al enfermo y al afligido, y no daban de sus bienes, si los tuvieran, a los indigentes, "os digo que si no hacéis ninguna de estas cosas, he aquí, vuestra oración será en vano y no os valdrá nada, mas seréis como los hipócritas que niegan la fe" (Alma 34: 28).

Sí, la ley del ayuno es una ley perfecta y no podemos ni siquiera comenzar a acercarnos a la perfección hasta que decidamos integrarla a nuestra vida. El momento en que comencéis y finalicéis el ayuno depende totalmente de vosotros; pero ¿no sería bueno finalizar el ayuno encontrándonos en el momento espiritual más elevado para la reunión de testimonios?

La cantidad de dinero que entreguéis al obispo como donación depende también de vosotros. Pero,

no es maravilloso saber que vuestra deuda con el Señor ha sido pagada por vuestra propia voluntad y en forma precisa?.

El motivo que os impulse a ayunar también depende de vosotros. Pero imaginaos que el motivo principal sea simplemente el hecho de que deseáis ayudar a alguien que esté necesitado, ser parte activa de la "religión pura y sin mácula". ¿No aumentaría así vuestra fe y os sentiríais santificados? Es indudable que así sucedería; y además, ¿habéis notado la gran satisfacción que experimentamos en lo más profundo de nuestro ser cuando somos obedientes a los deseos y a la voluntad de nuestro Padre Celestial? Nada puede igualar a la paz mental que sentimos como recompensa por la obediencia a la verdad.

El mundo necesita autodisciplina, y ésta se puede encontrar por medio del ayuno y la oración. Nuestra generación está enferma por falta de autocontrol; el ayuno y la oración ayudan a inculcar esta virtud. El futuro del mundo depende de un impostergable retorno a la unidad familiar; el ayuno y la oración ayudarán a garantizarlo. Cada persona tiene una necesidad mayor de la guía divina, y para eso tampoco existe nada mejor que el acercarse a Dios. Todos necesitamos vencer los poderes del adversario; recordemos que su influencia es incompatible con el ayuno y la oración.

No puede haber mayor gozo que el ayudar a los demás, porque "de cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

Y ahora, quisiera unir mi testimonio al del profeta de la antigüedad cuando declaró:

"He aquí, os testifico que yo sé que estas cosas de que he hablado son verdaderas. Y ¿cómo suponéis que tengo esta certeza?

"He aquí, os digo que el Santo Espíritu de Dios me las ha hecho saber. He aquí, he ayunado y orado por muchos días para poder saber estas cosas por mí mismo. Y ahora sé por mí mismo que son verdaderas; porque el Señor Dios me las ha manifestado por su Santo Espíritu; y éste es el espíritu de revelación que está en mí." (Alma 5: 45-46.)

LA ADVERSIDAD Y LA ORACIÓN.

Obispo H. Burke Peterson.

Una joven madre me comentó en una oportunidad: "Nunca podemos navegar sobre aguas mansas. Cuando no es uno de los niños que está enfermo, hay una lección de Primaria que preparar o un automóvil que se descompone justo antes de la reunión o un lavamanos tapado; hemos padecido todos los problemas que pueda imaginar". Supongo que hay muchas personas cuyo estilo de vida es un fiel reflejo del comentario anterior, aun cuando las particularidades puedan ser diferentes.

A causa de los innumerables problemas que nos rodean y de las pruebas y tribulaciones a las que nos enfrentamos, lo he considerado importante volver a tratar el tema de por qué tenemos adversidades y lo que podemos hacer para vencerlas. Parecería que la vida estuviera colmada de experiencias difíciles que nos ponen constantemente a prueba..

Debemos comprender que una vida con problemas no hace distinción de edad ni de condición social. Nuestra existencia puede estar llena de pruebas, sin tomar en consideración el cargo que uno tenga en la Iglesia ni la condición social dentro de la comunidad; las vicisitudes de la vida se presentan ante los jóvenes y ante los ancianos: afectan tanto al rico como al pobre, al esforzado estudiante como al prestigioso científico, al granjero, al carpintero, al abogado, o al médico; los fuertes padecen pruebas al igual que los débiles, los enfermos tanto como quienes gozan de salud. Sí, las pruebas se presentan tanto para el niño como para el Profeta de Dios, y a menudo parecen ser más de lo que podemos aguantar.

Hay quienes dicen: "Un Padre Celestial que nos llama sus hijos, quien dice amarnos por sobre todas sus creaciones, que dice desear sólo lo mejor para nosotros, que quiere que seamos felices y disfrutemos de la vida en su plenitud —¿por qué permite que nos acontezcan estas cosas si en verdad le somos tan queridos?" Las Escrituras y los profetas tienen para nosotros algunas buenas respuestas.

En el libro de Helamán leemos:

"Y así vemos que si el Señor no castiga a su pueblo con numerosas aflicciones, sí, a menos que lo visite con muerte, con terror, con hambre y toda clase de pestilencias, no se acordarán de él." (Helamán 12:3.)

En una reciente conferencia de estaca el presidente de ésta llamó a un joven padre que había sido recientemente ordenado élder para que dejara su testimonio. Este padre había sido activo en la Iglesia desde joven-cito, mas a lo largo de su adolescencia en cierta forma se había apartado de los principios que le habían sido inculcados en su niñez. Tras regresar del servicio militar se había casado con una encantadora jovencita y recibieron la bendición de los hijos en su hogar. Un día, sin la más mínima advertencia, una trágica enfermedad azotó a su pequeña hija de cuatro años que al poco tiempo debió ser internada en estado crítico en el hospital. En medio de una angustiada desesperación y por primera vez en muchos años, el padre se arrodilló a orar pidiendo fervorosamente que la vida de su hija fuera preservada. A medida que la condición de la niña empeoraba y al darse él cuenta de que no viviría, el tono de sus oraciones cambió; ya no pidió más por la prolongación de la vida de su hija, sino por una bendición de comprensión personal: "Plágase tu voluntad", oraba; al poco tiempo su hija entró en estado de coma, lo cual indicaba que el lapso de su vida en la tierra se acercaba al fin. Fortificados con comprensión y confianza, los jóvenes padres pidieron al Señor un favor más: que permitiera que la niña recobrará el conocimiento aunque fuera una vez para poder estrecharla junto a su pecho. Los ojos de la pequeña se abrieron, sus frágiles bracitos se extendieron hacia su madre y luego hacia su papá para un abrazo final. Cuando el padre la depositó sobre la almohada supo que sus oraciones habían sido contestadas; un Padre Celestial bondadoso y comprensivo había satisfecho sus necesidades. Su voluntad se había cumplido: a ambos les invadía la determinación de llevar la clase de vida que les permitiera vivir junto a la niña nuevamente en la eternidad.

Recordaréis las palabras del Señor al profeta José Smith cuando éste se enfrentaba a la mayor prueba de fe de su vida, en la cárcel de Liberty. En esa oportunidad el Señor le dijo: "Si te es requerido pasar tribulaciones..." y a continuación enumeró una serie de posibilidades que pondrían a un hombre a prueba hasta el límite de sus fuerzas. Entonces concluyó diciendo: "... entiende, hijo mío, que por todas estas cosas ganarás experiencia, y te serán de provecho" (D. y C.122:5, 7).

Es interesante advertir que los más hermosos y clásicos pasajes de Escritura contemporánea han emanado de lo más profundo de las pruebas y el desconsuelo, y no de las circunstancias fáciles y cómodas. Quizás este sea también el caso en nuestra propia vida; de las pruebas emana la belleza refinada.

Podríamos citar a Beethoven, a Abraham Lincoln, a Demóstenes; este último se sobrepuso a tremendas dificultades en el habla para transformarse en un magnífico orador. Pero para citar un caso que nos toca más de cerca mencionemos la grandiosa belleza y la sabiduría en la oratoria y enseñanza del presidente Spencer W. Kimball, al ver el precio que ha pagado para que nuestra vida fuera bendecida. Al referirse al Salvador, las Escrituras nos dicen: "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia" (Hebreos 5:8). También de la Epístola a los Hebreos extraemos el siguiente pasaje: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (Hebreos 12:5).

Recordemos que las pruebas son evidencia del amor de nuestro Padre: se nos dan como una bendición y una oportunidad para progresar.

Lo que hay que determinar ahora es: ¿cómo les hacemos frente? ¿cómo nos sobreponemos a ellas? ¿cómo podemos ser mejorados por ellas? Parece haber una razón que determina nuestra pérdida de compostura ante la adversidad, que nos da la idea de que no podemos hacer frente ya a nada más en esta vida; hay una razón por la cual nos damos por vencidos, por la que "nos voltea el primer viento", por así decirlo. La razón puede ser tan simple que escape a nuestra vista. Quizás sea porque de a poco perdemos contacto con nuestra mayor fuente de fortaleza, nuestro Padre Celestial. El es la clave que nos permite sentir gozo, aun en medio de la adversidad, el conducto que nos fortalece aun en los momentos de tribulación; El, y nadie más que El. A modo de reafirmación leamos lo que dice el Nuevo Testamento:

"No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Corintios 10:13).

¿Captáis el significado de esta promesa? No tendremos ninguna tentación ni seremos sometidos a ninguna prueba que sobrepase nuestra capacidad de vencerla. Nuestro Padre proveerá un modo para que superemos cualquier tribulación que se interponga en nuestro camino.

Quisiera sugeriros la mejor manera que conozco de mantenernos cerca del origen de esta gran fuente de fortaleza: es la oración. No hay nadie que pueda hacer frente por sí solo a las complicaciones que ofrece la vida. A menudo, en medio del descorazonamiento, nuestras oraciones se hacen esporádicas y a veces hasta cesan, llegamos a olvidarlas o simplemente les restamos importancia.

Algunos pueden pensar que por tener algún problema con la Palabra de Sabiduría, por haber sido deshonestos o de alguna forma inmorales, por no haber orado por muchos años, o por muchas otras razones, son ahora indignos. Es así que escuchamos a muchos decir: "Ya es demasiado tarde. He cometido muchos errores; así que para qué tratar siquiera?" A tales comentarios lo único que nos queda por responder es: "Por vuestro propio bien daos una oportunidad más".

La oración sincera es el nervio motor de una vida feliz y productiva. La oración fortalece la fe, es la antesala de los milagros y abre la puerta que nos conduce a la felicidad eterna. Nuestro Padre es un Ser personal quien constantemente espera escuchar nuestra voz como cualquier Padre amoroso desea oír a sus hijos. Para aprender a comunicarnos con El, para aprender a orar eficazmente, se requiere diligencia, dedicación y deseo de nuestra parte. A menudo me pregunto si en verdad estamos dispuestos a pagar el precio por recibir una respuesta del Señor.

Al aprender a establecer esta comunicación mutua las condiciones de nuestra vida mejorarán, veremos las cosas con mayor claridad, nos esforzaremos para hacerlo todo mejor y llegaremos a ver la dicha que producen las pruebas y los sacrificios. Aun cuando siempre tendremos problemas, abundará a nuestro alrededor la paz, el contentamiento y la verdadera felicidad.

A medida que sentís la necesidad de confiar en el Señor o de mejorar la calidad de vuestra comunicación con El -o sea, de orar— quisiera sugeriros un proceso: Id a un lugar donde podáis estar a solas, donde podáis sumergiros en vuestros pensamientos, donde podáis arrodillaros y hablar en voz alta con el Señor. El dormitorio, el cuarto de baño o la despensa pueden resultar apropiados. Luego, imaginadlo: tened presente con quién estáis hablando, controlad vuestros pensamientos (no permitáis que

sean divagantes), dirigios a El como vuestro Padre y amigo, decidle las cosas que verdaderamente sentís por ti, sin frases rebuscadas de poco significado, mas con un corazón sincero; confiad en EL pedidle perdón; volcad en El vuestra alma: disfrutad con El: agradeciedle; expresadle vuestro amor, y entonces preparaos para escuchar sus respuestas. El saber escuchar constituye una parte esencial de la oración. Las respuestas del Señor llegan de una forma que queda: de hecho, muy pocos escuchan su respuesta de una forma audible, con los oídos humanos. Debemos escuchar atentamente o jamás reconoceremos tales respuestas; la mayoría de ellas se sienten en el corazón como una sensación cálida y apacible, o tai vez puedan llegar en forma de pensamiento a nuestra mente. Pero siempre llegan sólo a aquellos que están preparados y son pacientes.

Sí, las tribulaciones no nos abandonarán: mas con la compañía del Espíritu nuestro enfoque de las pruebas convertirá las frustraciones y los desconsuelos en verdaderas bendiciones.

Tan sólo por un momento pensad conmigo. Olvidad los obstáculos que se interponen en vuestro camino en la actualidad, echad una mirada retrospectiva hacia las pruebas que debisteis enfrentar el año pasado, hace cinco años, hace diez. ¿Qué ganasteis de ellas? ¿Qué aprendisteis? ¿No estáis acaso mejor preparados a causa de esas pruebas?

Os testifico que el Señor está listo y aguarda poder ayudarnos; mas por nuestro propio bien debemos ser nosotros quienes demos el primer paso, y ese paso es la oración.

MEJOREMOS NUESTRA COMUNICACIÓN CON NUESTRO PADRE CELESTIAL.

Presidente Ezra Taft Benson.

Durante toda mi vida he considerado el consejo de depender de la oración como el más preciado de todos los que he recibido. Esto se ha convertido en parte integral de mí mismo, en una ancla, una constante fuente de fortaleza y en la base de mi conocimiento de todo lo divino.

El consejo de mi padre a toda su familia era: "Recordad que cualquier cosa que hagáis o dondequiera que estéis, nunca estáis solos; nuestro Padre Celestial siempre está, cerca, y si os esforzáis por llegar hasta El recibiréis, su ayuda por medio de la oración". He descubierto que esas palabras son verdaderas. Gracias sean dadas a Dios porque podemos llegar hasta El y obtener ese poder invisible, sin el cual nadie puede lograr lo mejor de sí mismo.

Las Santas Escrituras están repletas de convincentes admoniciones con respecto a la importancia de la oración, impresionantes ejemplos de ésta, y consejos para aprender a orar más eficazmente.

Durante su ministerio terrenal Jesús habló "sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar" (Lucas 18:1). "Velad y orad", les dijo, "para que no entréis en tentación..." (Mateo 26:41). Y en esta dispensación dijo: "...orad a todo tiempo, no sea que aquel inicuo tenga poder en vosotros y os quite de vuestra posición" (D. y C. 93:49).

Por medio de José Smith recibimos también la advertencia siguiente:

"Y en nada ofende el hombre a Dios, o contra ninguno está encendido su enojo, sino aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas, y no obedecen sus mandamientos" (D. y C. 59:21).

Tenemos las siguientes palabras de instrucción del Señor resucitado a los nefitas, cuando ministró entre ellos en el Hemisferio Occidental: "...debéis velar y orar siempre, no sea que os tiente el diablo, y os lleve cautivos.

"Es necesario que veléis y oréis siempre, no sea que entréis en tentación; porque Satanás desea poseeros para cerneros como a trigo.

"Por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre;

"Y cuanto le pidáis al Padre en mi nombre, creyendo que recibiréis, si es justo, he aquí, os será concedido" (3 Nefi 18:15, 18-20.)

A continuación, quisiera sugerir algunas maneras en que podemos, mejorar nuestra comunicación, con nuestro Padre Celestial.

1. Debemos orar frecuentemente. Deberíamos tratar de estar a solas con nuestro Padre Celestial por lo menos dos o tres veces al día, "en la mañana, al mediodía y en la tarde", como lo sugiere la escritura (Alma 34:21). También se nos dice que debemos orar siempre (2 Nefi 32:9; D. y C. 88:126). Esto significa que nuestro corazón debe estar rebosante y elevado en oración a nuestro Padre continuamente (Alma 34:27).

2. Debemos encontrar un lugar apropiado para meditar y orar. Se nos amonesta a que lo hagamos "en vuestros aposentos, en vuestros sitios secretos y en vuestros yermos" (Alma 34:26). O sea, que debemos estar libres de toda distracción, y en secreto (3 Nefi 13:5-6).

3. Debemos prepararnos para la oración. Si no sentimos el deseo de orar, entonces es cuando debemos hacerlo hasta que nos sintamos dispuestos. Debemos ser humildes (D. y C. 112:10), suplicar perdón y clemencia (Alma 34:17-18), y perdonar a todo el que nos haya ofendido (Marcos 11:25). Aun así, las Escrituras nos advierten que nuestras oraciones serán vanas si "despreciáis al indigente y al desnudo, y no visitáis al enfermo y afligido, si no dais de vuestros bienes..." (Alma 34:28).

4. Nuestras oraciones deben tener significado y ser apropiadas.

No debemos usar una y otra vez las mismas frases. Cualquiera de nosotros se molestaría si un amigo le repitiera todos los días las mismas palabras, demostrara que la conversación le resulta un fastidio y que está deseando terminarla para encender el televisor y olvidarle.

En todas nuestras oraciones debemos usar un lenguaje refinado similar al que se usa en las Escrituras, hablándole de "tú" a Dios y evitando las expresiones vulgares. En esa forma demostramos

mayor respeto por la Deidad.

¿Qué debemos pedir en nuestras oraciones? Debemos orar sobre nuestro trabajo, contra el poder de nuestros enemigos y del diablo, pedir por nuestro bienestar y por el de todos los que nos rodean (Alma 34:20-27). Debemos pedir consejo al Señor acerca de todas nuestras decisiones y actividades (Alma 37:36-37). Debemos ser agradecidos y dar las gracias por todo lo que tenemos (D. y C. 59:21); y debemos reconocer la mano del Señor en todas las cosas. La ingratitud es uno de nuestros peores pecados. El ha declarado en una revelación de nuestra época:

"Y el que recibe todas las cosas con gratitud, será glorificado; y le serán añadidas las cosas de esta tierra, aun cien veces, sí, y más" (D. y C. 78:19).

Debemos suplicar por aquello que necesitamos, cuidando de no pedir lo que pueda perjudicarnos (Santiago 4:3). Debemos rogar fortaleza para solucionar nuestros problemas (Alma 31:31-33). También debemos pedir inspiración y bienestar para el Presidente de la Iglesia y las Autoridades Generales, para el presidente de la estaca, el obispo, el presidente del quórum que nos corresponde, nuestros maestros orientadores, nuestros familiares y los líderes cívicos. Podría seguir haciendo sugerencias, pero con la ayuda del Espíritu Santo sabremos sobre qué cosas debemos orar (Romanos 8:26).

5.- Después de haber hecho nuestra solicitud, tenemos la responsabilidad de hacer nuestra parte para que se cumpla lo que pedimos. Debemos escuchar, porque quizás el Señor quiera aconsejarnos mientras todavía estamos de rodillas. El presidente David O. McKay dijo: "La sinceridad en la oración implica que cuando pedimos una virtud o una bendición estamos dispuestos a esforzarnos por lograr la bendición y cultivar la virtud".

En 1922, cuando era un joven misionero en el norte de Inglaterra, la oposición a la Iglesia se hizo muy intensa y llegó a ser tan fuerte que el presidente de la misión nos ordenó que suspendiéramos las reuniones con personas en la calle y, en algunos lugares, dejáramos también de repartir folletos.

A mi compañero y a mí se nos había invitado a hablar en una reunión sacramental, para lo cual debíamos viajar una cierta distancia. En la invitación se nos decía: "Estamos seguros de poder llenar de gente la pequeña capilla; muchas de las personas de estos lugares no creen las falsedades que se han difundido sobre nosotros. Si ustedes aceptan la invitación, estamos seguros de que tendremos una magnífica reunión." Así que aceptamos.

Antes de ir ayunamos y oramos sinceramente. Mi compañero había preparado un discurso sobre los primeros principios del evangelio, y yo había estudiado mucho para hablar sobre la apostasía. En la reunión gozamos de un maravilloso espíritu. A mi compañero le tocó hablar en primer término y dio un inspirado mensaje; a continuación hablé yo, y lo hice con una libertad que jamás había experimentado en mi vida; cuando me senté me di cuenta de que no había mencionado siquiera la apostasía, sino que había hablado sobre el profeta José Smith dejando mi testimonio de su divina misión y de la veracidad del Libro de Mormón. Después de la reunión muchas personas fueron a hablarnos, entre ellas muchas que no eran miembros de la Iglesia, quienes nos dijeron: "Esta noche hemos recibido un testimonio de que el mormonismo es verdadero; estamos listos para el bautismo". Eso fue una respuesta a nuestras oraciones, pues habíamos suplicado que se nos hiciera decir solamente aquello que pudiera conmovier a los investigadores.

En 1946, el presidente George Albert Smith me asignó la misión de ir a Europa después de terminada la guerra, y desde allí establecer misiones de la Iglesia de Norte a Sur, desde Noruega hasta Sudáfrica; también debíamos comenzar un programa para la distribución de artículos de bienestar como alimentos, ropa, etc.

Establecimos nuestra base de operaciones en Londres, luego de lo cual fue necesario hacer arreglos preliminares con las Fuerzas Armadas. Una de las primeras personas que yo deseaba ver era el Comandante de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos en Europa, que se encontraba estacionado en Francfort, Alemania.

Al llegar a Francfort, mi compañero y yo fuimos a pedir audiencia con el general; pero el oficial que estaba a cargo nos dijo que no tendríamos oportunidad de verlo por lo menos hasta tres días más tarde, pues estaba muy ocupado. Yo le explique que era muy importante para nosotros hablar con el General, pero que no podíamos esperar tres días, pues al siguiente debíamos estar en Berlín. Todo lo que

respondió fue: "Lo lamento mucho".

Salimos del edificio, nos dirigimos al auto y allí nos quitamos el sombrero y ofrecimos una oración; luego volvimos al edificio. Al entrar hallamos a otro oficial en la oficina de audiencias y en menos de quince minutos nos encontrábamos en presencia del General. Habíamos rogado poder verlo y ablandar su corazón, porque sabíamos que todas las provisiones de socorro debían entregarse en manos de los militares, para que éstos las distribuyeran.

Le explicamos al Comandante que lo que deseábamos era distribuir nosotros mismos nuestras propias provisiones a nuestra gente, por nuestros propios medios; y que, además, queríamos hacer contribuciones de alimentos para los niños necesitados en general; le detallamos el programa de bienestar y su forma de operar. Finalmente nos dijo: "Caballeros, comiencen a hacer la recolección de sus provisiones; quizás la regia haya cambiado para el momento en que ustedes tengan todo listo." A esto respondimos: "General, todas nuestras provisiones están listas; siempre lo están. Dentro de las veinticuatro horas a partir del momento en que enviemos un cable a la Primera Presidencia de la Iglesia estarán en viaje a Alemania grandes cantidades de provisiones. Tenemos muchos almacenes que están llenos de artículos de primera necesidad." El, entonces, nos dijo: "Jamás había oído hablar de gente que tuviera tal visión." Habíamos conmovido al comandante, tal como lo habíamos pedido en nuestra oración. Al salir de su oficina llevábamos una autorización escrita para distribuir provisiones a nuestra propia gente, y de acuerdo con nuestro propio sistema.

El saber que Dios está interesado en nosotros y dispuesto a responder cuando depositamos en El nuestra confianza y hacemos lo que es correcto es algo que satisface y contenta al alma. No hay lugar para el temor entre los hombres y mujeres que ponen su confianza en el Todopoderoso y que no vacilan en someterse a la guía divina por medio de la oración. Aunque sobrevengan las persecuciones, aunque nos acosen los reveses de la vida, siempre encontraremos seguridad en la oración, porque Dios derramará bálsamo de paz sobre nuestra alma. Y esa paz, ese sentimiento de serenidad, es la bendición más grande de esta vida.

Cuando era un muchacho con el Sacerdocio Aarónico, aprendí este breve poema que jamás he olvidado:

Por qué extraño medio, no lo sé,
Mas sé que Dios responde
A la oración de fe,
Puesto que la promesa El nos da
De que toda oración
Ha de escuchar
Y, tarde o temprano, contestar.
Por eso cuando oro,
En paz puedo esperar.

No sé si el favor que he procurado
Vendrá en la Jornada
En que lo he deseado.
Pero mi oración a El confío
Porque es más sabio
Y su camino, más justo que el mío;
Y sé que a mi ruego accederá,
O algo mucho mejor aún
Me otorgará.

Os doy mi testimonio de que Dios vive, que no está muerto. Testifico que Dios, nuestro Padre, con su amado Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, verdaderamente aparecieron a José Smith. Sé esto con la misma seguridad con que sé que vivo.

Testifico que hay un Dios en los cielos que oye y contesta nuestras oraciones; y lo sé, porque El ha dado respuesta a las mías. Humildemente exhorto a todas las personas —sean o no miembros de la Iglesia— a mantenerse en contacto cercano con nuestro Padre Celestial por medio de la oración. No ha habido nunca otra época de nuestra dispensación en la que existiera mayor necesidad de la oración que en la época actual. Que podamos depender constantemente de nuestro Padre Celestial y luchar a conciencia por mejorar nuestra comunicación con El.

GRANDES ALMAS QUE HAN CREÍDO EN EL PODER DE LA ORACIÓN.

Elder John H. Vandenberg.

"La oración ha sido siempre una fuerza vital para mí." Estas palabras fueron pronunciadas por uno de los más grandes héroes militares de los Estados Unidos, James Doolittle. Su vida, siempre guiada por la oración, es un ejemplo de valor.

Cuando una persona busca la ayuda del Señor diariamente está dando muestras de madurez. Muchos han aprendido que sus esfuerzos son vanos, a menos que sea el Señor quien los dirige.

Al hablar a los delegados en la Convención Constitucional Benjamín Franklin dijo lo siguiente, refiriéndose a la necesidad de la oración:

"He vivido un largo tiempo; y cuanto más vivo, más me convenzo de que Dios dirige los asuntos de los hombres. Si un gorrión no cae al suelo sin ser notado por El. ¿cómo podría levantarse una nación sin Su ayuda?. En las Sagradas Escrituras se nos ha asegurado que a menos que el Señor edifique la casa, los que la edifican, en vano trabajarán. Creo esto firmemente, y también creo que sin Su ayuda no lograremos más éxito en esta edificación política que el que lograron los constructores de la Torre de Babel; nuestros mezquinos y locales intereses nos dividirán, nuestros proyectos se perderán en la confusión, y no seremos más que un oprobio y un escarnio para las futuras generaciones. Y, lo que es peor aún, nuestro pueblo puede, después de una desafortunada experiencia, desilusionarse de la sabiduría humana en el gobierno y entregarlo a los azares de la casualidad, la guerra y la conquista.

"Por lo tanto, deseo presentar aquí una moción para que de ahora en adelante esta asamblea se abra cada mañana con una oración, implorando la ayuda de los cielos y su bendición sobre nuestras deliberaciones..." (Jared Sparks, *The works of Benjamín Franklin*, 1837, pag.155-156).

Otro de los delegados a aquella gran convención, Charles Pinckney, dijo:

"Cuando la gran obra quedó terminada y fue publicada me sentí... asombrado. Nada menos que la mano directora de la Providencia, que tan milagrosamente nos había conducido durante la guerra... po-día haber sacado a luz algo tan completo." (LL Ford, ed., *Essays on the Constitution*, 1892, pag. 412.)

James Madison, que fue el cuarto Presidente de los Estados Unidos y a quien muchas veces se le llamó "el Padre de la Constitución": "escribió: "Es imposible para el hombre de tendencia piadosa no percibir el dedo de aquella mano Todopoderosa, que tan clara y frecuentemente se ha extendido en nuestro beneficio durante las críticas etapas de nuestra revolución" (*Federalist*, no. 37).

Jorge Washington, caudillo de las tropas coloniales en la Guerra Revolucionaria y primer Presidente de los Estados Unidos reconoció la mano de Dios en diversas ocasiones durante las primeras luchas por establecer la independencia de la nueva nación. En una carta que escribió en noviembre de 1789, decía: "El éxito, que hasta ahora ha acompañado nuestros esfuerzos unidos, se lo debemos a la intervención de los cielos; y a esa intervención atribuyamos con gratitud la victoria y las bendiciones de la paz."

Mason L Weems, uno de los biógrafos de Washington, escribió:

"En el invierno de 1777, mientras Washington se encontraba acampado con el ejército en Valley Forge, un cuáquero... de apellido Potts tuvo ocasión de atravesar el bosque cerca del cual se hallaban los cuarteles. Mientras se abría camino por entre el vetusto bosque oyó el sonido de una voz humana que se hacía clara a medida que avanzaba, hasta que comprendió por el tono que el dueño de la voz hablaba con gran fervor. Al acercarse con cautela al lugar de donde aquélla provenía, cuál no sería su sorpresa al ver en el claro, rodeado de antiguos robles, ¡nada menos que al Comandante en Jefe del Ejército Revolucionario postrado de rodillas en oración! Inmovilizado por el asombro, Potts continuó en su lugar de observación hasta que el General, habiendo finalizado sus plegarias, se levantó y con una serena expresión en el rostro se dirigió de regreso a los cuarteles. Potts se encaminó a su casa donde, al entrar en la sala, llamó a grandes voces a su esposa: '¡Sara, Sara! ¡Todo está bien! Jorge Washington ha de

triunfar!' '¿Qué te pasa, Isaac?' respondió ella. 'Pareces conmovido.' 'Si parezco conmovido es porque lo estoy. Hoy he visto lo que jamás esperé ver. Tú sabes que siempre afirmé que la espada y el evangelio eran incompatibles, y que ningún hombre podría ser soldado y cristiano al mismo tiempo; pero hoy, Jorge Washington me ha convencido de lo contrario.' Y a continuación le relató lo que había presenciado." (The Life of Washington, págs. 181-82.)

Thomas Jefferson, en su segundo discurso inaugural dijo:

"Necesitaré la merced del Ser en cuyas manos nos encontramos, el que dirigió a nuestros antepasados como al Israel antiguo, sacándolos de su tierra natal y llevándolos a una tierra de la que fluían todas las cosas necesarias para su vida y comodidad; el mismo que derramó Su sabiduría y poder en nuestra infante nación. Os ruego que os unáis a mí al suplicar por Su bondad, a fin de que El ilumine la mente de vuestros sirvientes cívicos, guíe sus consejos y amplíe su visión, de manera que cualquier cosa que hagan dé un buen resultado, y os asegure la paz, amistad y aprobación de todas las naciones."

El presidente Abraham Lincoln buscó la guía divina en muchas ocasiones. A continuación aparece un ejemplo:

"El general Sickles notó que antes de la extraordinaria batalla de Gettysburg. de la cual dependía quizás el destino de toda la nación, el presidente Lincoln parecía encontrarse libre de la preocupación que frecuentemente lo deprimía. Después que todo pasó, el general le pidió a Lincoln una explicación de aquella actitud y esto fue lo que él le dijo:

"Le diré. En medio de su campaña allá, cuando todos parecían sobrecogidos de miedo y nadie se atrevía a decir lo que iba a pasar, apabullado por la gravedad de nuestros problemas me dirigí a mi aposento un día, cerré la puerta con llave y caí de rodillas para orar al Todopoderoso, pidiéndole que nos diera la victoria en Gettysburg. Le dije que esta guerra era la Suya, y que nuestra causa era Su causa, pero que no podríamos soportar otra derrota. Allí mismo le hice el solemne voto de que si El defendía nuestras fuerzas en Gettysburg, yo lo defendería a El; El defendió nuestro ejército y yo defenderé Su causa. Pero después de aquella oración, no sé por qué, no puedo explicarlo, un dulce consuelo llenó mi alma y sentí que Dios había tomado nuestra causa en Sus propias manos, que todo se arreglaría; y por eso no me mostraba preocupado.'" (John Wesley Hill, Abraham Lincoln, Man of God, págs. 339-40.)

En otra ocasión el presidente Lincoln dijo: "Muchas veces me he visto impulsado a caer de rodillas, con la abrumadora convicción de que no había ninguna otra cosa que pudiera hacer; en esas ocasiones mi sabiduría y la de aquellos que me rodeaban me era totalmente insuficiente."

Un clérigo del siglo pasado, Henry Ward Beecher, escribió: "La oración es la llave que abre el día y el cerrojo de la noche." Y en nuestra propia época el conocido educador y escritor, Dale Carnegie, ha dicho: "La oración nos da la sensación de compartir nuestras cargas, de no estar solos. Muy pocos somos lo suficientemente fuertes para soportar las cargas más pesadas y los problemas más agonizantes sin ayuda. A veces, nuestras preocupaciones son de naturaleza tan íntima que no nos atrevemos a examinarlas, ni siquiera con nuestros familiares o amigos' más íntimos. La oración es entonces la única respuesta."

Otros grandes hombres de los Estados Unidos han hecho eco con sus palabras a estos testimonios sobre la oración. El general Douglas MacArthur, que dirigió las operaciones militares de las Fuerzas Armadas estadounidenses en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, ha dicho: "Dios me ha guiado a menudo a través de las sombras de la muerte y... me ha alentado en mis solitarias horas de vigilia y en mis difíciles decisiones."

El Embajador de las Naciones Unidas. Henry Cabot Lodge, hijo, escribió a ese organismo una carta en la cual instaba a sus integrantes a comenzar las reuniones con una oración. "Y lo sugiero," decía, "con la convicción de que no podemos hacer que las Naciones Unidas sea un instrumento de la paz de Dios, sin la ayuda de Dios; y de que con Su ayuda no podemos fracasar. Con este fin es que propongo que solicitemos esa ayuda".

La influencia de la oración para fortalecer los lazos familiares ha sido hermosamente descrita por Catherine Marshall, la viuda de Peter C. Marshall, Capellán del Senado de los Estados Unidos. En su libro A Man Called Peter, escribe:

"Aunque como todos los matrimonios. Peter y yo teníamos nuestras diferencias, nos

dimos, cuenta de que éstas jamás se convertían en algo serio ni amargo, mientras, pudiéramos orar juntos. Hasta tal punto aprendimos esta lección, que ése era uno de los principales consejos que mi esposo daba a las parejas cuyo matrimonio estaba en peligro. 'Si os arrodilláis juntos a orar', les decía, 'vuestras dificultades se resuelveán pronto. No podéis orar juntos y todavía permanecer enojados el uno con el otro'.

"Después que nuestra familia comenzó a aumentar en número, también descubrimos que la oración familiar no podía ocupar el lugar de las oraciones íntimas de esposo y esposa: más aún, necesitábamos de esas oraciones en nuestra rutina diaria, y no sólo cuando teníamos dificultades o desacuerdos. Peter siempre las llamaba 'lubricantes para la maquinaria de la vida.' Y esa descripción era por demás apropiada.

"Por ese motivo, tratábamos de disponer de unos minutos de tranquilidad, juntos en nuestro dormitorio, antes del desayuno. Cada vez que, por la mañana, poníamos nuestro día en manos de Dios y le pedíamos Su bendición, notábamos que para cada uno de nosotros el día entero había sido más provechoso y fácil, y que sentíamos una serena sensación al final del día de haber cumplido. Cuando omitíamos aquella breve oración juntos, todo parecía complicarse y nos daba la impresión de ir trabajosamente cuesta arriba, contra tremendos obstáculos y sin poder lograr nada."

Cecil B. DeMille, el director y productor cinematográfico, afamado por la película Los Diez Mandamientos, dijo: "No podría sobrevivir un solo día sin la oración; es el poder más grandioso que existe en el mundo".

Con nuestro bienestar, los avances de la ciencia médica y todas las comodidades de que disfrutamos, hay quienes pasan por alto la continua necesidad de orar a nuestro Padre en los cielos. Muchas personas parecen hacerse eco de las palabras de algunos contemporáneos de Job: "¿...de qué nos aprovechará que oremos a El?" (Job 21:15).

Cada persona tiene la gran necesidad de comprender la importancia de la oración al edificar su vida, porque es cierto que "Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Salmos 127:1).

La oración puede llegar a ser una fuerza vital, pero debemos aprender a hacer que nuestras oraciones sean más eficaces en propósito. Cuando éramos niños quizás fueran simples repeticiones de lo que oíamos. Pero es necesario que al crecer toda persona vea la oración como algo más profundo y de mayor significado. El presidente David O. McKay lo expresó con gran belleza:

"Espero (y al expresar esta esperanza sólo tengo en cuenta vuestro bienestar) que algún día sintáis un anhelo tal que parezca atormentaros el alma, que os encontréis frente a una barrera enorme e insuperable; pero si más allá de ella tenéis que cumplir con vuestro deber, no deis un paso atrás y digáis 'No puedo.' Quizás queráis hacerlo, pero eso no será suficiente. Haced entonces lo que aconseja Santiago: Pedid a Dios el poder, pero a vuestra fe en El agregad el reconocimiento de lo que vosotros mismo podéis hacer para lograr lo que queréis.

"Podéis recorrer la distancia que os separa de la barrera; y cuando estéis allí y no podáis avanzar más por vuestros propios medios, encontraréis la respuesta a vuestra oración descubriendo una escalera que estaba escondida y que os ayudará a escalarla, o una puerta que no habíais visto y que os permitiría atravesarla. Así se muestra la mano de Dios. En ese momento seréis sensibles al Infinito y comprenderéis el significado de ser digno de recibir la guía del Espíritu Santo. El os conducirá siempre en todas estas cosas.

"Podemos obtener sabiduría por medio del esfuerzo; y también de éste provienen todas las cosas buenas. Cualquier cosa que valga la pena tener nos costará parte de nuestro ser físico y de nuestro poder intelectual. 'Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá'. Pero tenéis que pedir, que buscar, y que llamar." (Treasures of Life, págs. 303-4.)

EL PODER DE LA ORACIÓN.

Presidente N. Eldon Tanner.

Tengo gran fe en la oración, y oro constantemente para que aquellos que tienen dudas puedan llegar a comprender que Dios es nuestro Padre, que somos sus hijos espirituales, que El existe y que ha dicho:

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

"Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mateo 7:7-8).

Muchas veces me pregunto si realmente comprendemos el poder de una oración, si reconocemos cuán grande es la bendición de poder acercarnos a nuestro Padre que está en los cielos por medio de una oración humilde y sabiendo que El se interesa en nosotros y que desea que triunfemos. Como lo dijo en tan hermosa forma el ya fallecido élder Richard L. Evans:

"Nuestro Padre Celestial no es un árbitro que está tratando de sacarnos del equipo; no es un competidor tratando de quitarnos el éxito; no es un fiscal que busca que nos condenen. El es un Padre amoroso que quiere nuestra felicidad y eterno progreso y que está dispuesto a ayudarnos si le damos la oportunidad siendo obedientes y humildes, y teniendo fe y paciencia."

Para orar eficazmente y saber que nuestras oraciones serán escuchadas y contestadas, es necesario que creamos que oramos a un Dios que puede oír y responder, que tiene interés en sus hijos y en el bienestar de éstos.

La primera información que encontramos sobre alguien que oró al Señor la registró Moisés con las siguientes palabras:

"Y Adán y Eva, su esposa, invocaron el nombre del Señor; y oyeron que les hablaba la voz del Señor en dirección del Jardín de Edén, mas no lo vieron...

"Y Adán y Eva, su esposa, no cesaron de invocar a Dios." (Moisés 5:4. 16.)

Los grandes e influyentes hombres siempre han orado por la guía divina. Samuel Morse, el inventor del telégrafo, dijo en una ocasión que siempre que no podía ver su camino claramente se arrodillaba y suplicaba luz y comprensión.

El astronauta Gordon Cooper, mientras estaba en órbita alrededor de la tierra, pronunció esta sencilla y sincera oración: "Padre, gracias te doy por permitirme volar en esta oportunidad: gracias por el privilegio de encontrarme aquí, en este lugar de maravilla, contemplando todas las cosas asombrosas e increíbles que Tú has creado."

Todos los profetas, desde Adán hasta el actual Presidente de la Iglesia, han orado incesantemente pidiendo guía; el mismo Salvador oraba constantemente a Dios, el Padre eterno. Se dice de El en la Biblia:

"En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios" (Lucas 6:12).

El Señor nos exhortó a todos a orar y por intermedio del apóstol Santiago nos dio esta promesa:

"Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.

"Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra." (Santiago 1:5-6.)

Esta es una promesa para todos nosotros, para el instruido y para el ignorante, para el pobre y para el rico; es universal, y no tiene restricciones para vosotros y para mí y para nuestros prójimos. El Señor nos ha dicho que debemos creer y tener fe en Dios; y es necesario que recordemos que El siempre está listo para ayudar a sus hijos si éstos tratan de lograr la comunicación con El por medio de la oración y de la obediencia a sus mandamientos. También nos ha dicho:

"Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis." (D. y C. 82:10.)

Debemos estar prestos a reconocer que Dios es el Creador del mundo, y que por medio de su Hijo Jesucristo y de sus profetas nos ha dado, en un lenguaje sencillo, todo el conocimiento que necesitamos sobre la relación del hombre con Dios, nuestra existencia preterrenal, el propósito de nuestra misión aquí en esta tierra y la realidad del hecho de que hay vida después de la muerte y de que lo que hagamos aquí

nos prepara para el mundo que vendrá.

No debemos dejarnos desviar por las doctrinas de los hombres. Todos los estudios de la ciencia y la filosofía jamás podrán dar respuesta a la pregunta: "¿Qué es el hombre y por que está aquí?" En cambio, el evangelio de Jesucristo la responde clara y sencillamente y para que lo sepamos, se nos ha dicho: "...si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios..." Preparémonos para hacerlo y para no contarnos entre aquellos a quienes se refería el Salvador cuando dijo:

"Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:

"Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.

"Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres." (Mateo 15:7-9.)

Sí, es muy importante —y el Señor le ha dado énfasis— que nos humillemos y aceptemos las enseñanzas de Jesucristo y obedezcamos sus mandamientos si deseamos que escuche y conteste nuestras oraciones. Todos debemos estar preparados para decir con veracidad, como Pablo dijo a los romanos: "Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree..." (Romanos 1:16).

Es difícil comprender cómo puede haber quienes no crean o duden de que Dios oiga y conteste nuestras oraciones, y sin embargo, no les cuesta creer que los astronautas pueden alejarse de la órbita de la tierra y viajar en el espacio a una velocidad de miles de kilómetros por hora, siendo dirigidos en todo esto desde la base aeroespacial en la tierra; que pueden mantenerse en contacto con esa base, recibir instrucciones y ser dirigidos en todas sus actividades; y luego ser conducidos sanos y salvos de regreso a la tierra.

¿Cómo podemos dudar de la capacidad de Dios para escucharnos, respondernos y dirigirnos en todas nuestras cosas si hacemos un esfuerzo por mantenernos en armonía con El? Sin embargo, no dudamos de que se puedan enviar hombres en máquinas maravillosas desde la tierra a la luna, dirigidos por el limitado poder humano aquí en la tierra.

Nosotros somos como astronautas enviados por Dios en una misión especial al planeta Tierra. El desea que tengamos éxito en esa misión, y está listo para respondernos y conducirnos a un retorno seguro. Todo lo que tenemos que hacer es mantenernos en contacto con El y hacer lo que nos mande.

Ahora bien, cuando oramos, ¿estamos preparados para responder al llamado del Señor y servirle? Al solicitar su perdón, ¿estamos listos para perdonarnos los unos a los otros?

Sería bueno que nos detuviéramos por un momento a analizar nuestra propia situación. ¿Esperamos hasta tener problemas para correr al Señor en busca de su ayuda? Al orar, ¿le damos órdenes diciendo "bendice a éste" o "bendice a aquél", "danos tal o cual cosa", o "haz esto o lo otro?" ¿O nos limitamos a pedir que se nos guíe a hacer lo que es correcto y se nos dé las bendiciones que el Señor considere de beneficio para nosotros? Debemos recordar suplicar siempre el deseo, la fortaleza y la determinación de hacer la voluntad de nuestro Padre Celestial, y estar siempre prestos a hacer lo que nos pida.

Las personas oran por diferentes motivos. Muchas lo hacen cuando tienen miedo, y esas son las únicas oportunidades en que oran; otras se dirigen al Señor cuando necesitan guía inmediata para algo, cuando no haya otra solución posible. En casos de tragedia nacional, como sequías, epidemias, escasez o guerra, muchos pueblos se unen para pedir a Dios sus bendiciones, protección o dirección. Hay quienes piden ser sanados, otros que ruegan ser fortalecidos; hay muchos que piden las bendiciones del Señor para su familia, sus seres queridos y para sí mismos, en todas sus acciones justas. Estoy seguro de que todo esto es correcto ante la vista de Dios. Sin embargo, es sumamente importante que dediquemos tiempo a la expresión de nuestra gratitud al Padre por todas las bendiciones que recibimos.

Quando expresamos agradecimiento por nuestras muchas bendiciones, nos hacemos más conscientes de todo lo que el Señor ha hecho por nosotros y llegamos a apreciar más sus bendiciones. Todos sabemos cuánto significado tiene para nosotros una expresión de gratitud que recibamos por algo que hayamos hecho. Me pregunto si a veces no somos ingratos como los leprosos que fueron sanados por el Señor, cuando al encontrarse con El, clamaron:

"...Maestro, ten misericordia de nosotros!

"Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz,

"Y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano.

"Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?
"¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?" (Lucas 17:13,15-18.)

Marco Antonio, refiriéndose a César, quien había reconocido entre sus asesinos a su amigo Bruto, exclamó:

¡Ese fue el golpe más cruel de todos, pues cuando el noble César vio que él también le hería, la ingratitud, más potente que los brazos de los traidores, le anonadó completamente!

(William Shakespeare, Julio César, Acto 3, esc. 2.)

Estoy seguro de que el Señor espera que le expresemos nuestra gratitud por nuestras muchas bendiciones, en la misma forma en que le pedimos bendiciones, continuas y que supliquemos su perdón por nuestros fracasos y demostremos el deseo y la determinación de hacer lo correcto.

Cuando oramos es necesario que pongamos también todo el esfuerzo posible de nuestra parte para ayudar al Señor a contestar nuestra súplica. Como acostumbraba decirme mi padre cuando yo era un muchacho: "Hijo, si quieres que tus oraciones sean contestadas debes poner manos a la obra y hacer tu parte".

A menudo pienso que, cuando pedimos alguna bendición especial, nuestra oración sería mucho más productiva si estuviéramos viviendo correctamente, reconociéramos a Dios como nuestro Creador y estuviésemos dispuestos a obedecer sus mandamientos. Lamentablemente, hay muchas personas que no creen en Dios y otras muchas que dudan de su capacidad para responder a nuestras oraciones; también hay muchas que tienen demasiada fe y confianza en su propio conocimiento, fortaleza y poder.

El Señor ha instruido a los padres que enseñen a sus hijos a tener fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, a orar y a andar en sus caminos. No hay duda de que ellos podrán hacer esto con más facilidad si se les enseña a orar a un Dios en el cual tengan fe.

Jamás dejaré de expresar gratitud a mis padres por haberme enseñado a orar en secreto y a participar con ellos en la oración familiar. Mi madre me enseñó a sentir y saber que, al orar, estaba hablando al Señor, a nuestro Hacedor, nuestro Padre Celestial, y que El conocía mis acciones, mis deseos y mis necesidades; se me enseñó también que debía expresarle sincero agradecimiento y pedirle que me perdonara y me diera fuerzas para hacer lo correcto. Estas enseñanzas han sido una fuente de fortaleza para mí a través de mi vida, y actualmente oro al Señor con más fervor aún que antes pidiéndole que me guíe y dirija en todo lo que hago y me ayude para que mis acciones sean aceptables para El.

Al recordar la época en que toda mi familia se arrodillaba por la mañana y por la noche para orar, comprendo el gran significado que tenía para nosotros, los hijos, oír a nuestro padre dirigirse al Señor como si estuviera hablando cara a cara con El, expresándole su gratitud y pidiéndole sus bendiciones sobre nuestras cosechas, nuestros rebaños y todas nuestras acciones. El hecho de saber que por la noche tendríamos que informar al Señor de nuestras acciones durante el día, siempre nos daba mayor fortaleza para resistir la tentación.

En cualquier hogar, la oración familiar unirá más a toda la familia y promoverá mejores sentimientos entre los cónyuges, entre los padres y los hijos y entre los hermanos. Cuando los niños oran por sus padres, esto los hace apreciarlos más; cuando oran los hermanos unos por los otros, los ayuda a acercarse más entre sí, especialmente cuando comprenden que están hablando directamente al Padre que está en los cielos, ya sea en la oración familiar o en privado. Al hacer esto, olvidamos nuestras diferencias reconociendo las cualidades de los demás, oramos por su bienestar y suplicamos fortaleza para vencer nuestras propias debilidades. No hay duda ninguna de que nos convertimos en mejores personas al tratar de ponernos en comunicación espiritual con nuestro Padre, y expresarle nuestro sometimiento a su voluntad. El Señor nos ha aconsejado:

"Ora siempre, no sea que entres en tentación y pierdas tu galardón.

"Sé fiel hasta el fin y, he aquí, estaré contigo. Estas palabras no son de hombre ni de hombres, sino son mías, aun de Jesucristo, tu Redentor, por la voluntad del Padre." (D. y C. 31:12-13.)

Muchas veces me he preguntado sin encontrar respuesta: ¿Por qué rehusan orar algunas personas? ¿Es porque piensan que no tienen tiempo?

Recuerdo muy bien a un padre que me visitó un día para pedirme consejo con relación a su hijo

mayor; aunque básicamente éste era un buen muchacho, el padre tenía problemas con él y no lograba refrenarlo. Le pregunté si la familia oraba junta regularmente y me respondió: "De vez en cuando lo hacemos. Pero estamos todos muy ocupados, cada uno sale y regresa a horas diferentes y, por lo tanto, es muy difícil poder reunirnos para una oración familiar".

Entonces le pregunté: "Si su hijo estuviera gravemente enfermo, ¿cree que podría reunir a su familia todas las mañanas y todas las noches durante una semana, para pedir que la salud del joven le fuera restaurada?" El me respondió que por supuesto, lo haría. A continuación, traté de explicarle que hay otras maneras de perder a un hijo aparte de la muerte; también le dije que cuando las familias se reúnen para orar regularmente, por lo general se mantienen más unidas, sus ideales son más elevados, se sienten todos más seguros y tienen más amor los unos por los otros.

Cuando las personas no oran, ¿es porque se sienten muy seguras de sí mismas y piensan que todo lo pueden lograr a solas? ¿Es porque se avergüenzan de recurrir a Dios? ¿Piensan, quizás, que el orar demuestra debilidad de carácter? ¿Acaso no creen en Dios, o no tienen fe en El? ¿Puede ser porque no reconocen las muchas bendiciones que reciben? ¿Por que no se sienten dignas? Si uno no se siente digno de dirigirse a Dios, debe reconocer sus debilidades, expresar dolor y arrepentimiento por ellas, comprometerse a actuar correctamente y pedir la guía del Señor para lograrlo.

Quizás algunos no sepan orar. A esas personas les sugiero que se dirijan a su Padre Celestial en secreto, que derramen sus sentimientos en la oración; que oren regularmente a fin de establecer comunicación con El. Solamente debemos confesarle al Señor nuestros sentimientos, pues El nos comprende y nos invita a acercárnosle a menudo, prometiéndonos que escuchará nuestras súplicas.

Refiriéndose al contenido del Libro de Mormón el antiguo profeta Moroni dijo lo siguiente:

"Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntaseis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo;

"Y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas." (Moroni 10:4-5.)

Esta promesa se aplica a todos nosotros, siempre que nos arrepintamos y busquemos al Señor en oración, sabiendo que El nos puede oír y nos responderá. Debemos recordar que somos hijos de Dios, que siempre hemos sido y seguimos siendo importantes para El, y que El continúa escuchando y respondiendo a las oraciones de los justos y de aquellos que diligentemente lo buscan.

LA ORACIÓN DEL SEÑOR.

Elder S. Dilworth Young.

Me pregunto, si he de orar,
¿A quién hablar de mis desvelos?
La respuesta no se hace esperar:
Padre nuestro que estás en los cielos.

Y cuando oro. ¿cómo he de expresar.
Con mis palabras de hombre,
El amor y el profundo respeto?
Santificado sea tu nombre.

¿Qué puede mi humilde ruego pedir
Al Ser que está en el cielo?
¿Qué le puedo decir?
Venga tu reino.

Conquistar el orgullo debo.
Mas, ¿cómo? Pues mi corazón yerra.
Hágase tu voluntad, como en el cielo,
Así también en la tierra.

También cosas terrenales pediría
Pues a la tierra sujeto estoy.
El pan nuestro de cada día,
Dánoslo hoy.

Arrepentido e indigno, mis votos
Debo hacer al Señor de señores:
Y perdónanos nuestras deudas,
Corno también nosotros
Perdonamos a nuestros deudores.

¿Dónde obtendré fortaleza y valor
Para controlar mi pasión
Soportándolo todo hasta el fin?
"Y no nos metas en tentación..."

(Lo que debo pedir al Señor
Es que me libre de tentación,
Pues a ésta El no me ha de conducir.
Mas si alguna tengo que enfrentar,
En oración le he de suplicar
Que no me deje solo mi camino seguir).

Y en medio de la noche oscura,
Cuando la iniquidad es tal
Que me rodea, ¿qué digo al que mora en la altura?
Mas líbranos del mal.

Cuando habla el corazón,
Con gratitud profunda reconoce cada don
De Dios. Y en él brota el gran deseo
De alabar al Señor por su eterno sosten:
Porque tuyo es el reino,
Y el poder, y la gloria,
Por todos los siglos, Amén.

POEMA INSPIRADO EN LA ESCRITURA DE ALMA 34:17-29.

Elder S. Dilworth Young

El testimonio de Amulek
No fue un sermón de guía
Sobre el deber, ni un discurso fue
De amonestación,
Sino que dijo que a toda hora del día
Eleváramos nuestra alma al Señor
En oración.
Dijo también por qué
Debemos implorar su Santo Nombre
E hizo hincapié
En todo aquello que posee el hombre:
Rebaños,
Familia, hogar,
Y que, además por quien nos haga daño
Debemos implorar.
Fue aún más allá
Al decir que un santo fiel
En el corazón ha de llevar
Súplica por el mundo y toda alma que hay en él;
Y que luego de elevar
Su alma al Señor,
De toda posesión habrá de dar
Al hermano afligido, con amor.
En su compasión no olvidará
A nadie. Y Dios su oración
Responderá al instante
Cuando le demuestre que le ama,
Amando a sus semejantes.

SOMETÁMONOS AL SEÑOR EN ORACIÓN.

Elder S. Dilworth Young.

Al orar, reconozco que soy débil
que en todo dependo de Dios,
sé que El me dice: "Ora siempre,
Para que no caigas en tentación".
También me da guía y poder,
Así mi camino puedo seguir,
La verdad y justicia obedecer
Y mi redención un día recibir.

Cuando el pequeñito aprende
A balbucear una oración,
Pronto sabrá que depende
De un Padre que lo cuida con amor.
No dudando jamás, aplicará
La fe que La respuesta trae;
Y a través de su vida conocerá
Todas las cosas celestiales.

El joven que presto ha aprendido
A inclinarse en oración,
A entregar pensamiento y sentidos
A Aquel que la vida le dio,
Ha de elevarse en verdad
en fortaleza hacia lo celestial,
su alma y corazón
Hacia lo Infinito han de volar.

La doncella que cuando ora su fe
Deposita en el Señor,
En su pecho siente arder
Un fuego de divino amor.

El hombre recio y fuerte
Que la rodilla dobla para orar,
Se inclina humildemente
Y pide al Señor su vida preservar,
Librándolo del tentador
Que lo incita su promesa a quebrantar
Encontrará el sostén
Al saber que es un hijo de Dios
Y que El siempre lo ha de proteger

La esposa que espera
De su compañero el regreso.
Que lo aguarda para darle consuelo
paz en sus brazos tiernos,

Ora por su amado
sabe que él será fortalecido
Porque el Señor su oración ha escuchado.